

ENRIQUE SERRANO



**¿POR QUÉ**  
**FRACASA**  
**COLOMBIA?**

Delirios de una nación  
que se desconoce a sí misma

**¿POR QUÉ  
FRACASA  
COLOMBIA?**

ENRIQUE SERRANO

**¿POR QUÉ  
FRACASA  
COLOMBIA?**

Delirios de una nación que se  
desconoce a sí misma

 Planeta

© Enrique Serrano López, 2016  
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2016  
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Diseño de cubierta: Departamento de Diseño Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Andrés Becerra Mateus

Primera edición: marzo de 2016

ISBN 13: 978-958-42-4906-7

Desarrollo e-pub: Hipertexto Ltda.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,  
sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

*A Emilia, para que pueda verse en estas páginas.*

*A Alvaro Pablo, por haberme regalado la idea.*

# Prólogo

Largo tiempo llevamos esperando la aparición de este texto de Enrique Serrano, resultado de juiciosas reflexiones sobre el pasado y el devenir histórico de Colombia, de esa Colombia calificada por algunos como “país de los extremos y las contradicciones”, y por otros, en tono resignado y lacónico, como “un país incomprensible”, sin faltar aquel que, fuertemente influenciado por Cioran, ha llegado a afirmar que en Colombia “ya sucedió el juicio final”, o más contundentemente aún: que ya desde el génesis éramos los seres más caídos entre todos los caídos, destinados como colombianos a no aspirar de la tierra nada distinto a convivir a término indefinido con “espinas y cardos”.

Ese acento tan proclive a la tragedia o al conformismo, a la desconfianza, a postergar decisiones, a sentir en medio de un llanto incontrolable que llevamos sobre la espalda la carga más pesada de la historia universal, por injusta, por mezquina, por generarnos un síndrome de abandono, como si de un cuadro neurótico se tratara, no es propiamente el acento ni la razón de fondo que llevó a Enrique Serrano a escribir con disciplina y rigor, en soledad y en silencio, *¿Por qué fracasa Colombia?*.

De entrada, el texto, que por algún motivo hace pensar en otro título: “Las raíces secretas de nuestra nacionalidad”, riñe con el culto casi histórico por las efemérides, por los ritos de paso y el pensamiento mágico con que se enmarcan determinadas fechas del calendario nacional. Riñe a su vez, contra los historiadores (que en nuestro medio son “legión”) partidarios hasta la obsesión por la narración escueta y por el helado documentado, más gélido aún si se trata de comprobar la verdad histórica, haciendo acopio de cuanto diario y gaceta oficial existen. Riñe, va a reñir con la ya proverbial arrogancia de la academia en nuestro medio, buscando llenar y no sin razón, serios y grandes vacíos historiográficos, pero blindados en esa apuesta por los modelos de la historia estructural, a través de “planos de larga duración, seculares o coyunturales”, de una insufrible pedantería, en esa “lectura y barridos transversales” haciendo sinónimo de esa presunta mirada de conjunto, la apología de la ambivalencia, de privilegiar o desprestigiar acontecimientos, imprints, imaginarios de acuerdo al marco teórico que se maneje, o a la escuela histórica a la cual pertenezca.

Por iguales o parecidas razones, muchos de estos carnetizados y etiquetadores de oficio van a sentir casi como una afrenta personal los amplios espacios que *¿Por qué*

*fracasa Colombia?* le concede a las diversas formas que la hispanidad asumió a lo largo de tres siglos del otro lado del Atlántico. Hoy, cuando lo más importante es estar en el lugar políticamente correcto, hablar de Hispanoamérica parecería casi que un exabrupto. Un exabrupto que tercamente, se niega a aceptar, así sea parcialmente, que no siempre Colombia fue una nación rota, desintegrada o hija de un fenómeno de madre-solterismo histórico. Todos, individual y colectivamente hablando, somos el resultado de un antes y un después. Unos son antes y después de una armónica, sosegada y constructiva relación de pareja, o bien antes y después de una verdadera hecatombe sentimental.

A otro nivel, algo similar ocurre con la historia. Recordando eso sí, que también nuestras vidas están compuestas, como la armonía del mundo, como la historia del mundo, de cosas contrarias. Y esta reflexión no es por cuenta necesariamente del budismo tibetano, sino por sentido común. Desde esta perspectiva, mal podría pensarse que nuestro paisaje nacional solo comienza a cobrar brillo y verdor luego de 1810. El libro de Enrique Serrano es, en ese sentido, una especie de puente recio y bien articulado invitando en gesto centrífugo a que las nuevas generaciones colombianas repasen con honradez e independencia mental la idea que se tiene de la cultura hispánica. O sea, de una cultura que le permite al observador inteligente encontrar en una misma cuadra una catedral romana o gótica, una mezquita y una sinagoga.

A ese efecto, una de las temáticas más valiosas del texto de Enrique Serrano es la que justamente recrea la contribución árabe y judía en la configuración de nuestro inconsciente colectivo y en esa configuración, un actor clave: el converso. El que funge de cristiano de dientes para afuera como estrategia de supervivencia frente a tribunales como el del Santo Oficio, pero que sigue permeado en su interior por casas con aleros, por salas con alfombras, por jardines con aljibes, por los remedios, por la aritmética, por sumar, por restar, por saber multiplicar, por regatear con éxito, por la improvisación, por la recursividad, por la lectura de libros prohibidos; por enfrentar — pensemos nosotros— la fatalidad con sentido del humor. En todo colombiano, salvo que sea un fanático de extrema izquierda o de extrema derecha, o un imbécil, o un resentido social, o una víctima de una grave desviación neurótica, existe una formidable propensión a tomarse el mundo a risa. En cada colombiano habita en mayor o menor grado un Guzmán de Alfarache, un Mateo Alemán, un Lazarillo de Tormes...

El otro actor clave es la Iglesia. Gústenos o no, Colombia fue un país hecho por curas y religiosas. Antes que fundar una población, había que erigir una parroquia; “la parroquia era la medida de todas las cosas”. Lo era en su pretensión de entender la

ciudad, el pueblo, la aldea, la villa, la Plaza Mayor, como una comunidad de hombres honorables. La parroquia fijaba límites. Ella tenía la última palabra en los juicios sobre situaciones en las que estaban gravemente implicadas honra, hombría y vergüenza. Allí donde se ubicaron los párrocos —léase todo lo largo y ancho del territorio nacional—, aparte de alfabetizar, bendecir y sacralizar un espacio determinado, detentaron enormes dosis de poder, reflejadas en control y orden social. En otras palabras: era al párroco al que le correspondía establecer en primera instancia qué formas de conducta eran aprobables o reprobables.

Durante la larga vigencia de la sociedad monárquica las atribuciones de la Iglesia fueron aún más lejos, al punto de hacerle sentir a la población indígena, por ejemplo, que el rey español tenía y ostentaba una imagen de autoridad no muy distinta de la de Dios. Cuestionar al rey era cuestionar a Dios. Denigrar del rey era denigrar de Dios. Quizá sea esto último, unido a otros factores, lo que explique que al momento de las guerras civiles, mal llamadas de Independencia, el indígena colocara toda su lealtad, todo su coraje y toda su experticia en la guerra de guerrillas, a favor del Rey-Dios; del supremo articulador de la comunidad humana más grande de todos los tiempos en términos geográficos. A nombre de ese Rey, en este caso, del “suspirado” Fernando, del “amado” Fernando, hubo levantamientos indígenas en Riohacha, Santa Marta Valledupar, y en su expresión más radical y contundente en lo que hoy corresponde al departamento de Nariño. En personajes legendarios como Agustín Agualongo parecía asomarse una trágica intuición que la realidad posterior parecía confirmar: sin Rey, es decir sin Dios, abolidos los resguardos, la revolución se asemejaba más a una fosa común, que no a un nuevo orden.

Digan lo que digan los partidarios de las *Venas abiertas de América Latina*, la verdad soportable o insoportable, es que el indígena no compartía el proyecto político del criollo —léase español americano, del que le recordaba en plural y por escrito al monarca: “Tan de don Pelayo como ustedes”— consistente en subvertir el orden colonial.

En *¿Por qué fracasa Colombia?*, su autor insiste en el formidable potencial humano que tienen los colombianos. No obstante, y también lo subraya, hay factores que conspiran contra el legítimo derecho de aspirar a una mejor calidad de vida en todos las órdenes. Uno de ellos: nuestro aislamiento, y de la mano, nuestro “provincialismo mental”, nuestro uso y abuso de los diminutivos, en donde el “porfís, me regalas un.” parece estar a la orden del día; el desdén por la periferia, desdén suicida y arrogante que viene de muy atrás. Como si en verdad nos hubiéramos propuesto como perverso

propósito nacional privilegiar y “europeizar” la cordillera de los Andes, en detrimento del resto, o sea de lo que atterra, de lo que conduce como en algunos cuadros psicóticos al agujero negro, a la sombra, al infierno, a la vorágine.

A lo anterior, yo agregaría algo más: nuestra total y casi total ausencia de vida interior, reforzada y estimulada desde una espiritualidad de supermercado. No es en efecto, la primera vez que sociólogos, docentes, psicólogos, psiquiatras, pastores y sacerdotes se preguntan a una sola voz: ¿por qué teme tanto el colombiano a la soledad (y soledad, no es lo mismo que desolación)? ¿De dónde proviene nuestra cordialidad excesiva, de dónde tanta dependencia de los demás, enmarcada por una necesidad compulsiva de aprobación y afecto, combinada como generalmente suele suceder, con actitudes de servilismo, transigencia y evasión por vía de la fuga ante una ley que no sea la del último esfuerzo? ¿Qué actores y factores nos han predispuesto, incluso a plegarnos a cualquier indignidad, con tal de no sentirnos solos? ¿Por qué pasamos en cuestión de minutos del “buen día”, del “Dios te bendiga”, del pretexto de la bondad, el consuelo, la compasión y la indulgencia, a la hostilidad más manifiesta y despiadada? ¿Por qué nuestras historias de vida como nación acusan tantas tendencias contradictorias? ¿Por qué le seguimos concediendo tanto espacio al qué dirán? ¿Por qué no hemos logrado todavía hacer de la expresión “unidad en la diversidad” algo más que una frase de cajón? ¿Por qué desde nuestra cotidianidad parecemos recordar a Arthur Rimbaud cuando dice: “El poeta hará suyo el sollozo de los infames, el odio de los forzados, el clamor de los malditos”, o a Jorge Luis Borges afirmando: “Me engañan y yo debo ser la mentira. Me incendian y yo debo ser el infierno”?

Algunos de estos interrogantes ya han sido respondidos, tal y como se demuestra en el presente libro, que sin abandonar los rigores de la investigación científica no olvida que el destino de su obra *¿Por qué fracasa Colombia?* está en manos de sus lectores, que de seguro no serán pocos. Este su libro, a diferencia de otros folios soporíferos de los historiadores que no saben escribir, atrapa y convoca, incluido, por supuesto, el derecho a disentir, desde la primera página. Otro de los méritos radica también en la expresión escrita de la larga periodización investigada. Enrique Serrano no se detiene en efecto, cada dos o tres líneas, como si se tratase de un expediente judicial, a señalarnos las fuentes primarias o secundarias de donde obtuvo la información. Tampoco incurre en la tentación de autocitarse. Tiene pudor intelectual. Escribe con fluidez y serenidad al mismo tiempo. Doble ganancia. No hay sobreactuación en lo escrito; hay una severa vigilancia lingüística. Sabe que toda actividad creativa que se respete necesita la tríada soledad-silencio-meditación, como garantía de posteridad. He

aquí el resultado.

ÁLVARO PABLO ORTIZ<sup>{\*}</sup>

# Introducción

En este ensayo pretendo tratar una materia crucial de nuestra sociedad, como lo es el pasado de la nación colombiana. Para abordar el tema con cabal ánimo, lo primero que habría que decir es que hay una cierta voluntad de negación o de ocultamiento entre sus implicados, que no es deliberada ni malévol, sino dubitativa, inexperta y desconfiada, porque nuestro pasado se suele ver como algo remoto, arcaico e incluso intrascendente. En la mayoría de los casos, la gente es tan pragmática, o acaso tan desconfiada, que considera que el conocimiento del pasado le estorba o que es tan vergonzoso o insignificante que apenas si vale algo la pena hacerse una idea clara sobre él.

En este libro intentaré desterrar esa idea y, a cambio, preguntaré por qué al pueblo colombiano parece importarle tan poco su pasado, mientras que otras naciones, incluso algunas del Nuevo Mundo, hacen de su historia un solemne edificio —así su pasado sea espurio y esté edificado sobre algún mito— en el cual fundamentar el presente y sus aspiraciones, consolidar sus grandes proyectos o irlos realizando a partir de lo que creían ser, aquello que creían propio de sí mismos, ya sea que ello resulte muy glorioso o, por el contrario, sea producto exclusivo de la humillación y la derrota.

Como lo demuestran a un tiempo su tradición y su presente, el pueblo colombiano considera que su pasado como nación es casi irrelevante, o al menos poco digno de mayores estudios, y por eso predomina la confusión tan generalizada entre historia del Estado e historia de la nación, la última de las cuales, en la mayor parte de la historiografía existente, se confunde con la primera, se resuelve con prejuicios o se escamotea de un tajo. Esta falacia de que la historia de la nación se esconda o se obvie, en nombre de la historia del Estado, es un hito de la reflexión que este breve trabajo se propone analizar. Además, la sobrecarga de historia económica reciente ha contribuido a minimizar el peso de la historia cultural, es decir, sus imaginarios, sus costumbres, sus valores y sus símbolos.

Entonces, partiré de la afirmación de que las raíces de la Colombia de hoy no empezaron en 1810, ni en 1819, ni con Bolívar, Santander o Nariño. Los sujetos de la nación ya estaban conformados como indios, existían desde hace tiempo y tenían su origen bien definido, hablaban claramente un español mozárabe de las provincias del sur, desprovisto del ceceo y la explosividad glotal castellanas; eran católicos, y aún

tenían una organización social medieval andalusí —y, en otra medida, de Asturias y Extremadura— digna de ser estudiada a los ojos de una antropología histórica seria. Sin duda, y durante los primeros tres siglos, habían llevado a cabo un proceso racial de mestizaje, desigual en cuanto a las regiones, pero nunca tuvieron un verdadero mestizaje cultural.

Pero eso solo ha sido vislumbrado por parte de algunos pocos historiadores que se han ocupado de ese asunto, algunos de ellos llamados “colombianistas”, como Anthony McFarlane, David Bushnell, Javier Ocampo y unos cuantos más, quienes de modo somero han abordado esa caracterización de una nación que de todos modos es susceptible de ser estudiada como una nación inconsciente de sí, que se desperdigó a lo largo de Tierra Firme, llamada luego Nuevo Reino de Granada, y que se estableció en las orillas del río Magdalena, desde los días —hoy tan remotos— de Pedrarias Dávila, acaso con la fundación de la malhadada Santa María la Antigua de Darién, en 1510, hasta el día presente. Merecen crédito también en este trabajo los esfuerzos del médico genetista Emilio Yunis, en sus libros *¿Por qué somos así?* y *Somos así*, y Daniel Mesa Bernal, autor del estudio *De los judíos en la historia de Colombia*.

Para el desarrollo de este tema, voy a prescindir tanto de la leyenda negra como de la leyenda rosa, que se han tejido sobre la materia. Quiero citar aquí la brillante hipótesis de Juan Esteban Constaín en la introducción de su ensayo *Librorum*, porque es pertinente para apuntalar en este texto toda reflexión posterior sobre la hispanidad en América:

La idea malintencionada según la cual la Conquista y la posterior colonización de América por parte del Imperio Cristiano Español se hicieron como producto solo o ante todo de intereses económicos, resulta completamente inútil para la formación de una interpretación lúcida sobre nuestro destino y nuestra historia. Sin caer en la ingenuidad de la leyenda rosa —capitanes cristianos intachables que venían de Castilla o de Navarra a sembrar de bondad y mariposas la precariedad de los pueblos aborígenes; piadosos hombres del Renacimiento que dieron una civilización ilustrada a un universo casi animal—, no hay que desconocer el hondo sentido religioso y cultural de la empresa española en el Nuevo Continente. Intuir oscuros apetitos calvinistas en la gestión de España en América implica la construcción de un discurso no solamente engañoso, sino injusto y peligroso, un discurso que anula las categorías muy complejas por las que atravesaba la Península cuando acometió la empresa de llevar el Evangelio, entre otras cosas, a un dilatado territorio, por las más difíciles circunstancias. Detrás de todo el magma complejo de la presencia europea en nuestro continente, hay un verdadero sentido cultural, no exclusivamente económico, que se puede condenar o alabar, pero no ocultar. La Reconquista, independientemente de todos sus rasgos antipáticos cuya reseña minuciosa sería interminable, sembró en España un talante cristiano absolutamente militante y comprometido; muy sincero y profundo,

además.

Se puede hablar de un proceso de profundas contradicciones económicas en Europa que obligó a los reinos atlánticos a emprender operaciones de expansión territorial que pronto se materializaron en esquemas colonialistas de expoliación y sometimiento de pueblos ajenos a la tradición occidental que eran dueños de una concepción del mundo en la que la naturaleza tenía otro lugar y el hombre no estaba sometido a las urgencias de un sistema de producción sin alma ni caridad. Se puede decir eso y mucho más, ciertamente. Pero falsear los móviles profundos del espíritu de una época determinada no es un dique suficiente para frenar el curso de la historia<sup>[1]</sup>.

Así, se hace justicia no solo a la paradójica nación de la que proviene nuestra lengua y cultura, sino a nosotros mismos, que no somos otra cosa que una versión actualizada de algunos de sus múltiples descendientes. No hay radicalidad ni ánimo de venganza en el planteamiento, ni aun pretensión de reivindicaciones de nobleza, puesto que esta fue extirpada casi del todo con la humillación en la Península y con la migración forzosa de miles de desposeídos y perseguidos. Otro equívoco más sería inferir que fuéramos españoles en ascuas y en pro del retorno, que buscaran recompensa o reparación por algún perdido tesoro en la Edad Media.

Además, son bastante discutibles las razones por las cuales se aduce que hemos vivido siempre en conflicto, y en este libro procuraré estar en contra de esa tesis, para recordar, en cambio, la idea de que la disputa por la tierra lo ha definido todo.

América fue, en efecto, fruto de una equivocación —o de muchas, como lo reseñara con lucidez Enrique Caballero Escobar— y su historia es producto del encuentro entre dos edades de la humanidad, el Renacimiento y el Neolítico, y el resultado de una sociedad dedicada no a la conquista, palabra mal vista en ese tiempo y propia de bárbaros, sino a la incorporación de territorios y poblaciones para la gloria de Cristo y de su hispánico rey.

Colombia es una nación grande, urbana e integrada al mundo, al menos hasta cierto punto. Hoy en día, es la segunda con mayor número de hablantes de español, después de México, y más grande que España y que Argentina, esto es, más nutrida en almas, con una población reunida en el trapecio central de las tres cordilleras, que definen de algún modo geopolítico y geoestratégico su dinámica social, y sobre las costas atlántica y pacífica, como lo habían investigado a mediados del siglo XX el general Julio Londoño y otros que ha indagado sobre una geopolítica nacional, más o menos demostrable.

Se trata de un país con dos grandes costas y que, sin embargo, ha vivido la mayor parte del tiempo de espaldas al mar, el cual no ha sido más que el instrumento de la

migración —especialmente el mar Caribe, pues el Pacífico sigue en el más incomprensible olvido— y una ventana de escape cuando ha sido necesario. Pero la preocupación por lo marítimo es muy reciente y el desarrollo propiamente dicho de una Colombia internacional es del todo incipiente e insuficiente, al tal punto que es preciso presumir todavía cómo se manifestará en el futuro.

Además de eso, el poblamiento del país es parcial y timorato, lo cual a lo mejor se explica por la vocación de la nación, que además ha poblado muy mal su inmenso territorio de 1.141.000 kilómetros dejando por lo menos 650.000 deshabitados, quizá más por razones que fueran durante siglos perfectamente comprensibles: una llanura inmensa al este que parecía no conducir hacia ninguna parte, solo a tierra adentro, y una selva gigantesca al sureste y al occidente.

En general, las selvas han sido por excelencia los obstáculos naturales de la vida colombiana que le han impedido, o por lo menos limitado, sus contactos con Venezuela, Brasil, Ecuador, Perú y Panamá. Panamá se suponía parte del territorio —y lo fue hasta 1903—, pero estaba ubicada en la selva, es decir, pertenecía según nuestro imaginario a una periferia intratable, agresiva y amenazante. Basta citar esta vez a José Eustasio Rivera, para comprobar cómo esa vorágine ha sido considerada, desde el principio, límite natural y absoluto de la nación, aunque la mayor parte de la población negra se haya establecido en la selva del Pacífico, tras una corta jornada de esclavitud. La Orinoquía ha tenido un destino similar de tierra sin límites, y llanura hacia ninguna parte, que produjo una suerte de repliegue sobre las cordilleras, del que en verdad solo hasta ahora estaríamos saliendo.

# Lo imaginario de la nación

En este ensayo me propongo rastrear la mentalidad colombiana desde el siglo xv, que puede que no sea una sola, es decir, indagar cómo se han criado a través de los siglos los que, a la sazón, serían colombianos un día, cómo han hablado, cómo han sobrevivido, cómo han enfrentado las dificultades de la vida y también sus placeres, qué aspiraciones han tenido, qué instrumentos han utilizado para hacer una interpretación de su mundo y del mundo en general, qué tan exitosos o fracasados han sido, de acuerdo con su origen y circunstancias, para alcanzar lo que se proponían, y qué queda por hacer en esta nación al correr el tiempo y avizorando con moderado optimismo el complicado siglo XXI.

Es cierto que tenemos la idea de que hemos sufrido mucho, y tal vez en este análisis dicha idea quede un poco matizada, pues quizá comparados con muchas otras sociedades no hayamos sufrido tanto. También se presume de que esta es una nación plagada por la violencia más artera, desde sus inicios hasta el día presente. Sin embargo, aquí postulo que ha sido más pacífica que violenta, al menos durante la mayor parte de su lenta formación, y que a pesar de que no se puede negar la importancia de la violencia, se trata de algo episódico, reciente, similar a la de otros pueblos en transición hacia una caótica pero urbanizada modernidad, y no de algo constitutivo de la esencia de la nacionalidad.

Por eso los extranjeros, después de tener una imagen tan terrible de los colombianos, se sienten muy sorprendidos al encontrarse con unas gentes sencillas, amables, modestas y sin mayores pretensiones, sin horizontes de brutalidad o de violencia, la cual a pesar de que exista no hace de esta una nación fiera, intratable, brutal; se trata más bien de un grupo grande de personas desconfiadas e individualistas, con dificultades para hacer consensos, pero con las mismas aspiraciones de cualquier sociedad, gentes compatibles con las de otras naciones latinoamericanas, e incluso con el resto del mundo.

Sociológicamente, constituye un grupo disperso en un territorio amplio que, por tanto, se ha regionalizado, en buena forma federalizado, en sus formas de vida, su arquitectura, sus acentos, su comida, su clima, etc. A este respecto, por ejemplo, los diferentes climas —fríos, calientes o templados— han construido ciertos factores de idiosincrasia regional importantes en la vida colombiana, pero en realidad no somos

tan diferentes entre nosotros como creemos ser. Eso, a la postre, se ha ido confirmado en la formación de la nación en el siglo xx.

En este ensayo postulo que la esencia de la forja de la colombianidad —cualquiera que sea su naturaleza— ha sido la discreta marcha histórica, producto de la migración forzosa de cristianos nuevos y de una adaptación rápida y silenciosa a un nuevo entorno americano que no era radicalmente distinto del que tenían en España. Es una especie de trasplante de la vida del sur de España —esto es, de la idiosincrasia andalusí— a condiciones americanas. Este cambio se hizo cómodamente y se llevó de manera discreta, al abrigo de comentarios y de maledicencia durante los primeros tres siglos —xvi a xviii—. El siglo xvi estuvo marcado por la Conquista y las expectativas propias de este proceso, pero cuando terminó ese periodo empezó a definirse un modelo de la Colonia y de los colonizadores que fundaron poblaciones a lo largo de este trapecio ya mencionado, y se establecieron en zonas medias, especialmente en climas cercanos a los 20 o 21 grados centígrados durante todo el año, con lluvias moderadas y donde la presencia de enfermedades endémicas infectocontagiosas graves no amenazaba la vida social.

Uno de los aspectos más problemáticos que trato en este libro es la distinción entre mestizaje racial y mestizaje cultural, cuyas categorías con frecuencia se mezclan. El mestizaje racial en América existió desde el comienzo —en algunas zonas fue más acentuado que en otras— y obedece a una realidad absolutamente innegable de la vida de las poblaciones en dicho continente. Tal vez en Colombia sea un poco menor que en otras sociedades americanas como la brasileña, donde este proceso fue muy intenso y generalizado.

Esas comunidades forjaron a Colombia, forjaron su mentalidad, su lengua, su religión, sus tradiciones, su estructura de la vida cotidiana que aún se puede ver en pueblos como Barichara, Mompox o Itsmina, los cuales están un poco congelados en el tiempo, donde todavía puede apreciarse plenamente la vida aldeana; o por ejemplo, el pueblo de Monguí, en Boyacá, donde aún las mulas, los perros, los trajes de los campesinos, sus sombreros, sus ruanas, su habla y su hábitat, más o menos nos recuerdan esa manera de ser y de actuar que ya no se ve sino en ciertas poblaciones, un poco separadas de las grandes carreteras, pero que continúan reflejando lo que fue una aldea colombiana hasta 1850.

# Elementos para comprender una nación no planeada ni deseada

El origen de las naciones casi siempre resulta misterioso, pero algunas huellas quedan relacionadas con la lengua, sus orígenes, su religión —aun en sus manifestaciones secretas— y las costumbres que un pueblo sigue.

A este respecto, una de las afirmaciones más radicales que hago en este libro es que ni la lengua, ni la religión, ni las tradiciones se originaron en América. Lo que hoy somos, y que nos compone de manera tan fundamental e irreversible, se originó en el sur de España, más o menos, en la región central y occidental de Andalucía, en Asturias, el País Vasco y Extremadura. Los dialectos y las formas de hablar que regían en aquellas regiones fueron en su mayoría los de los cristianos nuevos, es decir, conversos del islam o del judaísmo que ya tenían una, dos o tres generaciones cuando tuvo lugar el descubrimiento de América. Y esa circunstancia de su traslado forzoso es el origen de lo que yo llamo una nación no planeada ni deseada: no planeada porque, en el fondo, no creían que los fueran a expulsar en ningún momento, ni deseada porque lo que los unía era la fatalidad y no particularmente algún valor o alguna suerte. La circunstancia de ser los hijos de los conversos o sus descendientes, marcó su destino de modo irreversible, los unió fatalmente a pesar de que eran muy distintos y de estirpes y condiciones muchas veces enemigas entre sí.

En América, bien que mal, fueron recibidos, no digamos que con los brazos abiertos, pero venían dispuestos a quedarse debido a que no había ningún otro lugar donde pudiesen vivir en paz y en relativa prosperidad, y sobre todo al margen de las persecuciones, pero conservando los baluartes de su cultura, su lengua, ya no su religión, pero sí sus costumbres y sus modos de vida, su organización social y una serie de aspectos fundamentales de la vida que pudieron mantenerse en América relativamente intactos.

Esa es la base sobre la cual delineamos los elementos para la historia de una nación no planeada ni deseada y que ha sido objeto de tantos olvidos y tantas generalizaciones. Partir del hecho de que hay muchas Españas, y de que la España de la cual provenimos es esta particularmente, resulta por un lado descorazonador al ver los muchos sufrimientos de los cuales fueron objeto, pero también esperanzador, en la medida en

que hubo efectivamente no solo una salvación colectiva, sino un resurgimiento de la energía de esa nación en una tierra nueva, salvaje y agreste pero de todas maneras llevadera, incluso menos ruda que la Andalucía y Extrema dura en la que ellos habían vivido durante siglos. También, entonces, valga aquí la pena decir que esa nación se formó en un entorno relativamente privilegiado, comparado con aquel con el que había crecido durante los siglos VIII a XVI. Las circunstancias que he mencionado hasta aquí, tan fuertes y determinantes, marcaron la pauta de una manera de pensar y de proceder fundamentalmente conservadora, es decir, cerrada sobre sí misma (con un minifundio pequeño tratando de ser autosuficiente y autónomo en todos los aspectos, donde se privilegiaban las profesiones de medicina y derecho, las cuales discutiré más adelante) y segura de que algún día, quizá no para ellos mismos ni para sus hijos, pero sí para sus nietos y bisnietos, habría alguna oportunidad de regreso o resurgimiento del Sefarad y del al-Ándalus perdido.

# Escasa limpieza de sangre: el fermento de una huida ineludible

Desde el siglo xv y por intervención de Pedro Sarmiento, en particular desde 1449, la búsqueda y la refrendación de la limpieza de sangre se convirtió en una obsesión en España. Por “limpieza de sangre” se entiende, esencialmente, que antepasados de la segunda, tercera, cuarta e incluso hasta la novena generación no hubieran sido ni musulmanes ni judíos, ni hubieran tenido mezclas raciales con ellos. Esa condición de limpieza de sangre era muy difícil de demostrar y quedó reflejada para siempre a partir de los edictos surgidos desde el siglo xv, en las partidas que se emitían sobre el nacimiento y bautismo de los cristianos en España, y fue manifiesta de manera muy dramática en los apellidos.

Los apellidos de los cristianos viejos, además, eran de los lugares comunes, porque el concepto de apellido apareció en España solo hasta el siglo xv —quizá en el siglo xiv—, cuando se generalizó marca de llamarse Pedro Fernández, Juan Alba o Ramór Quintero, la cual fue adoptada lentamente, y que los tribunales de la Inquisición empezaron a usar a partir de 1480 como herramienta fundamental para saber el origen de los cristianos y perseguir sus espurios orígenes, para juzgarlos de antemano, y muchos de ellos estaban condenados en virtud de los bautismos colectivos de los que fueron objeto.

Los cristianos viejos podían certificar una parroquia en la que un abuelo suyo o un bisabuelo ya habían establecido su claridad de religión y se habían mantenido cristianos durante los siglos de la larga Reconquista, pero eso solo lo podía garantizar un 20 o máximo 30 por ciento de los habitantes de la Península en ese momento, en función de lo que Julio Baldeón Baruque y otros investigadores tardomedievales llamaban la estrechez de los nombres y de los recursos cristiano-viejos. De hecho, la población musulmana y judía superó en número durante muchos siglos a la población cristiana y hubo épocas en donde predominó una ambigüedad particular en la que algunos cristianos muladíes pasaron o fungieron como musulmanes en virtud de conveniencias económicas o políticas, pues el avatar de los tiempos y el contaste cambio en el resultado de batallas, entre muchos otros aspectos, obligaban a estos muladíes a tener dos identidades: una identidad cristiana y una musulmana. Por todos

esos motivos, la condición de cristiano-viejos era minoritaria y resultaba muy difícil certificarla de un modo creíble, así que la mayor parte de los españoles quedó dentro del ámbito de los cristianos nuevos, que es el nombre que se les dio a los hijos de los conversos, a personas que habían tenido un trato demasiado cercano con musulmanes o judíos, más o menos el 70 por ciento de los españoles. Por esa razón, los bautizos colectivos fueron una respuesta fundamental que, a pesar de la ausencia de limpieza de sangre, les permitió reintegrarse a la comunidad de un modo razonable. Una persona que se llamara Mordecai Ben Shuprut cambiaba su nombre por Sancho Martínez y su hijo, para hacer perder el rastro, pasaba a llamarse Juan Fernández o Nuno Peralta.

La variable de los apellidos castellanizados se deriva, además, del lugar del que son originarios o de aquel padre o abuelo al que se remite el plural de los nombres, también de un oficio o una característica física del espacio en donde se encontraban establecidos, o de alguna particularidad por la cual fueron llamados —apodo o mote especial—. De allí provienen la mayor parte de dichos apelativos ya no solo castellanos, sino españoles.

Este asunto, si se investiga con todo rigor, dará como resultado que unas cuantas vertientes generales, es decir, unos 30 o 40 nombres principales, abarcan casi toda la población española. Además de la perspectiva de cristianos nuevos, podían gozar de una identidad también nueva que ellos podían construir y fortalecer con su prestigio o con el reconocimiento que la aldea o pequeño pueblo en el que vivían les dieran; en especial, aquellos individuos dedicados al comercio, entre quienes era muy importante el respaldo que podía tener su nombre y la garantía de que como buenos cristianos no prestaban dinero a usura, es decir, no prestaban a interés.

La limpieza de sangre también fue definitiva en tres aspectos más. En primera instancia, la posibilidad de casarse con alguien que también tuviese una estirpe limpia, ya fuese hombre o mujer, aunque tal condición era muy escasa; por esa razón los matrimonios arreglados siguieron siendo la pauta fundamental, como habían sido durante siglos en el marco del islam o judaísmo. En segundo lugar, la limpieza de sangre fue muy importante en la definición de las profesiones y de los oficios. La mayor parte de los cristianos nuevos tenían oficios viles, es decir, aquellos en los que se ensuciaban las manos los ejecutores. Así, por ejemplo, ser carpintero, ser panadero, ser lechero, estaba ligado a una vileza de la que no participaban ni los hijos hidalgos ni los nobles. Los nobles tenían oficios considerados elevados y en la mayoría de los casos por supuesto no ejercían como médicos; cuando más, sabían de leyes y teología, y algunos incluso se dedicaban a la literatura, a las artes clásicas y a la retórica. En

cambio, la gran masa del pueblo tenía que adquirir un oficio y cultivarlo perteneciendo a un gremio de manera forzosa y allí habría de recibir el reconocimiento y estipendios que mereciese, según la calidad de su trabajo.

La tercera razón por la cual fue definitivo el problema de la limpieza de sangre tenía que ver con la progresión y proyección eclesiástica, la posibilidad mayor o menor de formar parte del clero regular o clero secular español. Algunas órdenes recién fundadas eran proclives a recibir cristianos nuevos en sus filas, pero haciéndoles destacar el hecho de que su origen, en muchos aspectos vergonzante, los habría de conducir a misiones, es decir, a alejarse de sus padres y a ir a lugares distantes a evangelizar otras gentes. Cuando apareció el continente americano, este hecho representó una salida de oro para las órdenes regulares, que empezaron a recibir de los reyes las misiones de evangelizar y expandir el cristianismo por todas las regiones recién descubiertas, y además a diversificar sus estrategias para ayudar a las autoridades españolas a buscar fuentes de riqueza y de supervivencia en tierras nuevas, las cuales estaban plagadas de enfermedades, incertidumbres y dificultades.

La limpieza de sangre fue, por tanto, uno de los aspectos decisivos de la transformación de la península ibérica y de la migración definitiva de casi todos los indios a América, pues no solo los obligaba a huir, literalmente hablando, y a buscar una identidad nueva, sino a desplegar todos sus recursos, actividad y sapiencia — incluso su audacia— para hacer algo que llamase la atención de la Corona y le permitiese vivir en paz durante generaciones. Esa lógica de hacer algo importante o destacado, y gracias a ello ganar para su estirpe la tranquilidad posterior, fue uno de los emblemas y modelos de la transformación de la sociedad española durante los siglos XVI a XVIII, siglos de formación de la colombianidad, así como de otras muchas nacionalidades en América; incluso algo de esa mentalidad se manifestó también en Filipinas, al otro lado del mundo, y aunque allí no fue posible derrotar la estirpe malaya, la lengua tagalo y los valores propios de la región, de todos modos el cristianismo católico quedó sólidamente afincado en esa zona del sudeste asiático, donde hasta el día de hoy se mantiene.

La lógica y obsesión de la limpieza de sangre tuvo que ver además con la formación de las instituciones en las tierras conquistadas y de manera particularmente intensa en América, porque marcó la pauta de que la cercanía de la condición cristiano-vieja, o su certificación, era la clave de supervivencia para garantizar acceso a títulos o a cargos importantes en la administración de las reales audiencias en América, de los cabildos, e incluso en la asignación de tierras o de dominios eclesiásticos.

# La condición de cristiano-nuevos en la España de los siglos XV y XVI

La condición de cristiano-nuevos en la España de los siglos XV y XVI se fue volviendo cada vez más espinosa y desesperante. Por no poder demostrar un origen cristiano-viejo, les quitaban las tierras, los oficios o la pertenencia a los gremios, o a veces los gremios eran reducidos en su actuación y en sus posibilidades de manifestación pública hasta niveles casi ridículos. Por tanto, se produjo de una manera muy dramática un fenómeno de migración interna, que en el sur de España fue desplazando progresivamente a los cristianos nuevos al sur y oeste. Hacia el sur, con la esperanza de que se marcharan por los puertos del Mediterráneo, cayeran en Berbería y regresaran a los dominios del mundo árabe islámico, en ese tiempo ya dominados por el Imperio otomano. Pero otros optaron por ir a Extremadura y hacer muy poblada la región, para estar cerca de la frontera de Portugal, de manera que si las cosas mejoraban en España sería pertinente mantenerse allí, pero si empeoraban, los conversos podrían desplazarse fácilmente al Reino de Portugal, donde tradicionalmente, o al menos hasta antes de 1533, hubo una mayor tolerancia para los de condición hebrea.

Cuando los judíos fueron expulsados en agosto de 1492 de las Españas de los Reyes Católicos, es decir, de los reinos de Aragón, Castilla y el antiguo Reino Nazarí de Granada, se refugiaron casi todos en Portugal, especialmente en la región de Évora, en Alentejo, y hacia el sur, en el Algarve y algunas de las ciudades cercanas a la costa africana.

El rey de la dinastía de los Avís de Portugal, el rey Manuel y otros reyes tenían una posición ambigua con respecto a que los judíos dependían de ellos en muchos aspectos. Los consideraban, con toda razón, las personas mejor formadas de todo el reino y confiaban en ellos sus riquezas y buena parte del conocimiento que tenían del mundo, especialmente en lo tocante a las empresas navieras, que eran la verdadera obsesión de la corona portuguesa al final del siglo XV; es decir, las expediciones que desde los tiempos de Enrique el Navegante habían conquistado las Azores, llegado hasta las costas africanas de Marruecos, e incluso al Mogador, un poco más al sur, y que con el correr del tiempo habían descubierto las bocas del río Congo, y finalmente Bartolomé Díaz, que en 1487 —cinco años antes del descubrimiento de América— había

descubierto el cabo de Buena Esperanza, el famoso cabo Saldaña, en donde ya se avista el océano Índico y por tanto la ruta hacia las Indias. Para el rey Manuel de Avís, el asunto estaba resuelto y no había nada más que hacer: debía conservar a los judíos y mantenerlos en relativo estado de condición de protección, mientras las empresas de Portugal florecían y salían adelante. Esta determinación tiene lugar en razón de que los judíos eran vistos como financiadores, expertos en actividades marineras, excelentes administradores y como personas con un gran sentido del ahorro, garantías más que suficientes para querer tenerlos de su lado.

No obstante, al comenzar el siglo XVI la prosperidad de Portugal fue tan grande que en 1533 el rey de Portugal decreta la expulsión de los judíos, o la conversión forzosa como se había hecho en España. Este hecho marcó, por tanto, la pauta del descubrimiento y del desarrollo de la costa brasileña en América del Sur y también del Reino de Tierra Firme en el ámbito español. En un determinado momento, específicamente desde 1513 hasta 1533, podría llegar a América cualquiera que lo desease sin tener autorización particular; la mayor parte de quienes lo hacían iban en naves portuguesas o fletadas por portugueses que los dejaban en las islas de las Antillas Menores, o en las Antillas de Venezuela, es decir, donde hoy queda Aruba, Bonaire y Curazao, por esa razón esas islas adquirieron una importancia extraordinaria. Es muy fácil navegar *a la bolina* y llegar sin mayor esfuerzo —al menos entre marzo y noviembre— a las islas de las Antillas descendiendo por las Azores y las Canarias, ya que los vientos alisios conducen a las naves sin mayores contradicciones ni temporales hasta dichas islas.

Y por tanto, los cristianos nuevos de la España de los siglos XV y XVI tomaron ese rumbo; Portugal primero, América después. En América tuvieron la duda de si era mejor pertenecer al dominio del rey portugués o al del rey español. En algunas ocasiones, los reyes españoles, en este caso Carlos V y Felipe II, se mostraron más benévolo y más magníficos con los indios, que en el caso de Brasil, en virtud de que esta región no constituía una prioridad para Portugal. Esta es una de las razones por las que las estrategias de crecimiento demográfico a través de migrantes fueron tan desiguales en los siglos XVI y XVII. La situación se tornó más aún compleja cuando en 1580 Felipe II anexa a Portugal y convierte el imperio en un solo dominio, desde 1580 a 1640, tiempo durante el que España y Portugal estuvieron unidos y el Imperio español e Imperio portugués estuvieron simbióticamente mezclados, con lo cual se hizo aún más remota la posibilidad de controlar quiénes iban a América, por qué y en qué condiciones.

Todos esos elementos contribuyeron a un poblamiento rápido de conversos que buscaron buenos enclaves, que exploraron la tierra con cierta minucia y que se establecieron en las zonas cordilleras, y eso explica particularmente el poblamiento de Venezuela y Colombia en donde los 700 y 1.400 metros de altitud se formaron y fundaron la mayor parte de las pueblas, aldeas y villorrios, lo que nosotros llamamos veredas, dentro de las cuales lo más importante era la existencia de una pequeña capilla y ya lo demás se dejaba al arbitrio de los fundadores.

Esa condición tan libre de las fundaciones recordaba para muchos cristianos nuevos las aljamas y los dominios autónomos que habían tenido sus abuelos y bisabuelos en la Edad Media, de manera que acomodarse a esas nuevas fundaciones no fue muy difícil, y tampoco lo fue establecer en ellas una vida provinciana pero relativamente próspera. La paz reinaba, ya que si los vecinos tenían querellas importantes entre ellos iban a ser perseguidos los unos y los otros, razón por la cual los cristianos nuevos fueron dados a tener relaciones pacíficas. Cuando había grandes dificultades entre ellos, simplemente se alejaban unos de otros, pero no entraban en disputas porque sabían que a los participantes en ellas les iba a ir mal frente a las autoridades tanto españolas como portuguesas. Por todas estas razones, la condición de los cristianos nuevos de la España de los siglos XV y XVI —condición naturalmente hacia la migración y la experiencia de los indianos que enviaban a sus cartas a España o Portugal— los animaba a hacer el recorrido al Nuevo Mundo, puesto que habían de encontrar un lugar de paz, de tranquilidad e incluso, al margen de los prejuicios y persecuciones del pasado, donde había cosas nuevas por hacer, mundos distintos por descubrir, bien diferentes al entorno tan opresivo que se les cerraba en la península ibérica.

# Apellidos sin pasado

El tema de los apellidos merece no solo para el estudio de la colombianidad, sino en general de la americanidad, un capítulo aparte. La mayor parte de los apellidos españoles se formó por pluralización de los nombres: de Pere, los Pérez; de Jimeno, los Jiménez; de Alvaro, los Álvarez; de Hernán, los Hernández. Esa pluralización se hizo con la perspectiva de denominación de estirpe, es decir, que toda una estirpe cupiese dentro de un marco institucional y administrativo, pero sobre todo en virtud de los aspectos religiosos que las parroquias estaban dispuestas a tolerar a sus fieles.

Esa circunstancia hizo que se llenara de apellidos de la España expansiva de los siglos XIV a XVI, y conllevó a su vez que la conversión de las familias hiciese perder progresivamente el rastro de los antiguos nombres musulmanes o judíos: algún paisano llamado Alí Ibn Atar o Menahem Ben Israel, cambiaba su nombre tratando de hacer perder la huella del pasado y de hallar otra que lo relacionara con familias del norte de Castilla, o con apellidos vascos o gallegos.

Así llegaron hacia el sur, gracias a la adopción de dichos nombres. Es de esta manera que individuos de cultura andalusí y lengua mozárabe resultaban poseedores de apellidos vascos, como Olachea, Ortega, Aguilar, o Echeverry, que caracterizaron los clanes vascos durante siglos. Algunos tratadistas de América, como Francisco de Abrisketa, han querido demostrar con ello un nexo directo con los vascones propiamente dichos. Sin embargo, falta la cultura; tienen los apellidos, por su puesto, pero no la lengua, ni las tradiciones, ni los usos propios de los vascos, lo cual lleva a concluir que se trata simplemente de andalusíes que compraron apellidos vascos, o que los obtuvieron de algún tipo de pacto, negocio o intercambio al cabo de varios siglos.

Esa es la clave para entender la presunta diversidad de apellidos que hay en América, de manera más particular en Colombia, donde priman los Rodríguez, siendo este el más importante, y muy cerca están los Martínez, los Gómez, apellidos muy corrientes que eran propios de bautismos colectivos. Pero los apellidos extraños, particulares, como Mesa, Calle, Santamaría, Botero y la mayor parte de los apellidos de Antioquia, tienen que ver con esa compra posible de apellidos, ya sea por denominaciones de origen, por gremios a los que pertenecían o por apodos que tomaron determinados grupos familiares y así llegaron a América, en virtud de que aquí no había ningún tipo de recelo o resquemor frente a esa forma de llamarse. Si hubiera sido

necesario llamarse de otra manera, con toda seguridad hubieran cambiado sus apellidos, pero al ver que en América no había prejuicios ni preconceptos con respecto a su origen y que la limpieza de sangre quedaba zanjada y elevada en cuanto se pisaba la tierra americana, se tranquilizaron progresivamente y esto les permitió mostrar buena parte de los apellidos que habían adoptado en España.

Esta idea de reunión familiar, de la pertenencia misma de la familia, el carácter monógamo de la sociedad, fue desde el comienzo uno de los pruritos más importantes de la Contrarreforma, fue fruto de la vigilancia rigurosa de las órdenes regulares y seculares en América. Fuera de eso, para evitar el concubinato, la barraganería y otras instituciones que ya se habían heredado de España, el apellido sirvió como una forma de control social persecutora de legitimidad al nacimiento y durante mucho tiempo, siglos incluso —podría decirse que hasta el siglo XX, en países como Colombia—, fue una de las bases del reconocimiento. Así, llamarse de tal manera, ser hijo de este o de aquel, otorgaba privilegios o los quitaba, según fuera el caso. Y por esa razón, la pertenencia a un clan o estirpe resultó también muy trascendente en la vida americana. A pesar de que los apellidos en verdad no son muchos, la población es un resultado excepcionalmente grande para un número tan pequeños de nombres; todavía más dramático y más paradójico es el caso de Brasil, donde una nación de 210 millones de habitantes cuenta con apenas unos 20 o 30 apellidos básicos portugueses de los cuales hacerse cargo, de ahí que la homonimia y otros fenómenos de esa naturaleza sean muy corrientes en países como este.

# Moriscos de Andalucía que hablan mozárabe y saludan con cortesía

Efectivamente, los moriscos venidos a América provenían relativamente todos de Andalucía, de pueblos y pueblas andaluces, y de manera particularmente intensa del recién conquistado Reino Nazarí de Granada. También hay muchos que se desplazaron y lograron vivir por lo menos una generación en Extremadura, y por tanto adoptaron formas y apellidos de extremeños, es decir, de Badajoz y Mérida, de algunas de las pueblas cercanas de Extremadura, por ejemplo, la ciudad de Medellín de Extremadura, de la cual es originario Hernán Cortés. Medellín es una denominación árabe y corresponde al plural dual de *Madina*, *Mada'in*, que quiere decir “dos ciudades”, y normalmente se daba ese título —Medellín o *Mada'in*— a una ciudad que estaba emplazada a ambos lados de un río, en las dos riberas; es decir, si se trataba de un río con dos ciudades gemelas, una frente a la otra. Esa fue entonces la clave para los moriscos de Andalucía que hablan mozárabe, que es una de las más de 37 formas que adoptó el morisco, según Patiño Roselli y otros investigadores lingüistas y filólogos que han descifrado textos de los recién llegados a América y los han comparado además con escritos producidos en España. En realidad, el mozárabe es muy parecido al español estándar, pero tiene una característica marcada, una profusión mayor de arabismos, de palabras de origen árabe, y se caracteriza también por las formas de cortesía y de saludo respetuoso como el usted, *vusted*, *vuesamerced*, o *su merced*; esas fórmulas de cortesía fueron claves para reconocer a los cristianos nuevos, porque no solo hablaban con corrección, sino evitando el ceceo que pudiera parecer impostado o artificioso, y procurando además no ofender a los interlocutores en modo alguno. Esa manera tan prevenida de hablar y esas formas y rituales caracterizaron a los indios, los protegieron durante siglo y medio de persecución, y cuando empezaron ya a no ser necesarias permanecieron en el habla de sus descendientes.

Debido a que Colombia tenía además un río en el centro, el Magdalena, que permitió penetrar mil kilómetros tierra adentro, y a veces más, estas formas de hablar relativamente aparatosas y circunspectas llegaron muy pronto a tierras vírgenes, incluso a zonas en las que nunca habían pisado españoles o gentes de otra naturaleza. Entonces, ese criollismo quedó marcado en un andalucismo, en un origen morisco y mozárabe que

se puede documentar perfectamente con los múltiples trabajos de Ramón Méndez Vidal y otros filólogos españoles, como por ejemplo, *El idioma español en sus primeros tiempos*, *La lengua de Cristóbal Colón*, *La historia y epopeya de los orígenes de Castilla*, *La toponimia prerrománica hispana*, *El romance luso hispánico*, *En torno a la poesía juglaresca y los juglares*.

También en muchos otros trabajos filológicos se demuestran importantes nexos que tienen estos dialectos con el poblamiento de América, la expansión del Imperio español, la evangelización y seminarios de descendientes de conversos, es decir, con las órdenes regulares y misionales más importantes, como los franciscanos, jesuitas, agustinos y dominicos. Más adelante, los hermanos claretianos y otros recibían a hijos de conversos como latos y novicios, y también formaron varios conventos de monjas con sus órdenes respectivas, como por ejemplo, las clarisas, que son justamente de la orden franciscana versión femenina, las hermanas agustinas, las benedictinas, entre otras, las cuales hablaban sin ceceo, con corrección, con cortesía y más bien poco, para evitar cometer algún tipo de imprudencia. Sin embargo, como es obvio, en la vida cotidiana y en el desarrollo particular de las aldeas el diálogo era frecuente, en especial entre las madres y las niñas, que eran al fin y al cabo las que enseñaban a leer y hablar a sus hijos, y a utilizar la lengua con la debida corrección.

Esa vigilancia lingüística tiene orígenes religiosos, es decir, responde al hecho de que hablar compromete de un modo definitivo a los hablantes; es por eso que desde el comienzo la lengua es objeto de una preparación especial con el fin de evitar cometer cualquier tipo de equivocación, o incluso errores que pudieran conducir a juicios por herejía. Todos esos elementos juntos ayudan a explicar que los moriscos de Andalucía hablasen mozárabe con corrección y saludasen con cortesía, además de todo el aparato formal de esperas, de pausas y silencios que los caracterizaba, los cuales estaban reglamentados por esa presión que —frente a hablantes cristianos viejos, que solían soltar la lengua de una forma desparpajada e irresponsable— caracterizaba a los indios por ser moderados, pausados, sobrios en el lenguaje y temerosos de los efectos que especialmente el lenguaje escrito pudiera conllevar.

# La hora de la partida: nunca más Sefarad, jamás al-Ándalus

Los dominios del pasado que habían caracterizado por tanto tiempo a España fueron suprimidos en el siglo xv, es decir, el Sefarad desapareció como concepto y como dominio y al-Ándalus, con la caída del Reino de Nazarí de Granada, quedó reducido a escombros. Por tanto, la idea de que había llegado un horizonte nuevo, una presión muy grande sobre la tierra de España, y que la hora de la partida estaba al menos anunciada, fue un destino que empezaron a sentir todos los cristianos nuevos desde mediados del siglo xv y de un modo angustioso al final de ese siglo y a comienzos del siglo xvi.

La migración que tuvo al principio las características de una conquista muy pronto se convirtió en colonia. Hay una distinción muy importante que establecer entre conquista y colonia: la conquista es un viaje de descubrimiento donde se pueden tener méritos y riquezas impactantes, y al descubrirlos y remitirlos a la Corona se obtiene un tipo de premio o de reconocimiento por parte de la realeza, además de las cortes propiamente dichas, pero eso es solo para el patrón descubridor; para el adelantado, en cambio, para aquel sujeto que ha encabezado la expedición o algunos de sus más inmediatos seguidores, los participantes en la expedición tienen como único premio el poder devenir colonizadores. Por tanto, si bien la Conquista ha sido muy promocionada y los conquistadores muy exaltados, lo que en verdad conformó el imperio, lo desarrolló y lo hispanizó de un modo tan poderoso fueron los colonos y los colonizadores, es decir, los individuos que sabían que llegaban a América para quedarse no podían regresar, no tenían bienes ni familiares en la tierra española; la única alternativa que les quedaba era hacer acopio de todos los recursos que tenían y establecerse de manera definitiva en el continente americano. Es por eso que esta hora de la partida es tan definitiva y tanto en los antiguos judíos, es decir, los que extrañaban Sefarad, como en la mayoría de moriscos que echaban de menos el mundo de al-Ándalus, se estableció un dilema esencial que fue cómo poder rehacer pedazos secretos de ese Sefarad o al-Ándalus en las tierras nuevas, de qué manera seguir siendo lo que eran y al mismo tiempo complacer en la mayor medida posible a las autoridades religiosas y políticas del imperio.

Esa hora de la partida se marca entre 1492 y 1617, por lo menos todo el siglo xvi y

comienzos del XVII, porque a partir de allí cientos de miles, quizá millones de migrantes vieron su partida definitiva y la necesidad de adaptarse a las condiciones del Nuevo Mundo. En ese tránsito procuraban no perder lo esencial de sí mismos, mantenerse en un bajo perfil, relativamente ocultos pero más o menos invisibles frente a las autoridades políticas y religiosas y al margen de los juicios de la Inquisición, y más bien reacios o distantes con respecto a la posibilidad de grandes posiciones y grandes logros.

Como simples colonos, el destino que les aguardaba era llevar sus bártulos y sus seres queridos a una tierra fértil, y establecerse allí de un modo discreto y sobrio, tener su pequeño solar, su pequeño predio perfectamente legalizado y si acaso alguien lo discutía o lo disputaba, buscarse otro predio, ya que afortunadamente los indígenas que se encontraron no oponían una resistencia territorial. La respuesta de los indígenas consistía esencialmente en desplazarse hacia otras tierras para tratar de mantener su cultura, pero guerrear de un modo directo o atracar de un modo sistemático a los migrantes era algo extraño, y en la mayoría de los casos los colonos pudieron establecerse sin ser molestados. Hay numerosas pruebas de que esto es así.

Al llegar al Nuevo mundo, los colonos reubicaron la mayoría de sus bienes, pusieron en escena sus métodos de construcción, trajeron animales como la mula —que resultaron tan decisivos en la formación de la nación— para que sirviesen como herramienta de penetración en las zonas montañosas, y la construcción de caminos, iglesias y otros monumentos nunca fue sabotada sistemáticamente por los indígenas. Dadas estas condiciones, los migrantes no tenían en América siquiera la décima parte de problemas que habían tenido que enfrentar en España, de manera que casi todos consideraban esta nueva condición como aceptable y en algunos pocos casos como promisoría.

## Pasajeros de Indias: destino incierto, fidelidad comprometida

Los pasajeros de Indias, como lo demuestra un excelente ensayo de José Luis Martínez llamado precisamente así, *Pasajeros de Indias*, eran de dos clases y denominaciones. La primera la conformaban aquellos que iban oficialmente comprometidos con expediciones que el rey había autorizado desde España hacia los principales puertos de América, como Santo Domingo, La Habana y más adelante Cartagena, como en algún momento llegaría a serlo La Guaira. La segunda condición era de pasajeros a Indias que se iban en naves de menor tamaño y por un precio más módico en expediciones que no habían sido oficialmente autorizadas o que no estaban vigiladas directamente por las tropas reales. En esas expediciones menores y a la bolina, como decíamos al comienzo, vino la mayor parte de los pasajeros de Indias, es decir, aquellos que por su origen tenían encontrarse con autoridades inquisitoriales o con representantes de Reales Audiencias; estos individuos venían por las Azores y por las Canarias buscando las islas de las Antillas, en las que pudieran decidir si habrían de ser fieles a la corona española o a la corona portuguesa. Una vez habían tomado esa decisión —algunos se tardaron siglos en hacerlo—, vivían en Curazao y otros enclaves como judíos y algunos como musulmanes. Estos individuos de todas maneras sabían que al tocar la tierra firme tenían que volver a su condición cristiana, aunque algunos de ellos no tenían ninguna intención de reconvertirse a sus antiguas religiones. Por esas razones, los pasajeros de Indias tenían un destino incierto y una fidelidad comprometida. Lo que habría de ser Colombia a la larga era una región particularmente privilegiada, porque se podía entrar muy lejos tierra adentro y las tierras medias tenían climas favorables y eran muy fértiles.

Por todos esos motivos, una gran cantidad de indios penetraron a través del río Magdalena por los sampanes y en las barcazas, y en esos trasportes llegaron hasta su destino; después de ver el carácter insalubre de las orillas del río treparon con sus mulas a las zonas cordilleranas, incluso a zonas relativamente remotas, sabiendo que de todas formas el río, que era la gran vía y la gran vertiente, era peligroso en tanto que traía a las autoridades españolas y además no les permitía establecerse de un modo permanente sin riesgo de adquirir enfermedades endémicas. Por ello, entonces, fue muy

corriente la fundación de tantas pueblas y aldeas en sitios recónditos, en las vegas de arroyos o ríos y en áreas boscosas.

El apellido, el oficio y las cartas de presentación que las cédulas reales traían consigo, eran elementos que contaban a la hora de establecerse en un lugar más cercano o lejano de la orilla del río y para que la fundación fuese definitiva o provisional. Cuando una puebla tenía todos sus papeles en regla, era muy probable que los curas y las autoridades religiosas autorizaran una fundación definitiva. En cambio, cuando se trataba de una pequeña vereda en donde se habían establecido familias cuyos apellidos o condiciones eran problemáticas, se sabía que ese lugar podía ser abandonado en cualquier momento, si se llegasen a presentar persecuciones, demandas y reclamaciones similares hacia alguno de sus representantes.

Estos pasajeros de Indias, entonces, llegaban temerosos a América, pero con la perspectiva de que era un destino ineludible, una tierra de refugio, y allí habría de irles mejor que en cualquier otro destino, por eso su fidelidad estaba también comprometida, puesto que estaban sometidos a una cierta vigilancia, aunque fuera distante. A nadie se le permitía no asistir a la iglesia de manera deliberada, por eso las fincas, incluso las más lejanas, tenían algún camino, alguna herramienta de contacto permanente con la aldea, con la vereda o con la puebla, para que fuera posible ver a tales o cuales paisanos de vez en cuando en la iglesia, así como para bautizar a sus hijos, casarlos conforme a los requisitos establecidos y, finalmente, para que en sus funerales también se les enterrase conforme al rito cristiano. Todos esos elementos fueron la base de la estricta vigilancia establecida por la Corona a lo largo del siglo XVI.

Para el siglo XVII buena parte de esos requerimientos se hicieron menos fuertes. El siglo XVII fue en muchos aspectos el gran siglo de la colonización, y por tanto, pasajeros de Indias provenientes de zonas mucho más peligrosas y de familias y apellidos más comprometedores pudieron establecerse tardíamente. Eso explica, además, que en Colombia hubiese dos olas de fundaciones: una durante el siglo XVI y otra incluso más grande durante el siglo XVII. Estos pasajeros de Indias tenían conocimientos médicos y sabían qué tipo de alimentación o de tratamiento era necesario para sobrevivir al viaje y llegar con el menor riesgo posible, y qué medidas de salubridad eran más adecuadas para no sufrir pestes o endemias, como malaria, paludismo o leishmaniasis. Estas formas de enfermedades contemporáneas que tienen nombres científicos presentaban otras denominaciones en aquel entonces, pero de todos modos eran reconocidas y tratadas hasta donde era posible por los médicos de aquel tiempo.

La profesión médica entre los conversos no era algo extraño, en virtud de que les había dado gran prestigio y un lugar social en la España medieval, y era muy útil para coordinar migraciones de largo aliento como la que estaba enfrentando ahora. Por tanto, la enseñanza informal, pero de todas maneras muy rigurosa de la medicina, era gremial y con mucha frecuencia los hijos de médicos eran también médicos, incluso muchas mujeres tenían conocimientos importantes en materia de tratamiento, de curas para infecciones, de primeros auxilios, sabían nadar, con gran frecuencia conocían la navegación, las bases de establecimiento de los ríos y podían identificar o limpiar un lugar para que estuviese libre de fieras y de animales pestíferos.

Todos esas condiciones se juntaron en los pasajeros de Indias dándoles una particular habilidad, especialmente durante el siglo XVII, para encontrar lugares apropiados dónde establecerse y cambiar de rumbo cuando era necesario, de modo que la mayor parte de esos enclaves y fundaciones fueron exitosos.

## Asesoría para viajeros en Curazao: "vayan hasta la boca de gran río y penetren en el continente"

Los viajeros tenían instrucciones en virtud de lo peligroso y de lo largo del viaje, y del carácter azaroso de los encuentros que podían darse durante los trayectos, por eso Curazao se convirtió en un enclave fundamental. Es una isla suficientemente grande para albergar a unos cuantos emigrados —incluso unos cuanto miles, quizá cientos de miles—, que estuvo desde el comienzo en cuestión porque piratas franceses y holandeses la rodeaban, de manera que los propios españoles y portugueses sabían que era una especie de zona de tránsito a las numerosas islas de las Antillas, y que allí protegían a los piratas y les permitían establecerse en uno u otro lugar, incluso agazaparse para asaltar los barcos españoles, razón por la cual preferían los puertos de Santo Domingo y de La Habana, ya que estaban al abrigo de ese tipo de persecuciones. Los viajes, entonces, se hacían directamente de La Habana hacia España o hacia las Canarias, de modo que no había riesgo mayor; en cambio, en la segunda modalidad de viajeros, que se hacía a través de las Antillas, había mayores riesgos, incluso era posible que la nave fuera tomada por piratas y espoleada por ellos.

Curazao, por ende, se convirtió en una zona de asesoría comercial y marítima muy importante, ya que los portulanos, es decir, las cartas de navegación que allí se confeccionaron y se difundieron fueron muy confiables no solo como instrumentos marítimos, sino como eje de asuntos comerciales. Por otra parte, el famoso papiamento, es decir, el dialecto de las islas, se convirtió en algo muy manido y recurrente entre los marinos, porque a través de este lenguaje extraño —que mezclaba portugués y español, y que luego adquirió visos de holandés— ellos tenían la oportunidad de esconder tesoros y poblaciones refugiadas, u ocultar el tamaño de grupos humanos que transportaban y por los cuales obtenían un alto estipendio.

Por eso algunos barcos apenas fondeaban en Curazao, pero no entraban ni a la ciudad ni al puerto, que estaban restringidos, sino que eran después reenviados a sus destinos en el continente. El destino más destacado era el puerto de La Guaira o el golfo de Coquibacoa, entre la península de La Guajira y la de Paraguaná. Finalmente, y tras el descubrimiento en 1504 de Bocas de Ceniza, desembocadura del río Magdalena, la posibilidad de penetrar tierra adentro y la fundación y bautizo del río Magdalena

fueron importantes en aquel tiempo, ya que este se presentaba como una puerta no solo para penetrar el continente, sino para encontrar un destino en el que casi promisoriamente se brindase una respuesta definitiva a estos migrantes desesperados por establecerse relativamente lejos de las costas, porque estas eran malsanas y estaban fácilmente al alcance de las autoridades españolas.

La perspectiva de estos migrantes, como ya lo he mencionado antes, era ser relativamente invisibles para que a las autoridades españolas les costase esfuerzo alcanzarlos, fiscalizarlos o juzgarlos. Por consiguiente, el río les ofreció un recurso extraordinario desde el mismo descubrimiento de Bocas de Ceniza; sampanes, barcazas y planchones fueron contruidos en las orillas para remontar el río con remos, con grandes cañas en las zonas de la orilla y algunos incluso con velas, de manera que cuando el viento soprase tierra adentro les favoreciese el desplazamiento.

Obviamente, se tuvieron que construir numerosas veredas y paraderos para hacer noche en las orillas del río, lo cual obligó a los recién llegados a explorar los alrededores para ver cómo el río Magdalena penetra por lo menos los primeros 300 kilómetros en una zona llana, pues había que hacer un esfuerzo de descubrimiento para poder llegar hasta las zonas de montaña que ya se habían establecido como seguras y más benévolas en materia climática. Al descubrir muy pronto las orillas de las cordilleras central y oriental, y después la cordillera occidental, en las vertientes del río Cauca, los colonos quedaron satisfechos con el hallazgo de tierras habitables en muchos de sus contornos. El entorno físico había dado una respuesta fundamental, pues los migrantes podían establecerse sin riesgos en las orillas oriental y occidental del Magdalena, e incluso había una tercera cordillera más al oeste, con lo cual el desafío de dónde emplazar sus refugios quedó resuelto prácticamente desde 1520.

Pascual de Andagoia, Sebastián de Belalcázar, Jorge Robledo, Gonzalo Jiménez de Quesada y el propio Bastidas se dieron cuenta de que estas tierras, a más de potencialmente mineras, eran esencialmente un refugio para individuos que quisieran establecerse en sus dominios sin pretender riquezas extraordinarias, y con una resistencia discreta por parte de los indígenas.

Se habla mucho de los asaltos de los caribes. Efectivamente, había asaltos de estas tribus en las zonas cercanas al océano, pero estas familias indígenas eran estrictamente nómadas, de manera que cuando era posible reunir veinte hombres armados los caribes se disuadían de atacar, y cuando se llevaba consigo armas de fuego, mosquetes y rifles, muy pronto se ahuyentaba. Entonces, los sampanes llevaban en la punta a un soldado armado con un mosquete o con un rifle y cuando veían que había cerbatanas o una zona

peligrosa donde estaban disparando desde la orilla, se establecían en el lado opuesto y desde allí hacían uno o dos disparos para procurar amedrentar a los indios.

Eso les permitió penetrar en el río con mucha habilidad, de manera que al cabo de pocos años ya todas las orillas estaban despejadas y en 1534 —14 años después de las primeras expediciones en el río Magdalena— alcanzaron cuotas tan altas como La Tora, la actual Barrancabermeja, e incluso llegaron hasta Honda.

Parece que el emplazamiento de Honda fue clave también para hallar quina, planta cuyas propiedades fueron definitivas en el uso de antibióticos contra enfermedades e infecciones. Gracias a la quina, los médicos que tenían mucha experiencia empezaron a ver que la flora y la fauna de América no eran hostiles, sino que podían ser manejadas con rápida facilidad. Si bien algunos murieron de fiebres y de malaria, el número de muertos en realidad era pequeño y la conquista del río se volvió uno de los ejes fundamentales de la penetración de la tierra firme, siendo esta la primera vez que el territorio colombiano permitía adentrarse a distancias tan profundas.

# La vastedad del territorio

Para comprender la conformación de la nación resulta muy útil citar un trozo del famoso ensayo *Radiografía de la Pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada. Escrito a mitad del siglo XX, ese libro revela con precisión la formación y la forja de las naciones en América.

Estas Repúblicas de América celtíbera, cualquiera que sea su tamaño, naufragan en un territorio mucho mayor del que mayormente debieran ocupar por su estado de cultura, de riqueza, de producción y de población. Hay superávit de planeta. Despoblación y desierto son correlativos de la supe (sic) territorialidad; y viceversa. Las configuraciones de las masas de habitantes deben superponerse simétricamente a la estructura geográfica; los intersticios vacíos de ignorancia y miseria, zoología y botánica. El mal de estas naciones es, de consiguiente, la vastedad de la tierra, y esta vastedad sólo se comprende por su alejamiento del mundo. Razón que la ley de Newton da para la relación de volumen y órbita de los planetas. A medida que la tierra compacta sus dimensiones son mayores, y lo que es cantidad es lo que cuenta.

Sólo es grande una nación cuando está poblada, pues la superficie tiene sentido únicamente con relación al hombre que la ocupa y al funcionamiento regular, dentro, como órganos vivos, de sus instituciones. La superficie inculta es astro. Una nación apenas poblada, es ese *apenas* poblado. Estas tierras se hallan incomunicadas porque están vacías, y están vacías porque están confinadas entre dos océanos. Las personas posan sobre ellas sin arraigo, y no ocupan su verdadero lugar: ocupan el espacio que llenan, y entre ellas está la soledad. Los espacios físicos y psicológicos son, entre los individuos, cambiantes y vacíos, porque no se puede pensar en el espacio sin pensar en el alma, ya que la extensión despoblada es como verdad sensible, soledad.

El latifundio, la forma despótica de gobierno, el temor a lo imprevisto, el cultivo extensivo del grano, del ganado y de la inteligencia, son necesidades geográficas, económicas y psicológicas que podrían explicarse, son fórmulas matemáticas de la gravitación. Todos estos islotes de las Antillas de Tierra Firme, constituyen algo que no quieren y que niegan, por tanto: colonias y dominios. No pueden ser otra cosa aunque lo digan las leyes escritas. Colonias y dominios que giran en torno de núcleos incandescentes de intereses financieros e industriales. La Independencia las privó de la unidad que les daba, sea convencionalmente, la metrópoli, e implicó la servidumbre económica y cultural por cuenta propia. Con la autonomía vino el aislamiento. Los grandes soñadores de la América unida y libre vieron la correlación y la unidad en este fragmento austral del continente como única manera de romper la condición colonial que implicaba la vastedad del territorio, la distancia, la pobreza y la barbarie. Supieron que sin esa unión la libertad era mentira. Pero la realidad planetaria y racial quebró para siempre esos hermosos sueños, y los que vinieron luego ya no tuvieron fuerza para

oponerse a la corriente cósmica que vertía América en el Atlántico y el Pacífico, y se comportaron como los jornaleros de una sociedad anónima.

La tierra vacía requiere capitales y hombres en cantidades astronómicas. Capitales y hombres suelen ser energías concomitantes, mas no se asocian jamás si no llegan juntos. Entre un grupo de actividades fomentadas por el lucro y otro grupo de actividades fomentadas por la vida, aparecen esos vacíos imposibles de llenar, que es el desacuerdo en los métodos y en los fines: las formas de enriquecerse se vuelven incompatibles con las formas de vivir. Se rompe entre esos grupos el equilibrio natural que existe en tanto el capital no es rédito sino trabajo, ni título de renta sino movimientos circulatorios de riqueza, acción, gozo. Cada grupo se transforma en un órgano independiente, que tiende a crear en torno a una pseudo estructura, asumiendo una función que debe estar repartida y correlacionada con todo el conjunto. El capital viene de lejos de Suramérica; los centros de riqueza que crea son excéntricos al trabajo y generan un ciclo de actividad que conduce como fin a la salida del rédito en calidad de materia prima también, de dividendo. Bancos, industrias, comercio, trabajan en función del prestamista incógnito. Su actividad está regulada por la utilidad del usufructo, y no de la utilidad pública, de las necesidades de la vida interior del país. Esa forma de gravitar alrededor de un centro remoto está en la relación de satélite a planeta y de colonia a metrópoli<sup>[2]</sup>.

En esta larga cita, Martínez Estrada muestra la desmesura de pretender convertir er naciones a los pueblos dispersos que habitan territorios muy vastos en los cuales no ha habido opción de construir cohesión, ni apenas pertenencia real.

# Colonos avezados: mientras más lejos, mejor

La transformación demográfica de América se deriva no solo de la penetración de estos colonos, sino del hecho de que vivían largas vidas, pues era muy frecuente que superasen los 60 años. Esto, comparado con los indígenas que tenían una expectativa de vida de apenas 36 o 37 años, hizo que a pesar de que su población indígena al comienzo fuese mayoritaria, muy pronto empezase a quedar en minoría, al menos al cabo de varias generaciones. Así, el número de colonos se multiplicó con sus familias de 10 o 15 hijos y que además tenían un mayor promedio de vida, como ya he dicho, mientras que los aborígenes a pesar de tener familias numerosas vivían solo unos pocos años. El recuento estadístico de esta desigualdad demográfica solo ha sido registrado en investigaciones recientes.

Esta diferencia se marcó aún más cuando los colonos avezados fueron capaces de traer a sus esposas y familias, o cuando desde Curazao se enviaban convoyes de mujeres y de niños que llegaban a los puertos donde sus padres habían podido avistar algún tipo de posibilidad de colonia. Esta circunstancia explica la variable invertida en materia demográfica: mientras crecía el número de indígenas en las áreas cordilleranas, aumentaba la proporción de colonos. Dicho fenómeno cobró todavía mayor importancia cuando lograron llegar hasta las estribaciones más profundas de la cordillera occidental y sobre todo cuando penetraron el sur, es decir, las zonas que corresponden al Valle del Cauca, el Cauca y Nariño, que son fronteras geopolíticas con el mundo quechua. El Imperio incaico empezó a declinar y periclitar, incluso algunos años antes de la llegada de los españoles; pero obviamente con la caída de Atahualpa, con las actividades de Pizarro y de sus seguidores, con Diego de Almagro y con las expediciones de Pedro de Ursúa, quedó mucho más claro que la avanzada española sobre los Andes profundos tendría consecuencias de gran envergadura en el poblamiento y la posibilidad de expansión de la cultura incaica.

Por tanto, el ámbito de penetración de estos colonos se hizo cada vez más grande, pues descubrieron nuevas tierras y con ello nuevas posibilidades, por ejemplo, se dieron cuenta de que algunas de ellas eran muy favorables al cultivo de caña y también se percataron de que además del cacao y otros productos nativos, la importancia progresiva de cultivos alternativos iba a ser la proveedora de alimentos.

Por ejemplo, los primeros cultivos de arroz cuyas semillas habían sido traídas

directamente de España o del norte de África fueron exitosos, y con ellos la dieta de los colonos empezó a hacerse partícipe de los productos nativos como la papa o el maíz, los cuales muy pronto revelaron sus cualidades nutritivas y fueron centrales, entre ellos además el frijol y el garbanzo en sus variedades americanas y en las que fue posible sembrar y cosechar en América. Estos aspectos conllevaron que fuera relativamente fácil hacer uso de estos productos. Con el fin de afinar tal avance, se buscaron los climas más adecuados para adaptarse a las condiciones propias del terreno, pero al mismo tiempo con la idea de que su dieta y su estilo de vida fueran cada vez más parecidos a los que llevaban en las montañas de Sierra Morena o de la sierra occidental, en donde habían vivido durante siglos sus ancestros.

De manera que una mujer de 50 años podía, después de un viaje de 3 o 4 años, reconstruir un ambiente muy parecido a aquel en que ella habría crecido pero ya en las tierras de América, como una indiana perfectamente establecida y al margen de toda persecución. Esa tranquilidad hizo que estos colonos astutos y audaces pudieran vivir en paz, incluso florecer y prosperar en cuestión de una sola generación, porque tenían muchas tierras a su servicio, gran cantidad de productos y podían además disponer de algunos excedentes para su comercio.

Las habilidades artesanales de los conversos eran muchas, ya que habían tenido experiencia en los gremios en España y por eso la elaboración de vestidos, sombreros, alpargatas y otras prendas vitales para la población recién llegada se empezaron a producir de manera muy temprana y con una calidad no solo aceptable, sino en algunas ocasiones superior de la que habían tenido en sus lugares de origen. Todo ello contribuyó, quizá de manera irreversible, a que la sensación de lejanía, desamparo y desarraigo se fuera aplacando durante las primeras dos generaciones y se hiciese cada vez más invisible en la tercera generación.

# Economía de subsistencia y aislamiento

Los colonos fueron forjando una economía cuya naturaleza cerrada les garantizaba la supervivencia, incluso una cierta holgura, puesto que la tierra era generosa y podía sembrarse en cualquier época del año. La diferencia entre cultivos de tiempos de lluvia y cultivos de tiempo seco es la única que puede establecerse de un modo consecuente, condición esta que resulta muy parecida a la que tenían en la España de Las Vegas o en Andalucía, donde básicamente se siembra al terminar el invierno porque regresan las lluvias. Esta consideración hizo que los colonos, en cuanto a lo que habría ser Tierra Firme y luego el Nuevo Reino de Granada, no tuvieran necesidad de una agricultura extensiva, ni tampoco de una agricultura intensiva.

El horizonte del pan coger era suficiente con una buena huerta o con varias de ellas, unas cerca del pueblo o de la aldea y otra relativamente más distante. La huerta normalmente era comprada o adquirida por la segunda o tercera generación de colonos; de esa manera, se tenían varias fincas que se intercambiaban constantemente. Y a partir del siglo XVII se hizo recurrente la práctica de la ganadería, que era también una actividad de fácil control, y adquirieron gran importancia los caballos, las mulas y con el tiempo las aves de corral, que pasaron a estar presentes no solo en la dieta sino en general en la provisión o en los haberes de la población común y corriente. También, por razones obvias, adquirieron relevancia los cerdos, puesto que estos eran garantía de legalidad; así, tener piaras de puercos garantizaba que no hubiese lugar a sospechas sobre la naturaleza de los cristianos nuevos establecidos en una determinada región. Y finalmente, el ganado vacuno tendía a manejarse en zonas de ladera o piedemonte, es decir, en las fincas se podían tener unas cuantas vacas. Incluso la conquista progresiva de los llanos orientales, que probablemente empezaría en el siglo XVII, se vio marcada por una transformación general de la agricultura de primera subsistencia a una ganadería de subsistencia, en la que se llevaban algunos hatos a zonas distantes a pastar y luego se les regresaba a sitios donde podían ser vendidos.

Estos hábitos económicos fueron muy importantes para explicar que hubiera relativamente poco conflicto por la tierra, una camaradería relativa en el manejo de ciertos saberes. Uno de los pruritos fundamentales de la población colonial durante los siglos XVI a XVIII fue evitar a toda costa querellas y confrontaciones, pues estas suponían una visibilidad peligrosa a todos los involucrados; si había dificultades o

rencillas entre dos vecinos muy pronto se pedía la mediación de la Iglesia, y cuando su mediación no era eficaz se pedía que los vecinos se separasen para evitar cualquier confrontación. Tanto por los saberes como por las prácticas, los colonos eran muy adaptables, podían pasar de la agricultura a la ganadería, o a otras prácticas, como la artesanía, según la temporada del año o según la suerte que en determinado contexto les hubiera deparado su actividad anterior.

El minifundio era de naturaleza provisional. En general, se puede argumentar la provisionalidad de todos los medios de vida durante los 400 años anteriores a la urbanización de Colombia. Todo el mundo estaba de paso, por eso colonizaciones como la antioqueña, la santandereana, la boyacense, incluso la valluna y caucana, estuvieron siempre moviéndose en áreas relativamente grandes, a tal punto que esta dinámica configuró el territorio nacional. A la postre, fueron los límites de esas expediciones los que determinaron dicha configuración, es decir, hasta donde los migrantes habían llegado y habían sembrado o establecido algún tipo de contacto que les permitiera conocer la tierra, y eventualmente habitarla, venderla o ponerla en empréstito.

La tierra, en virtud de esa provisionalidad y ese carácter en muchos sentidos espurio y extemporáneo, no se consideraba un bien absoluto sino solo un bien relativo, puesto que el bien absoluto estaba en la familia misma, en sus prácticas y en lo que pudiera llevarse a otros lugares. Para evitar confrontaciones si era preciso se abandonaban las tierras. El poco apego que tiene la tradición colombiana a las tierras constituye una tendencia que se ve hasta nuestros días. Se trata incluso de una dinámica que permite explicar en parte el carácter latifundista actual, en virtud además de los muchos conflictos que han aquejado a la sociedad colombiana contemporánea.

# Migraciones de familias completas

A partir de finales del siglo XVI fue posible transportar a grupos más grandes de indios en embarcaciones fletadas especialmente para cumplir con la ruta Canarias-Antillas. Una vez en las Antillas, otros transportes menores eran arreglados para llevar a los colonos a la tierra firme. El valor del pasaje fue cambiando según las condiciones de los viajes y en función de qué tan regulares fueran y del número de pasajeros.

Lo más importante de esta segunda oleada, la que parte de las Antillas, fue la migración de familias completas, incluyendo las madres. Al llegar mujeres moriscas cristiano-nuevas a América con sus familias, la infraestructura cambió y empezó a haber unas colonias más permanentes, el establecimiento de casas, de aldeas, de haciendas y de fincas tuvo que ser más riguroso, fue necesario contar con un vecindario más amplio, con un mobiliario más variado y la pura condición de supervivencia autosuficiente se modificó progresivamente hacia el establecimiento de formas de poblamiento constantes de gran impacto, en las que los colonos se expresaban a través de formas más profundas de apropiación cultural. Con la migración de las mujeres también cambió la alimentación, la preocupación por la higiene se hizo obsesiva, las condiciones de salubridad fueron vigiladas con mayor esmero, hubo mayor observancia lingüística y todo lo que tenía que ver con la proyección de los hijos hacia sociedades futuras se hizo mucho más riguroso.

En otras palabras, podría decirse que la sociedad de los colonos solo empezó a existir de manera plena con la llegada de familias completas y la migración femenina. Al aparecer esta nueva variable, el matriarcado inconsciente que había caracterizado a la cultura de los conquistadores fue remplazado por un matriarcado pleno y consciente, que era ya la cultura de los colonos. A este respecto, considero que la esencia fundamental de la formación de la nación radicó justamente en los colonos de los siglos XVI a XVIII. Por eso esta migración completa resultó definitiva: primero, porque trajo consigo toda la idiosincrasia que no había llegado con los conquistadores, que eran solo hombres; y segundo, separó a la sociedad blanca hispánica de las sociedades mestizas indígenas, sobre todo a los hijos de las indígenas y de esclavas negras, a los mulatos y a las familias blancas monógamas y endogámicas que caracterizaron buena parte del poblamiento del Valle del Cauca, del Valle del Magdalena, sobre todo en Antioquia, en Santander, quizá también en el norte de Boyacá, y que incluso marcó la

pauta de la migración alemana, como Alfinger y Federman, a finales del mismo siglo XVI.

A pesar de su origen espurio, estos colonos blancos tenían consciencia de su superioridad y de la necesidad de implantarse, del hecho de que la tierra generosa les tenía un lugar y la posibilidad de expresarse y protagonizar la vida indiana, en la que tenían sirvientes y el derecho a tierras, incluso muy grandes, en las que ejercieron su dominio con plenitud y conciencia y se sabían mejor educados y dados a mandar, o por lo menos a hacer un destino cuya naturaleza podría llegar a ser exitosa e hidalga, como se esperaba que fuera para los indios ilustres.

Todos estos aspectos explican la aparición de una sociedad jerarquizada, de una gran trascendencia de los clérigos y de los hijos de clérigos, los famosos barraganes, que tuvieron en la experiencia americana una importancia enorme, porque nacían en medio de un ambiente eclesiástico, de manera que eran educados como clérigos. Aunque no perteneciesen de pleno derecho a las órdenes regulares o seculares, de esa barraganía obtenían una buena crianza, a veces cambiaban sus apellidos para borrar lo vergonzante que pudiera resultar ser el hijo de un clérigo; incluso Juan de Castellanos y otros muchos varones ilustres de las Indias tuvieron hijos con nativas y esos hijos llegaron a tener una importancia y un reconocimiento bastante altos dentro del marco social en el que se movían.

Esta situación mutó en cuestión de siglo y medio, primero porque se hizo mucho más numerosa, y segundo debido a que la condición hispánica se reafirmó. En este contexto, la perspectiva secular era casi nula, de hecho todo el mundo tenía que pertenecer de manera obligatoria a una parroquia, ser bautizado y recibir los sacramentos conforme a una vigilancia religiosa muy estricta. Cuando no sucedía así, esos hijos naturales inmediatamente eran objeto de reprobación social. Por otra parte, a la carga de la limpieza de sangre sospechosa se unía el carácter irregular de su unión, es decir, una condición de *malparidez* o de mal nacimiento, que desde el mismo comienzo fue reprobada y objeto de sanción social.

Las madres no solo obtenían la importancia de ser las únicas que oficialmente ostentaban el título de madres y de señoras de las casas, sino que únicamente por sus nombres y apellidos se les reconocía como doñas, como patronas. Seres centrales y objeto de veneración hasta la ancianidad, las madres adultas hijas de madres de más de tres hijos, o abuelas, eran tal vez los seres que más trascendencia tuvieron durante los siglos XVI a XVIII en todas las sociedades establecidas en tierras americanas, especialmente en las que se establecieron en las tres cordilleras del Virreinato de

## Nueva Granada.

A pesar de pertenecer la mitad a la Nueva España y la otra mitad a la Nueva Castilla —al Virreinato del Perú—, el territorio colombiano empezó a formar, debido a su naturaleza triangular, una unidad separada cuya autonomía se fue manifestando en mayor intensidad en el siglo XVIII, y esto fue lo que explicó la formación del Virreinato de Nueva Granada por parte de las autoridades borbónicas en los tiempos de Carlos III. A pesar de lo tardío de este nombramiento y de la separación innegable que había entre las regiones, el río Magdalena actuó como eje catalizador de esta sociedad de colonos y como centro de comunicación y de contacto con lo exterior. Este contacto, a pesar de que era imperfecto y remoto, tenía manera de expresarse con claridad cuando así lo requerían las circunstancias. A pesar de que los cronistas registran que en algunas ocasiones surgían desacuerdos entre vecinos y algunas complicaciones regionales, estas nunca fueron serias ni derivaron en motines y prácticamente hasta antes de la revuelta de los Comuneros, en 1780, no hubo manifestaciones entre estas familias de una insatisfacción generalizada o de algún acto deliberado de infidelidad al rey.

# Los conversos transformados en indianos

La condición de conversos, que había sido propia de españoles porque en realidad nadie tuvo que convertirse en América sino que estos ya descendían de conversos, abarcó una o dos generaciones, básicamente entre los siglos XIV y XV, de personas que no solo abrazaban el cristianismo de manera abierta, sino que tenían que hacer manifestaciones explícitas de su pertenencia. Había muchas formas de demostrar este vínculo, no solo la de comer cerdo en público, aunque para algunos esta se convirtió en la única referencia sobre la condición de cristiano-nuevos. Por su parte, la forma de vestir, de llamarse, el trato cotidiano, el comportamiento religioso y la religiosidad popular en todas sus expresiones, fueron elementos de vigilancia mediante los cuales la sociedad tenía un estricto control sobre los actos de los individuos, pero también sobre sus valores y sus aspiraciones.

Entonces la nueva perspectiva, el nuevo mote de reconocimiento que suponía ser indianos, tuvo un gran valor a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Si bien entre 1492 y 1550 era un acto casi de desesperación venirse a América sabiendo que las condiciones de la tierra eran todavía salvajes y las opciones de domarla y establecerse en ella eran pocas, a partir de 1550 se registró un panorama distinto para los indianos.

Ser indiano o criollo se volvió algo respetable y reconocido, además ya había segundas y terceras generaciones de estos migrantes que tenían experiencia en climas, en caminos y en modelos de establecimiento, entre otros aspectos, conocimientos los cuales les permitía servir de guías a los recién llegados. Podríamos decir que durante por lo menos 200 años la sociedad colombiana en formación fue una sociedad de recién llegados no solo porque su migración había sido reciente, sino debido a que no se habían establecido en un único lugar y permanecieron buscando un destino u otro, según imperasen en un sitio ciertas condiciones favorables o desfavorables. Por ejemplo, huían de las zonas de deslave y de las quebradas que se desbordaban en tiempos de invierno, huían de los sitios en donde había brotes endémicos de paludismo o malaria, huían sistemáticamente de las zonas selváticas en donde había ofídicos, serpientes y otros animales que fueran de picadura mortal, aunque algunos colonos aprendieron a convivir con estos en zonas de piedemonte, especialmente en las cordilleras oriental y occidental.

Aunque la tierra era salvaje, ofrecía llanos, mesetas y valles de una frondosidad y de

una condición muy acogedora y bienhechora. A veces, los recién llegados tenían la impresión de estar en un pequeño paraíso cuya duración no sabían cuál iba a ser, pero sentían que era un lugar de remanso y de recompensa por los sufrimientos de sus antepasados. Esta idea de pequeño destino manifiesto aunque no fue muy generalizada de todos modos estuvo presente en los colonos, quienes vivieron en paz en esas tierras durante periodos muy largos. Algunos de ellos, tras unos pocos años de trabajo, tenían una tierra fértil, una hacienda, animales, cosechas, cierto reconocimiento de parte de las pequeñas aldeas a las que pertenecían, un nombre y con frecuencia un gran número de hijos.

El tamaño de las familias estaba entre los 8 y los 12 miembros y la mortalidad infantil era muy alta comparada con los estándares actuales: estaba cerca de solo 100 niños muertos por cada 1.000, según los datos aportados por Virginia Gutiérrez de Pineda y Javier Ocampo, historiadores de gran prestigio en Colombia. Esa baja mortalidad infantil sistemáticamente manejada y controlada dentro de estas comunidades pequeñas y autosuficientes, explica un crecimiento temprano y continuo de la población colombiana, sobre todo de la población migrante. La cultura fue haciendo el cambio de modo sostenido y sutil a la vez.

La responsabilidad principal del bajo mestizaje racial se debió a la monogamia y al carácter endogámico de muchas sociedades y poblaciones, además del intento de preservación de los apellidos, de la hidalguía, de una relativa pureza de sangre que aunque hoy pueda verse como algo muy cuestionable, de todas formas existió hasta bien entrado el siglo xx en una proporción muy grande de la población colombiana.

Para entender a los indianos resulta clave tener presente la escasísima o nula condición de mestizaje cultural, es decir, el hecho de que no tenemos toda la hispanidad, sino una hispanidad esencialmente morisca o judeoconversa que proviene de Andalucía y Extremadura, la cual debido a su condición de sociedad perseguida fue vergonzante —al menos por 300 años—, a pesar de esa condición formadora de las élites criollas y de los indianos que mandaron y obtuvieron mayores tierras y beneficios, y mayor reconocimiento y educación en esos mismos tres siglos —xvi a xviii— en las Indias, y de manera particularmente intensa en las tierras de Nueva Granada que habían de ser el Virreinato.

Entrando en la discusión histórica alrededor del problema de un escaso mestizaje cultural, habría que describir con minucia, como estoy intentando hacerlo, cuál era la cultura de esos indianos, de esos descendientes de conversos donde la lengua ocupaba el papel central, una lengua estándar bien hablada, es decir, con la posibilidad de

adoptar una jerga mínima, muy cercana a la que traían los clérigos y a la que revisaban consuetudinariamente en virtud de sus liturgias y de sus actos religiosos. Por otra parte, la cultura de esos criollos e indianos también estaba ligada a la lengua española del derecho, es decir, de los códigos, de los cabildos, de los mandatos, de las Reales Audiencias, y la escritura de cartas estaba muy bien vista; en general, la condición de escriba era muy importante para obtener crédito y reconocimiento, para fundar una casa, para casarse de un modo ventajoso, etc. No solo en los hombres sino también en las mujeres, en virtud de la condición matriarcal de la que se ha hablado, niños y niñas recibían una instrucción parecida por lo menos hasta los siete años, claro, con las particularidades propias de su rol sexual. Pero a partir de los ocho años los niños recibían una educación más o menos formal en conventos o en colegios religiosos, que empezaron a pulular desde 1640.

Ese es un año muy importante porque termina el patronato que tenía el Imperio español sobre el portugués, que vuelve a existir. Por tanto, a partir de ese momento y en virtud de las dificultades de la Corona, la revuelta catalana y otras complicaciones propias de la Península, se exige a las provincias, en este caso a las americanas, mayor autonomía, gobernarse solas, producir solas, diversificarse, participar de un modo más intenso en la vida del imperio. Como no son entendidas como colonias, sino como territorios en Indias, es decir, parte integrante e integral del imperio, los criollos, los indianos, se sienten parte de todos los acontecimientos importantes que competen a la Corona, como aquellos que tienen que ver con las declaraciones de guerra y la disputa que la monarquía española sostiene por entonces con los imperios británico y francés, momento en que empiezan a verse ya las derrotas que caracterizaron a los reinos de Felipe IV y Felipe V, y que serán muy corrientes a partir de la condición de valido del conde-duque de Olivares.

Con el conde-duque de Olivares se da el comienzo de la decadencia española. A pesar de que, muy fiel a los Austrias, todavía administra un imperio muy grande con relativo éxito, ya en su gobierno, en la segunda mitad del siglo XVII, se encubran las condiciones de la crisis que se ha de agudizar en el siglo XVIII, después de la guerra de Sucesión, y que representará una mala variable a la hora de analizar el desarrollo de la corona borbónica en España, que está casi constantemente sobre el ciño de esta decadencia.

# Zambos, mulatos e indios en Colombia

La Colombia de los siglos XIX y XX supone una transición, aunque no extraordinaria, de todas maneras destacable de lo que había sido la forja de la nación, más bien discreta y silenciosa, durante los 300 años anteriores. Los zambos, los mulatos y los indios desempeñaron un papel importante en lo que podemos llamar colonias de marcada población esclava, por las utilidades que le daban a la corona española.

Pero en nuestro país tal economía de plantación apenas producía algo, escasamente se mantenía a sí misma. Los experimentos de plantación que habían sido exitosos en otros lugares del imperio fracasaron aquí, y ello se debió esencialmente a que la población no estaba dispuesta a realizar esos esfuerzos sistemáticos de largo aliento. Por eso, zambos, mulatos e indios resultaron sobrando, ya fuera de algunas pocas labores para los magnates latifundistas que durante 300 años no tuvieron una utilidad real, razón por la cual se les dejó libres. Esa condición de esclavos libres, de cimarrones al azar buscando horizonte, les permitió establecerse en este territorio inmenso donde hallaron un entorno suficientemente parecido al de su África nativa, es decir, una zona tropical húmeda con gran pluviosidad, que aunque no era de mucha fertilidad poseía los medios de vida suficientes para formar comunidades a través de la costa del pacífico colombiano.

Los zambos, los mulatos e indios, es decir, los que habían sido producto del mestizaje racial con blancos o con indios que se habían establecido en una u otra parte del territorio, llevaron vidas mediocres pero un proceso de relativo blanqueamiento durante el siglo XIX, especialmente después de que en 1840 fuera decretada la libertad de los esclavos, la cual tuvo lugar incluso 20 años antes de que se lograra en Estados Unidos y muchos años antes de que se aprobara en el Caribe, donde había una cultura de plantación sólidamente establecida. Aquí, sin embargo, la libertad de los esclavos y el abolicionismo eran simplemente resultado de la comparación y el contraste que se hacía con otras sociedades, obedecía al intento de poner las leyes al día con respecto a lo que se estaba desarrollando en el siglo XIX. Es con ese ánimo que en 1840 el presidente José María Obando decreta la libertad de los esclavos. En Colombia no había en realidad muchas personas en esa condición, había sí muchos cimarrones y palenques, y la mayoría estaban dispersos y dependían de sus amos. Para buena parte de ellos, quedar libres los obligó a formar y desarrollar otras culturas, donde mientras

no se mezclasen de modo abierto con los blancos podían tener lugar y reconocimiento.

Es así como lo plantea el estudio más interesante que se ha hecho sobre este punto, *Gente negra, nación mestiza*, de Peter Wade, antropólogo británico, quien estudia además la constitución y el desarrollo de las comunidades negras en Colombia, tanto en la costa del Atlántico como en la costa pacífica.

Los zambos y los mulatos, si bien eran considerados hijos naturales y por tanto ilegítimos, se abrían paso en la vida, se casaban e incluso tenían inmensas familias. Sus manifestaciones culturales fueron reconocidas con el paso del tiempo, y a pesar de obstáculos innegables que encontraron por el camino no se distinguen mucho de los colonos normales, ni por su propiedad, ni por sus saberes, ni por sus valores. Lo que sí es muy marcado es que zambos, mulatos e indios tuvieron durante los siglos XIX y XX poca tendencia a la acumulación, desarrollaron economías de subsistencia muy frágiles que no les permitían mejorar su condición de generación en generación, tuvieron la misma casa o la misma choza que sus antepasados, sus mismas tierras e idénticas prácticas —ahora hispanizadas— y una libertad de la que nunca antes habían disfrutado. Los bienes no se ampliaban de un modo sistemático, sino al abrigo y al azar del capricho de las matronas y los jefes de la familia, por eso estos individuos iniciaron migraciones muy importantes a Antioquia profunda y al occidente de Nariño y de Cauca, y fundaron poblaciones como Tumaco, Guapí, Barbacoa, Buenaventura; hicieron poblaciones como las de Quibdó, Escuandí, Condoto, Itsmina, que son aldeas de río en donde la actividad fundamental es la pesca y la siembra del plátano, con una dieta basada en pescado y plátano. Allí los migrantes tuvieron suficiente por más de 300 años para consolidar sus grandes poblaciones sin necesidad de construir una cultura monumental, sino solo algo perfectamente fungible y de pan coger.

Esa historia de la población negra, mulata y zamba en Colombia, necesita ser abordada con mayor cabalidad. Por supuesto, lo que aquí se puede decir es que estos grupos no constituyen un eje radicalmente separado, sino una región más que llegó en el siglo XX a ser integrada al resto de la vida nacional, aunque aún no lo ha logrado del todo. El único lugar donde se ha producido un mestizaje profundo, que ya empieza a tener sus frutos, es la región del Valle del Cauca, exactamente Cali, que se convirtió en la capital de la asimilación de la población negra, en un proceso de urbanización que se inició en los años 30 del siglo XX y que se hizo mucho más agudo en los años 70. Aunque ese proceso esté incompleto, debe reconocerse que no ha sido un fracaso.

A pesar del narcotráfico y de muchas otras variables que han entrado en ese juego, la comunidad vallecaucana es la única sociedad auténticamente mestiza donde se vive un

fenómeno de mutua convivencia y de por lo menos tolerancia no violenta, parecida a la que se da en Brasil o en muchas regiones de ese país. Dicha tolerancia se ha logrado debido a la vocación industrial de sus habitantes, a que las élites blancas fueron conscientes desde el siglo XIX de que el mestizaje cultural era necesario, sin que fuese particularmente difícil de lograr, y a que el mestizaje racial era inevitable; por eso, aunque ese fenómeno no se haya producido por completo, es el caso de convivencia racial más importante que Colombia tiene hasta el presente.

# Anatomía de trescientos años discretos

Uno de los aportes más importantes que un libro como este puede hacer, sin pretender ser historiografía ni antropología en sentido estricto, obedece a la conciencia que se puede adquirir sobre la naturaleza misma del poblamiento de nuestra nación, al conocer cómo se vivió durante varios siglos y de qué manera esa forma de vivir contrasta con el periodo acelerado de desplazamiento y urbanización que ha marcado el último siglo y medio.

Ese contraste tan vivo, junto con la hipótesis de la ausencia del mestizaje cultural y su insignificancia frente al mestizaje racial, es lo que ha marcado la pauta de estos 300 años discretos y de 450 años, por lo menos, de un periodo colonial en donde la Independencia no significó un cambio radical de vida ni de cultura. Estos 300 años empezarían, a mi juicio, en 1550 y habrían de terminar en 1850; 1550 porque es el año del establecimiento de la Real Audiencia, es decir, cuando empezamos a existir más o menos de manera plena como una comunidad hispánica, y 1850 porque después de la Independencia y de la liberalización de los esclavos en 1850, empezó una movilidad muy intensa que la nación no había conocido durante los siglos anteriores.

Estos 300 años discretos marcaron la pauta de unos minifundios exitosos, de una sociedad típica de la Reforma, semimedieval, semibarroca, con algunos de los valores de la España de los siglos XVI y XVII, especialmente de una España rural, pero con una intensión muy moderna de no intervenir en asuntos de Estado, y que si bien no era apolítica estaba despolitizada como sociedad y eso la hacía amoldarse de un modo relativamente pasivo y pacífico a las condiciones propias de un territorio incierto, que había prometido grandes riquezas al comienzo, pero que a su vez las había frustrado. Por ejemplo, la expectativa de Eldorado quedó en un mito que en los propios colonos causaba risa y una especie de nostálgica aceptación de un destino en verdad favorable. Porque el hecho de que el Perú y México fueran el emplazamiento de los potosíes que se esperaron en un primer momento en la Nueva Granada, la convirtió en un refugio central, en una especie de centro inconsciente inveterado e ignorado, que durante 300 años pudo vivir en paz, respirar y apropiarse de una prosperidad que no conocía en los últimos siglos de la España de persecución, y además afincarse en una incertidumbre de que tenía tierra, un lugar en el mundo, una patria no deseada pero deseable, un sitio temporal de refugio que a pesar de que habían pasado los años y los siglos se mantenía

relativamente intacto. Esa incertidumbre, aunada al hecho de que la población creció hasta tener millones de habitantes, fue convirtiendo esta región en un área relativamente satisfecha de su hispanidad y que manifestaba en su adhesión al rey, no incondicional, pero más o menos intensa, una vocación de colonia como otras regiones no la solían tener. En eso, por ejemplo, contrasta mucho con la colonización del Río de la Plata, de Chile, y por supuesto de manera muy intensa con el Perú, México y Centroamérica.

Este territorio inmenso e inexplorado que cubrió un área de 3 o 4 millones de kilómetros cuadrados y que incluía Ecuador, Venezuela y Panamá —pero con centro en Colombia—, tenía sin embargo como eje estas pequeñas poblaciones establecidas en las zonas de montaña, con sus caminos intrincados, poco transitados, caminos de mula fundamentalmente, con uno o dos ríos en el centro que fluían hacia el norte y con un orden de cosas conservador que permitió mantener durante mucho tiempo comunidades bastante grandes que ignoraban la existencia de comunidades vecinas. Esta federalidad de facto fue la base de las autonomías regionales que marcó la pauta de la Colombia contemporánea, por eso siempre será una paradoja el hecho de que varias poblaciones que vivían cerca unas de otras, pero no se conocían, hubieran configurado una nación relativamente grande de la que no sospecharon durante 300 años.

Es en ese paradójal episodio donde yo marco la pauta de los 300 años discretos, discreción que ha venido hasta el presente en muchas de las expresiones y formas de vida de los colombianos de hoy, pero de un modo particularmente intenso en la formalidad del lenguaje. Como lo declaran Patiño Roselli y Jaime Escobar en su trabajo *Historia del lenguaje en Colombia*, el lenguaje fue el eje de la nacionalidad, el patrón del establecimiento en el territorio, de su apropiación, del descubrimiento, el motor de la vida provinciana, aldeana (que no tenía importancia internacional o apenas la tenía, pero que al mismo tiempo expresaba una gran coherencia interna) y la posibilidad de comunicar y de salir de cualquier atolladero en el que las familias o las comunidades pudiesen meterse, aunque procuraban no entrar en disputas, tenían un alma muy cortés y hablaban con gran corrección, evitando cualquier tipo de ofensa o equivocación que hiriera susceptibilidades, lo que facilitaba la vida en comunidad.

Las relaciones entre la sociedad, si bien pudieron ser hipócritas y tenían doble estandarte, escondiendo algunas pequeñas querellas que las comunidades pudieron tener entre sí, de todas maneras nunca se generalizaron en conflictos muy agudos, y si los hubo fueron rápidamente conjurados por las autoridades religiosas. El eje de lo religioso y de las comunidades religiosas, de su omnipresencia en la educación y en la cultura, se mantuvo sin mayores cambios hasta la llegada del siglo xx.

# La evidencia de una cultura trashumante en la tierra firme

En este capítulo me propongo demostrar la tesis de que la provisionalidad ha sido el eje central y signo distintivo de la vida colombiana, concepto que, en sí mismo, necesita ser explicado. Así, mientras que las naciones se suelen formar de un modo más lento que la nación colombiana, buscando la permanencia, es decir, con la idea de permanecer siempre en un determinado lugar, los atributos y las condiciones de la formación de nuestra nación siempre se dieron por el lado opuesto a esta idea: por la provisionalidad, por el hecho de que esto era un refugio temporal, o al menos así fue concebido desde el principio, y si las cosas empeoraban había que buscar otro lugar. Una patria de la que se disfruta un cierto tiempo, si bien había condiciones amenazantes que podían arrebatarla en cualquier momento a sus habitantes y ellos tenían que adaptarse a nuevas circunstancias.

Entonces, la evidencia de una cultura trashumante en la tierra firme se deriva de que todas las fundaciones eran provisionales, de que nunca se levantaban grandes monumentos; las plazas y todo lo que fuera muy visible o relativamente importante, incluso las iglesias, se hacía con la idea de que podía ser arrasado por las aguas, ser maldecidas por alguien —en todo caso, objeto de una plaga—, ser blanco de una cierta persecución política o simplemente por un cambio o estado de cosas repentino. Todo esto podía arrebatar la convicción que al respecto tenían los habitantes. Una amenaza siempre latente ha marcado la pauta de la vida colombiana, incluso hasta el presente. Yo creo que somos hijos de la provisionalidad y esa condición trashumante, el buscar siempre otro horizonte, una tierra nueva, un refugio distinto, un modo de vida parecido pero relativamente diferente, es la huella principal que nos queda de siglos de persecución en España, de la pérdida y del duelo no muy bien asimilados del Sefarad o del al-Ándalus, de la posibilidad de regresar a esa tierra amada y añorada que sería como nuestra verdadera patria perdida.

Esa provisionalidad se refleja en prácticamente todos los aspectos centrales de la cultura: en la familia, en la alimentación, en el vestuario, en la arquitectura, en el diseño mismo de los caminos y de los contactos, en el lenguaje, en la religión, o en las prácticas religiosas y en la falta de monumentalidad, que en general tiene nuestra

cultura en contraste, por ejemplo, con la que puede verse en México o en el Perú, o con la que se aprecia de modo tan grandilocuente y megalómano en Estados Unidos y Argentina. Se parece un poco, guardadas las proporciones, a la cultura brasileña, sobre todo a la costa nordeste, con pequeñas chozas y casas de bareque, con paredes anchas y cómodas, con patio central al estilo muy morisco, con tejas para que sea posible vivir confortablemente en ellas, pero sin la grandeza exterior ni la desafiante condición de alguien bien establecido. Esa imposibilidad de establecerse es la marca de la cultura trashumante y es una de las tesis fundamentales que quiero sostener aquí.

Toda la vida colombiana, durante sus 300 años iniciales y los 150 que llevamos en nuestra adaptación al mundo urbano, está marcada por la provisionalidad y los acontecimientos recientes lo que han hecho es reforzarla en lugar de debilitarla. En ese sentido, un poco adelantándose a los tiempos, el pueblo colombiano es más adaptable a los cambios que otras naciones, más que en el ámbito americano e incluso mucho más que las naciones europeas. Esa adaptabilidad a los cambios, esa flexibilidad en la forma de vida, aunque no es absoluta por supuesto, de todos modos se refleja en muchos aspectos de la cultura, por ejemplo, en ser capaz de hablar de varias maneras al mismo tiempo, portarse de un modo distinto ante diferentes públicos, esa condición camaleónica de la mayor parte de los colombianos con respecto al entorno en el que se mueven, el hecho de buscar caer bien o por lo menos no caer mal, el hecho de querer congraciarse con las autoridades constantemente, de interpretar la ley de un modo acomodaticio en virtud de condiciones que se consideran cambiantes, y considerar por tanto que no es tan grave infringir la ley en un determinado momento. Todos esos elementos ayudan a explicar una cultura trashumante, idea que intentaré mostrar a través de una de sus manifestaciones más evidentes; si lo consigo, la provisionalidad será el eje sobre el cual habrá que entender la nación actual e incluso sus proyecciones futuras.

# Fundaciones

El primer aspecto en el que se evidencia una cultura trashumante en la tierra firme es el de las fundaciones. En lo que habría de ser Colombia, toda fundación, salvo quizá la de Bogotá o la de Tunja, estuvo marcada por una ceremonia casi subrepticia, es decir, se dio en la orilla de la legalidad. Así, la mayoría de las fundaciones eran estrictamente actos eclesiásticos y no políticos, de manera que no hubo autoridad política en la mayor parte del territorio durante 300 años y todavía en alguna forma no la hay, entonces otras formas de autoridad tenían que tomar su lugar. Esas fundaciones dependían de la escogencia de un cierto emplazamiento, el cual tenía un carácter provisional; muchos pueblos de Colombia estaban y permanecían en donde se pensaba que podían estar, pero esa no era su perspectiva definitiva. Las fundaciones no pretendían ser para siempre y ninguna de ellas se encontraba en áreas indígenas consagradas, sino en otras tierras o baldíos en donde los curas, casi siempre el párroco, establecían el sitio en que había que poner la primera piedra de la iglesia, y a partir de allí se establecía la población que habría de ser fundada.

Por lo general, consistía en un grupo de casas alrededor de la iglesia, edificadas no siempre en forma rectilínea —la estructura de cuadrícula española no surgiría sino hasta el siglo XVIII— y donde no necesariamente había una plaza, pero sí un atrio donde fuera posible recibir un público relativamente grande para las procesiones o actos religiosos conmemorativos. Los curas hacían normalmente su casa cural al lado, de manera que el terreno de la iglesia y el de la casa cural eran propiedad eclesiástica y su provecho estaba constituido como *beneficio* eclesiástico, que es distinto a la estructura de la *encomienda*, la *mita* y otras formas de propiedad que el Imperio español estableció con mayor rigor, tema que estudia con gran detalle Javier Ocampo López. Sin embargo, la minuciosa caracterización de tales modelos de propiedad rural no explica cómo se vivía en ellos, cómo se usaban, cómo se heredaban.

Por tanto, es preciso contribuir a dar una explicación del surgimiento, si no espontáneo, por lo menos discreto, de tales poblaciones hispánicas aparecidas de pronto en el lugar de la sagrada fundación y al parecer sacadas de la nada. El río traía a bordo de modestas chalupas y sampanes a los grupos de familias o de individuos anónimos a sitios ya elegidos por los arrieros y los expedicionarios, para garantizar que, a cambio de un precio casi siempre alto, pudieran tener un refugio temporal al

abrigo de las indagaciones o las certificaciones de limpieza de sangre.

El origen de estas fundaciones tímidas y provisionales consistía en todos los casos en la aparición de una iglesia, a veces muy modesta, y con ella, de la respectiva casa cural cuando era posible. A su alrededor se establecían, aunque sin formar todavía una plaza rectangular, como se haría después, unas cuantas casas de indianos que poseían fincas a extramuros, pero que también tenían algún título, algún capital o alguna riqueza minera que les permitiera ir construyendo una casa cerca de la iglesia, para pasar allí los fines de semana y mantener cercanía con las autoridades políticas, si acaso las había, y con las autoridades religiosas con el fin de obtener de ellas reconocimiento y respaldo institucional, especialmente para las actividades que desarrollaban y para los hijos que tenían con sus respectivas familias.

Esas estructuras de fundaciones se ven en Santa Fe de Antioquia, en los pueblos de Santander, en las comunidades blancas del Cauca, en las orillas de los llamados “poblados de indios”, en las fundaciones de Cali y Popayán, en Honda e incluso en algunas ciudades de la costa, no tanto en Santa Marta pero sí en Cartagena, donde lo más importante se derivaba del hecho de que el emplazamiento definitivo hubiese sido bendecido y pasase un largo tiempo sin ser objeto de alguna maldición.

Las sociedades eran muy supersticiosas, de manera que cualquier signo peligroso, de mal agüero, de mal de ojo, de maledicencia o malignidad vinculada a la tierra, al aire o a las condiciones de vida, era objeto de sospecha. Los curas de las generaciones siguientes evaluaban con gran rigor estas condiciones y, por tanto, cambiaban con mucha frecuencia el emplazamiento del pueblo. Por eso se habla, entre otros casos, de Anserma Viejo y Anserma Nuevo, de varios pueblos que han sido fundados en diversas ocasiones; por eso no se sabe cuándo se fundó una población —una puebla, como se decía en aquellos tiempos—, pues estas eran siempre objeto de varias fundaciones o refundaciones.

Esa cultura trashumante también se manifestaba en el hecho de que había a veces pueblos vecinos, por ejemplo, en dos riberas del mismo río, enemistados desde un comienzo. Y es esa rivalidad la que explica las relaciones de muchas de estas poblaciones. En ocasiones, correspondía a ambos grupos sociales construir un puente que los comunicara, pero con mucha frecuencia este no se construía o se hacía un emplazamiento y luego se desplazaba a otro lugar.

Todos esos elementos aunados a una naturaleza con frecuencia ruda explican el que las fundaciones fueran esencialmente provisionales a partir del siglo XVIII. Ese comportamiento fue disminuyendo y los emplazamientos de los pueblos se volvieron

definitivos, pero incluso hasta el siglo XIX —en algunos casos hasta el siglo XX— el mismo procedimiento servía para fundar nuevos pueblos, es decir, se llevaba un cura párroco a un lugar baldío que se había adquirido por una u otra vía, normalmente era una finca que pertenecía a algún dueño que la había cedido a la iglesia, o mediante algún beneficio otorgado por la diócesis, y en ese lugar se ponían las primeras piedras de la iglesia, de manera que estuviera terminada unos 10 o 20 años después; para entonces, ya habrían muchas casas construidas y terminadas, que eran las de sus habitantes originarios.

Estos fundadores sí sentían que tenían derecho sobre la población y sobre las tierras circunvecinas, pero esos derechos eran objeto de litigios relativamente constantes, obviamente dirimidos por vía judicial, y por consiguiente eran muy lentos. Las resoluciones, sobre todo en términos de herencias después de la muerte de sus propietarios originales, eran objeto de muchas divisiones y subdivisiones con respecto al número de hijos, con frecuencia muy numerosos, que los dueños de estas haciendas o casas solían tener. Con mucha frecuencia, los hombres se jugaban la tierra, la casa y hasta los haberes, y en manos de los más astutos y audaces terminaban grandes extensiones de tierra.

Era normal que la permanencia y estabilidad de esas fundaciones obedeciesen también al éxito o fracaso de sus fundadores. En el caso de que las cosas fueran por mal camino, por ejemplo malas cosechas durante años, el pueblo podría ser abandonado, como de hecho solía pasar.

# La estructura provisional de la propiedad indiana

Como el prurito fundamental de estos cristianos nuevos en América había sido el despojo de todos sus bienes y tierras en España, el llegar aquí y tener derecho de escoger alguna tierra y ser propietarios era algo relativamente nuevo, sorprendente y mal asimilado, pues la propiedad era siempre algo incierto, podía venir alguien con cualquier razón y expropiar los bienes que un indiano hubiese atesorado.

Las autoridades no solían hacerlo, pero podían perfectamente emprender este tipo acciones. Así, en ocasiones por razones eclesiásticas, un determinado lugar o persona resultaba condenado maldito, por tanto sus bienes y sus derechos disminuían o desaparecían por completo. A veces, las comunidades expulsaban algunos individuos porque los consideraban particularmente peligrosos o molestos y se apropiaban de sus bienes de un modo arbitrario. Esa condición casi de linchamiento y de expropiación a través de las autoridades eclesiásticas, fue relativamente corriente en familias que no guardaban respeto o que tenían problemas o escándalos, sobre todo en su vida pública.

Estos elementos se fueron juntando para establecer un carácter profundamente provisional de la propiedad indiana. En primera instancia, sobre la tierra, que era algo siempre incierto y la medición y el establecimiento de los límites de las fincas eran objeto de bastantes querellas. Aunque esas disputas no terminasen con violencia sí finalizaban con la apropiación o expropiación de todo o parte de la tierra de los perdedores, que buscaban normalmente algún establecimiento lejos. El carácter esencialmente espiral de la propiedad se derivaba del hecho de la cercanía a la parroquia, lo cual hacía pensar que los más pudientes estaban más cerca de las autoridades eclesiásticas y en cambio los individuos de condición incierta o problemática estaban más lejos, es decir, en un radio de 2 a 20 kilómetros más o menos. Así, una propiedad situada a 20 kilómetros de una parroquia se consideraba tierra de nadie y era muy poco dada a ser protegida en caso de necesidad. Podía venir otro colono con más fuerza y tomarla para sí expulsando a sus habitantes, o podía hacer daños sobre ella y saquear los bienes sin recibir castigo alguno. En cambio, si algo así se intentaba muy cerca de las autoridades eclesiásticas, es probable que la denuncia estuviese garantizada. Había también, en general, cierto factor de seguridad vinculado al hecho de estar cerca de una parroquia.

Esa provisionalidad se hacía aún más problemática cuando se hablaba de

refundaciones, es decir, cuando el pueblo desaparecía del enclave original de donde se había fundado y era relocalizado a unos cuantos kilómetros. Sobre todo cuando había temblores que derribaban las casas, cuando los ríos se desbordaban e inundaban todos los espacios habitados o cuando los rayos y las tormentas derribaban un árbol o una torre de una iglesia; el afán de complacer a las autoridades era tanto, que esas circunstancias eran suficientes para que el pueblo entero se movilizase hacia una nueva fundación.

La provisionalidad en la propiedad también se manifestaba a la hora de la muerte de los poseedores. Así, si no había un grupo de hijos firme y bien establecido en las áreas circunvecinas, era muy probable que esa propiedad fuese tomada por otros más astutos y más avisados que, haciendo eco de la debilidad o de la fragilidad de la familia que conocían, la expropiaban sin ninguna contraprestación. Esa idea se manifiesta en el moderno hábito de invasión que caracteriza a las poblaciones colombianas, especialmente en los ámbitos urbanos contemporáneos. Hoy en día, millones de propietarios —que han logrado incluso legalizar sus predios— llegaron como invasores y se tomaron las tierras que pertenecían a otros dueños. En virtud de la presión de los grupos, estaban convencidos de que esas tierras les podían pertenecer, ejercían la función justiciera de nuevos colonos, que les reconocía ciertos derechos. Esa marca de provisionalidad ha quedado impresa tanto en la estructura de la clásica encomienda, la mita y otras formas menores de propiedad civil, como en los predios eclesiásticos obtenidos para *beneficio*, que fueron las opciones permitidas por la Real Audiencia para la apropiación y explotación de la tierra. Lo corriente, sin embargo, era tener un minifundio en préstamo, amparado en una cédula general, que formaba parte de alguna encomienda y explotarlo silenciosamente, mientras hubiera quienes lo hicieran.

El dominio eclesiástico del beneficio es especial en este caso y ha proporcionado buenos ejemplos de apropiación acomodaticia. Así, los curas a veces caídos en desgracia podían vender una parte de su beneficio o arrendar parcelas para sortear así tiempos difíciles. En fin, todos esos aspectos hacían que las diferencias entre unas y otras formas de propiedad fueran tan imprecisas y que los lindes de las fincas estuviesen cambiando de dueño constantemente o siendo modificados, al punto que casi nadie pudo confiar en una propiedad cierta y segura durante más de dos generaciones, y así se reprodujo el sistema hasta el siglo XX.

Por eso, las viejas cercas de piedra características al comienzo de la incorporación del Nuevo Reino, las lindes de los pequeños minifundios, empezaron a desaparecer, ya fuera porque eran muy costosas o porque la propiedad de la tierra no se había podido

delimitar de manera manifiesta, sino solo en virtud de una serie de cédulas reales y de papeles subalternos, algunos de los cuales se incendiaban, se perdían o eran robados y modificados sumariamente, y con ellos también la propiedad misma quedaba en el aire. Cuando había disputas territoriales entre varias familias pudientes o poderosas, era muy frecuente que estos documentos fueran muy valiosos porque era la única posibilidad de demostrar alguna propiedad sobre ellos y con ello garantizar la opción de su paso a la generación siguiente.

# Las sociedades indígenas en Colombia

Debido a su localización como forzosa entrada terrestre a América de Sur, el área fue decisiva en el poblamiento definitivo del continente, como consta en las investigaciones de antropólogos como Gonzalo Correal Urrego, Thomas van der Hammen, J. W. Hurt y Gerardo Reichel Dolmatoff.

Se ha estimado en estas fuentes que hace por lo menos doce mil cuatrocientos sesenta años el hombre apareció en la altiplanicie cundiboyacense, y en otras zonas del territorio colombiano actual, pues se han hallado huesos de animales, restos de fogones y artefactos de piedra en varios enclaves como, por ejemplo, en los abrigos rocosos del municipio de Soacha, por el llamado *Hombre del Tequendama*.

Luego, es plausible concluir que numerosos pueblos se dispersaron a lo largo del territorio conformando una cultura paleo-indígena de cazadores, recolectores y pescadores de crustáceos y moluscos, que dejaron restos fósiles en la costa atlántica colombiana, por ejemplo en Puerto Hormiga, descubierto por el Dr. Gerardo Reichel Dolmatoff.

Después de los periodos formativo incipiente u hortícola, como lo señala Javier Ocampo López, en el que el cultivo de la yuca inicia la adaptación a la agricultura, y del formativo medio y superior, en los que se introduce la cultura del maíz, se produce una lenta revolución agrícola que da comienzo a las aldeas y a emplazamientos permanentes como la cultura momil del bajo Sinú, la cultura San Agustín en el Huila, la cultura tumaco en el litoral pacífico, la quimbaya en la cordillera central, y la del Infiernito en la cordillera oriental, cerca de Moniquirá.

Finalmente, los chibchas conformaron la cultura más avanzada que encontraron los españoles a comienzos del siglo XVI, aunque muy distante por su desarrollo de las grandes culturas americanas. Se trataba de una serie de grupos seminómadas —según algunos, medio millón de individuos, pero casi de seguro menos que eso— que cultivaban maíz, papa, batata, quinua, algodón y tabaco; también tenían un calendario para los cultivos y utilizaban terrazas. Hay numerosas pruebas de alfarería y orfebrería que demuestran el desarrollo de una cultura superior, que había desarrollado conocimientos minerales para explotar oro y cobre, y las minas de sal de Zipaquirá, Sesquilé, Nemocón y Tausa; conocían el tejido y fueron los primeros en extraer y labrar esmeraldas de los ricos yacimientos en lo que habría de ser Boyacá y Santander.

Sin embargo, los aborígenes chibchas y los arawak nunca constituyeron un imperio unificado ni se integraron con otros grupos conformando confederaciones ni imperios. Comparados con los modelos de organización política maya, azteca o incaica, sus desarrollos fueron modestos y locales. A pesar de algunos conatos de resistencia indígena —como los del cacique Tundama en el llano de Bonza a comienzos de la Conquista, o los de la cacique Gaitana en el Huila—, el terror a las armas de fuego y a los caballos de los conquistadores dispersaba los ejércitos indígenas y los conminaba a alejarse de su zona de influencia. Así comenzó la catástrofe demográfica en la segunda mitad del siglo XVI, producto de la llegada de microorganismos y enfermedades provenientes de Europa, del desplazamiento y aislamiento que convirtió a muchos aborígenes en un pueblo de frontera, o de la asimilación de la cultura dominante española de la que otros grupos fueron objeto.

De esta manera, se explica el hecho de que aunque hubo alguna débil resistencia indígena, la asimilación de la hispanidad fue más bien pacífica y rápida, y el hecho —aún más importante— de que prácticamente no hubiese mestizaje cultural sino solo racial en la mayor parte del territorio. Desde comienzos del siglo XVII, el tratamiento que dieron los indianos a los indios los ponía muy por debajo en la escala social y sus aldeas estaban separadas de las de los colonos como pueblas de indios a las que asistían tan solo clérigos en plena labor de evangelización.

# Los indios y los indianos

Es muy curioso e interesante que, desde el comienzo mismo de los emplazamientos y establecimientos de colonos en las tierras de las cordilleras, los indianos y los indios respetasen sus respectivos territorios, o por lo menos se evadiesen unos a otros para evitar entrar en un contacto muy profundo; esta dinámica se daba también por el hecho de que la mayor parte de los indígenas en Colombia, especialmente los chibchas, eran nómadas o seminómadas y tenían emplazamientos temporales, venían a ciertas áreas en ciertas épocas y luego se iban a otras. En eso coincidían con la mayor parte de los colonos, que también tendían a mostrar en este aspecto un comportamiento similar, de exploradores, de arrieros, de personas que tenían un destino en formación y nada definido.

Esos elementos de confluencia hicieron que las relaciones entre indios e indianos fueran poco cordiales, si bien no eran violentas, entre los siglos XVI a XVIII y que tuvieran poco contacto entre sí. Por su parte, los colonos no intentaban conocer la lengua indígena y tampoco hubo grandes misiones. A veces se nos hace pensar que las misiones en Colombia fueron parecidas a las de Paraguay o a las del Perú o del norte de Argentina, con los calchaquíes y con los guaraníes, pero eso es completamente falso.

En primer lugar, su territorio era distinto, era plano, mientras que el nuestro estaba compuesto por recovecos de montaña, además allá había poblaciones indígenas establecidas y sedentarias durante varios siglos con las que había que negociar en su lengua y en su cultura. Con los chibchas no se intentó hacer nada parecido. Según los estudios del antropólogo Jorge Augusto Gamboa y otras autoridades que han abordado ese tema, los indígenas se portaban de un modo relativamente resiliente y lejano frente a los colonos, dejándolos estar y hacer pero sin acercarse mucho a ellos ni integrarse de modo pleno. Algunos descendientes de indígenas empezaron a adoptar algunas de las costumbres de los colonos, que eran muy fuertes y estaban muy sólidamente afincadas, en contraste con el carácter relativamente decreciente y no muy exitoso ni muy militante de las culturas indígenas chibchas en el interior, e incluso de las llamadas culturas caribe.

Se ha hecho un mito con respecto a los caribes. Yo mismo rechazo la idea de que existiera una tribu caribe. Propiamente, el nombre *Carib* se deriva de los viajeros árabes que bautizaron al mar cercano —o sea, el mar de las Antillas— mar Caribe, *al*

*bahr al-Karib*. Por tanto, esa denominación deriva de esa condición marinera y no de la existencia de una tribu en particular, a pesar de los alegatos de antropólogos respecto de aborígenes anaconas.

Por otra parte, lo que había ahí era fundamentalmente la cultura arawak o la familia lingüística arawak, que tiene muchísimas tribus que van desde la Sierra Nevada hasta el escudo de las Guayanas. Pero las poblaciones de los zenúes o sinúes pertenecían al grupo de lenguas embera que están emparentadas con las lenguas de Mesoamérica, es decir, Colombia también es un lugar de fronteras lingüísticas entre los propios indígenas. Una cosa eran los dialectos chibchas, otra los arawak, otra los dialectos huitotos expresados en las zonas selváticas del Amazonas y Mesoamérica, incluyendo la selva del Chocó colombiano. No se trataba, pues, de una sola tierra sino de un cruce de caminos ya desde los tiempos prehispánicos. Por eso no perteneció a ningún imperio de manera explícita ni se convirtió particularmente en una tierra que no fuera de paso.

Lo que hicieron entonces los indios llegados a América fue establecerse en las tierras baldías y libres, o buscar territorios que les fueran particularmente favorables por su clima o que estuvieran ausentes de pestes o de insectos molestos, mientras que los indígenas ya amoldados al territorio podían afincarse en cualquier parte, pero no tenían poblaciones muy determinadas ni estructuras guerreras lo suficientemente consolidadas y quizá habían sido objeto de represiones muy fuertes en el pasado —por ejemplo, con autoridades incaicas—, lo cual los pudo haber inhibido de un comportamiento violento sistemático. Aunque el trato entre indios e indios estaba marcado por la tolerancia, no se trataba de una relación de armonía ni de integración. Y en los pocos casos en que pueda demostrarse que sí hubo integración, por ejemplo, en los pijaos en el Tolima, esta dinámica se dio de manera tardía, o sea a comienzos del siglo XIX. Sobre todo la estructura de vida monógama y endogámica de muchas de estas poblaciones de indios eludía y minimizaba el contacto con los indios y su carácter no violento hacía que esta relación de relativa indiferencia se perpetuase.

Por estas razones en el caso de Colombia se afianza la hipótesis de que no hubo mestizaje cultural, sino solamente mestizaje racial, en ciertas regiones y de manera relativamente controlada hasta el siglo XX. Y por eso también se habla del debilitamiento de las sociedades indígenas. Los censos de población son muy inciertos y los indigenistas suelen exagerarlo de una manera sistemática, en función de sus intereses políticos. La idea de que los indios fueran exterminados por las plagas que trajeron puede ser estudiada y probablemente sea más válida en otras sociedades que en Colombia, porque acá los indios venían de sociedades relativamente sanas a

buscar tierras que tuvieran unas condiciones similares en donde pudieran establecerse de modo permanente sin peligro. Por tanto, estos hábitos de vida, más la higiene y la endogamia, fueron aspectos que contribuyeron a que el contacto abierto y manifiesto fuera poco —no inexistente, pero sí distinto—, y esa relación se mantuvo hasta el siglo xx. Este comportamiento también explica el aislamiento de la sociedad guambiana, de la cultura Páez o del mundo wayuú, con respecto a las poblaciones hispánicas establecidas en áreas circundantes.

Los resguardos fueron efectivamente resguardos. Se resguardaban los indígenas, pero también se procuraba que los indios no entraran en contacto con indios. Por eso las disputas que fueron tan frecuentes en otros países, las guerras con el indio, no existieron en Colombia.

Esta idea podría no ser cierta para muchos estudiosos e historiadores, para quienes esa relativa armonía no tuvo lugar. Pero esta es una de las variables fundamentales de lo que el profesor Carlos Patiño llama “el mito de la nación violenta”, es decir, la idea de que siempre hemos sido una nación que se debate y que lucha por todo tipo de factores y que es intransigente o intratable. Pero eso no solo no es cierto, sino que la relación de indios e indios demuestra en gran medida que supieron manejar una especie de multiculturalidad a la que estaban acostumbrados los indios en España y en la que los indios establecidos en el territorio cercano al río Magdalena también parecían tener una cierta experiencia en la materia hasta el punto de procurar no entrar en guerra con estas comunidades. Guerra que habría sido desastrosa para ambas partes, especialmente para los indígenas. Entonces, el hecho de que los indígenas se hubieran conservado en pequeños números hasta el siglo xx y que hayan ido hispanizando su cultura se deriva de esa relación de tolerancia, más o menos pacífica y razonable, que se estableció desde el comienzo.

Yo creo que con base en esta hipótesis se pueden explicar muchas de las ausencias que caracterizan al mundo indígena propiamente en Colombia, por ejemplo, la ausencia de poblados chibchas más o menos importantes, la carencia de monumentos, el hecho de que solamente en la orfebrería y en algunas pequeñas manifestaciones compatibles con la vida hispánica sea posible hasta hoy reconocer la presencia indígena. Cuando los extranjeros vienen a mirar el Museo del Oro, se preguntan dónde están estas comunidades y qué más dejaron además de la herencia en pedrería; nadie sabe darles razón, lo cual causa extrañeza ya que en todos los demás aspectos de vida, la cultura de los indios prevaleció y consolidó lo que los otros grupos no habían alcanzado. Hasta las malocas y las pocas que hay que podrían ser parecidas a las de los tiempos

prehispánicos se han caído todas, o incendiado, porque los materiales con que fueron construidas eran fungibles. Y a pesar de que los indios no tenían unas construcciones muy duraderas, algunas de ellas han perdurado o han sido reconstruidas hasta el presente. Lo que llamamos construcción colonial refleja claramente el pensamiento y los valores de los indios y no los de los indígenas.

# Hay tierras para todos: busque cada quien su solar

Los habitantes de estos territorios tenían la convicción de que la tierra era abundante, de que había siempre algún recoveco donde establecerse y que no había persecución mayor ni fieras terribles en la mayor parte del territorio; por lo menos, se podía identificar fácilmente las regiones donde sí las había, y se les rehuía. Esa idea de abundancia fue rápidamente adoptada por los conquistadores, de manera que cuando se estableció la Colonia la gente tenía la convicción de que la tierra no iba a ser un problema. Y efectivamente, con el correr del tiempo y en virtud de las expediciones, no lo fue, cada quien se buscaba un solar; el solar promedio tenía hectárea y media y en ese espacio era posible hacer un sembrado de 7 u 8 productos, incluyendo frijol y progresivamente arroz.

Así, la dieta básica del arroz y frijol, junto con el maíz y otros alimentos que eran fáciles de sembrar, algo de caza o de pesca, constituían una dieta rica y sin mayores complicaciones para la mayor parte de la población. Obviamente, los productos no eran los mismos para todos ni en todos los solares, pero una de las características de la forja de la nación colombiana es una relativa regularidad en la dieta. Esa condición, especialmente en las zonas andinas, ha venido marcando la pauta de una sociedad que es austera, al menos en los signos exteriores, pero que necesitaba garantizar abundancia de comida. Nadie tenía pretensiones de extender su solar de un modo exagerado y no se veía con buenos ojos el hecho de que alguien pretendiese tomarse las tierras de los demás de una manera inveterada, sobre todo si no las podía cultivar o si no podía hacer de ellas algo útil.

Ese carácter del minifundio utilizado no al máximo pero dentro de las condiciones posibles, con un carácter razonable y al menos aceptable a los ojos de los demás, fue uno de los patrones de la regularidad de la agricultura de pan coger que caracterizó la vida colombiana durante prácticamente cuatro siglos. La convicción de la abundancia de la tierra se expresaba además en el hecho de que para cada quien había uno o varios solares, o alguno provisional, y en el hecho de que se podía obtener una tierra por un tiempo o cultivarla, incluso en arriendos que podían ser pagados en especie, de manera que si alguien trabajaba, en especial si alguien madrugaba y mantenía en funcionamiento una finca, era como su propietario, o equiparable a él, y la tierra quedaba en sus manos aun si su dueño desaparecía o moría.

En términos culturales y antropológicos, esa forma de tenencia de la tierra tiene una gran importancia para explicar el desarrollo del minifundio, la propiedad sobre la tierra, sus usos y la dieta de la población, así como las relaciones de relativa igualdad que había entre los propietarios; la única diferencia estaba dada por la cercanía a las autoridades eclesiásticas, que marcaba una pequeña diferencia social. Pero el comportamiento y los hábitos de vida, incluso el comercio o las habilidades para comerciar, empezaron a llenar el vacío de lo que en primera instancia eran puras relaciones de producción, es decir, ya no se trataba solo del frijol y el arroz que pudieran producirse, sino cómo y dónde lo vendían, cómo manejaban el dinero con el que eran pagados y en qué lo iban a reinvertir. Dichos aspectos eran predecibles en esta sociedad en la que había una fuerte vigilancia de los vecinos y un marcado autocontrol en virtud de que una comunidad no debiese distinguirse por ser muy problemática o por hacer alguna manifestación abierta de rebeldía al rey o a las autoridades políticas o eclesiásticas.

Los curas tenían un discurso que favorecía en gran medida este cordial entendimiento entre los dueños de predios y la necesidad de mantenerlo en el tiempo. Por tanto, la Iglesia fue uno de los factores fundamentales para permitir una concordia relativa en la mayor parte de tierras de colonos durante esos 300 años iniciales. Debido a esto, las querellas eran pocas y eran relativamente resueltas por las autoridades políticas o eclesiásticas, e incluso las posibilidades de conciliar sobre las disputas de tierras eran también bastante altas. En conclusión, podemos ver que la tierra no representaba un gran valor y que su carácter provisional era muy ostensible, lo cual tenía, entre otras consecuencias, que la mayor parte de las pugnas y altercados se resolvieran de modo favorable.

## Al menos un hijo cura y una hija en el convento

Efectivamente, para los cristianos nuevos una de las claves de refrendación de su condición de católicos era nutrir a las comunidades religiosas, en especial a las órdenes seculares, como los franciscanos, los carmelitas, los agustinos, los dominicos y los jesuitas, que tuvieron siempre una cantidad importante de acólitos y de niños enviados por sus familias. Debido a que muchas familias superaban los ocho hijos, siempre había entre los menores, por decisión de la madre, alguno o alguna que iba a ir al convento.

Con mucha frecuencia era un niño y una niña. El hecho de que las familias numerosas escogían algún niño o niña para que fueran curas o monjas fue muy recurrente en los pueblos de Santander y duró más de 300 años. En Antioquia la proporción era un poco menor pero muy parecida. En el Cauca y en el Valle del Cauca, en el Viejo Caldas, en la colonización antioqueña hacia al sur, esa costumbre se volvió muy marcada, sobre todo cuando los migrantes antioqueños se desplazaron a poblaciones de Otunés y de otros pueblos indígenas en Risaralda, en Caldas o en Quindío, como los quimbaya, por ejemplo, que eran poblaciones muy pequeñas que se establecían en zonas ribereñas. Los monasterios y los conventos, en cambio, se fundaban en zonas de montaña.

En realidad no era muy difícil fundar un monasterio o un convento, se trataba simplemente de una finca más grande de propiedad colectiva cenobítica, con una estructura de organización que venía perfectamente dictada desde España; un modelo que si bien no era estrictamente benedictino, por lo menos tenía elementos de la Regla de San Benito. Estas instituciones se encontraban muy bien establecidas tanto para hombres como para mujeres —además de las innovaciones que habían hecho los franciscanos, los dominicos y los agustinos—, de manera que las comunidades tenían perfectamente claro cómo y dónde funcionar, cómo evangelizar y cuáles eran sus demás funciones.

También, contagiados del mismo espíritu de los indios, muchas de estas fundaciones eclesiásticas eran provisionales; se establecían en un determinado lugar, pero si las condiciones no eran aceptables se desplazaban a otra parte, con lo cual dejaban una gran huella de influencia, abarcando un espacio todavía mayor. Es por eso que no hay conventos o monasterios que tengan mucho tiempo, o por lo menos que hayan sido fundados en el siglo XVI y se conserven hasta ahora; la mayor parte de ellos

han sido fundados y refundados varias veces, o desplazados y modernizados con mucha frecuencia.

Tener un hijo cura y una hija en el convento era no solo motivo de orgullo, sino de legitimación ante la comunidad. Así, por ejemplo, al cometer alguna trastada o acto vergonzante por el que la familia recibía algún tipo de sanción social, el haber dado un hijo o una hija al convento servía de elemento de expiación y además limpiaba su nombre. Estas comunidades se dedicaban a labores vinculadas fundamentalmente a la educación de los jóvenes y también estaban ocupadas en lo que pudimos llamar el inicio de un sistema de salubridad, con fundación de hospitales y orfanatos, y donde se procuraba cuidar a las familias más pobres, repartir algunos mercados sobrantes entre personas completamente sin recursos o en otros casos permitir que algunas comunidades recién establecidas tuviesen un tiempo para empezar a producir e integrarse. Todos esos elementos fueron característicos de la función de los conventos durante los siglos XVI a XVIII.

He destacado en varios lugares que la teología de los conversos fue esencialmente una teología semítica en cuanto al carácter estrictamente monoteísta de Dios y de sus relaciones con el hombre, al menos en un comienzo, es decir, durante el siglo XVI. Sin embargo, alarmadas las autoridades eclesiásticas al ver que esto era tachado de judaizante o islamizante, se preocuparon mucho por introducir, en los siglos XVIII y XIX, el culto de los Santos y de la Virgen, especialmente el culto de la Virgen. Eso explica la existencia de tantas advocaciones de la Virgen y que cumplan tantas funciones complementarias en la vida religiosa y estén presentes también en el devenir cotidiano de las personas, donde abundan las expresiones en referencia a ella. Debido al carácter matriarcal de la sociedad, introducir la figura de la Virgen no resultó muy difícil y fue muy bien recibido por la colectividad, que veía en ello no solo una forma de reconciliación con las autoridades más dogmáticas, sino una manera de completar un cuadro que había quedado relativamente incompleto durante los primeros 100 años, que fueron angustiosos, en los que la persecución estaba aún viva y las autoridades inquisitoriales ejercían una función punitiva, al menos distante, porque si bien el único tribunal estaba en Cartagena y no tenía tantos casos, la amenaza de la Inquisición sí se hacía sentir en el siglo XVI y comienzos del XVII. A partir del famoso proceso Jiménez el peso de la Inquisición disminuyó, ya que no volvió a imponer penas de muerte sino solo multas a los que pudieran ser acusados de judíos, de moriscos o de paganos, e incluso a algunos que de manera completamente extemporánea pudieran ser juzgados por ideas protestantes, cosa que era muy escasa en el historial del Tribunal de

## Inquisición en Cartagena.

Las monjas tuvieron además un comportamiento especial debido a que fueron de alguna forma divinizadas. Hay novelas que narran los fracasos amorosos y un poco el sustituto de la vida cortesana que había sido tan importante en Europa y que se vivió en las tierras de América y Colombia a través del encierro de varias mujeres que habían cometido algún pecado, o de las que se sospechaba algún acto indebido en los conventos. Sin embargo, el hecho de que tuvieran eventualmente sus hijos en los conventos, las limpiaba y a sus familias les otorgaba una tranquilidad necesaria para su desenvolvimiento en la vida social y para su legitimación a largo plazo.

# El tono de la vida en Colombia en los siglos XVI a XVIII

Cuando hablo del “tono de la vida” me refiero de manera explícita a la expresión, tan poética, empleada por Johan Huizinga en su libro *Otoño de la Edad Media*, cuyo primer capítulo se llama, justamente, *El tono de la vida*. Se refiere Huizinga al hecho de cómo se vivía y se reaccionaba frente a los hechos cotidianos en una sociedad como la colombiana formada en este ambiente durante 300 años, abriéndose a un mundo nuevo, adaptándose a unas decisiones inciertas y con la perspectiva de que solo portándose de un modo relativamente discreto y retraído, era posible obtener la tranquilidad y el reconocimiento que la sociedad estaba esperando de cada familia e individuo.

El tono de la vida, por supuesto, estaba vinculado a la familia extensa, que era la base del desarrollo social. Prácticamente casi nadie carecía de una familia extensa. Otra cosa muy distinta era que se moviese de la base donde esa familia estaba establecida y buscase un destino en una sociedad diferente. Pero esos casos eran contados y se trataba de jóvenes hombres que hacían eso para regresar siempre al seno de la comunidad o familia extensa cuando estaban maduros o ancianos, o cuando habían realizado algún tipo de proeza, o también para desplazar a su familia extensa a una tierra nueva que se suponía más adecuada para sus intereses.

Por tanto, el tono de la vida de los siglos XVI a XVIII es parecido, es un tono de exploración, de confirmación lenta de ciertos privilegios o propiedades, de una sociedad conservadora basada en la familia y en las relaciones familiares con centro en la madre, así como en los vínculos sociales que pudieran establecer con la Iglesia y con las autoridades políticas. También era característico lograr un cierto triunfo en la vida y un reconocimiento derivado no solo de qué se poseía, sino de cómo se vivía, de cómo se hablaba y de cómo se era reconocido en una determinada comunidad. En este aspecto jugaba un papel un muy importante el chisme, la comunicación informal, el rumor y todo lo que tuviera que ver con cambios, los cuales se consideraban como algo peligroso; no era una sociedad reluctante al cambio —ya había expresado antes que era bastante adaptable—, pero era natural que temiese a los cambios abruptos porque los relacionaba con las acciones violentas. No es que la violencia estuviera ausente, estaba tácita y a veces era manifiesta en algunas autoridades, pero difícilmente se convertía en algo explícito.

El tono de la vida, entonces, era bastante dado a la tranquilidad, a la morigeración de las costumbres, al carácter predecible de los habitantes y a la realización muy rigurosa de actos religiosos en virtud del calendario eclesiástico, algo que todavía hoy vemos reflejado en lo que llamamos los lunes festivos —incluidos en el calendario colombiano—, que guardan todavía un tinte de devoción y que vemos reflejado además en la importancia que tiene la Navidad y las celebraciones decembrinas. Dichas festividades fueron incentivadas por las autoridades eclesiásticas debido a que el ciclo de las estaciones no existe, entonces había que darle al año un significado religioso, que terminaba con la Navidad, para poder así reiniciar el ciclo en enero y darle la posibilidad de ser cíclico, es decir, permanente.

La vida de la comunidad estaba marcada por sucesos predecibles, como el bautizo, la confirmación de los niños y su primera comunión, cuya práctica no se hacía tan universal ni siempre era a la misma edad. Sin embargo, gracias a los conocimientos médicos de los que disponía una parte de la población, el bautizo se realizaba temprano para evitar justamente que la mortalidad infantil llevase a muchos niños al limbo. También con el matrimonio había una serie de requerimientos por cumplir, como la existencia de algún tipo de propiedad, alguna base con la que la comunidad pudiera ayudar a la joven pareja a establecerse y el no tener relaciones prematrimoniales que pudieran ser vergonzantes. Con frecuencia, cuando esto pasaba la familia se desplazaba a un lugar lejano donde no la conocieran, para poder así casarse en paz aunque ya tuvieran un hijo o dos, que ocultaban por cierto tiempo. En fin, había una serie de modos de burlar la ley o de cumplirla de manera parcial, que es muy similar a la manera en que aún el pueblo colombiano procede a este respecto: en función de alguna autoridad perentoria que pudiese vigilarlo de modo explícito y hacerle acatar lo establecido, o que por el contrario, se mostrara condescendiente con sus actos.

En consecuencia, el tono de la vida se adaptaba a este tipo de costumbres. Obviamente, estaba marcado por una fuerte regionalidad. El acento y la vida de la comunidad se derivaban de como hablaban y se portaban en esa región, y había que pertenecer a ella. En este contexto, ser extranjero por un largo tiempo resultaba problemático, por lo menos en la primera generación, pero ya en la segunda o tercera ese origen era olvidado. En otras palabras, las comunidades se adaptaban a los recién llegados a los pocos años o incluso a los pocos meses y les daban buena acogida, porque ser hostil con alguien, al menos de manera explícita, era muy mal visto. La situación que más ayudó a este comportamiento de pronta adaptación y de bienvenida fue el hecho de que los curas y los clérigos viniesen de regiones distantes; todos los que

fuesen más o menos recién llegados a una determinada comunidad, además de los movimientos que esos mismos individuos tenían con respecto a grupos cercanos o vecinos, eran aspectos que hacían que la adaptación fuera problemática, aunque a la vez relativamente rápida.

En el siglo XVIII empezaron a cambiar un poco las cosas, entre otras razones debido a que los estilos de los Borbones suponían una lógica más vinculada a la razón o al racionalismo, aunque la verdad es que eso solo habría de llegar después de 1750 — quizá 1760—, o sea con el reinado de Carlos III. Podía hablarse, entonces, de un cierto racionalismo en algunos criollos. El estudio de las ciencias y el desplazamiento relativo de la teología a las universidades y los colegios, la aparición de nuevos libros y conocimientos, la inquietud por ideas nuevas de corte moderno o enciclopedista son cambios posteriores a 1750 y están relacionados con la revuelta de los Comuneros y con las ideas de Independencia. Se trata ya de otro capítulo de la historia que podemos llamar Modernidad, o por lo menos que está vinculado a ella a través de esa vertiente. En cambio, la sociedad premoderna era cíclica, repetía sus hábitos con bastante insistencia porque tenía miedo de que cualquier cambio más o menos evidente pudiese poner en cuestión o sacar de la línea predecible a su comunidad y hacerla especial, lo cual era visto como algo negativo.

El siglo XVIII empezó, pues, a mostrar una serie de mutaciones, al principio pequeñas —no en las grandes ciudades, porque no había grandes ciudades—, en Santa Fe, en Tunja, quizá de un modo más directo en la Cartagena del siglo XVIII. Pero tales cambios eran todavía asunto de ciertas élites y no tocaron a la población hasta bien entrado el siglo XIX.

# Vigilancia lingüística y estatus entre los indianos

El problema del estatus se deriva de las pautas de crianza y de reconocimiento, es decir, de quienes quieren una comunidad determinada. Se deriva, por un lado, de quién ha sido su familia, su padre, su tradición, pero también de cómo se porta, qué tiene de especial o de nuevo, cómo refuerza los intereses de la comunidad o, por el contrario, cómo los perjudica. El estatus es una cuestión de autoridad y de legitimidad, de concordancia con la ley preexistente, en este caso, de Indias y los mandatos eclesiásticos. En últimas, ese problema estaba relativamente resuelto entre estas comunidades porque el estatus estaba determinado por unos pocos criterios.

El primero de estos criterios es la procedencia, el linaje. Si bien no todos los individuos eran iguales, sí tendían a repetir en la mayoría de los casos —con solo algunas excepciones— las pautas de crianza y los comportamientos de sus padres y abuelos. El segundo aspecto es el carisma o el carácter, sobre todo vinculado a las actividades comerciales. A este respecto, la construcción del individuo fue lenta —al menos durante la Colonia—, aunque estuvo ligada a la actividad comercial o a veces al ejercicio de ciertas profesiones u oficios considerados viles, como la medicina y el derecho, en donde podían distinguirse los individuos, es decir, salirse del marco de su familia y de su linaje y ser individuales e individualizados por la sociedad. Un buen médico, abogado o comerciante, un hombre rico, astuto, capaz de hacer siempre negocios inteligentes y obtener significativos dividendos, era alguien objeto de admiración pública.

El estatus estaba marcado también por el vestido, por los modales, por el comportamiento y por la fuerza lingüística, es decir, por la vigilancia lingüística y el uso de un español correcto, además por hablar solo cuando era oportuno, por tener una especie de disciplina no verbal muy desarrollada que le permitiese identificar los públicos en los cuales se movía en cualquier momento y actuar en conformidad con ellos. Todos esos factores fueron marcando la pauta del comportamiento de lo que llamamos un colombiano promedio, que aún es muy característico en el marco latinoamericano, por su corrección, por su relativa condición conservadora, por la moderación de sus ademanes y de sus comportamientos, por ser relativamente predecible, por no meterse en problemas y por no “dar papaya”, como solemos decir, entre otras características.

Finalmente, el estatus estaba definido además por la mezcla de la sangre. Obviamente, cuando había muchas mezclas de sangre o cuando había ilegitimidad de nacimiento, los individuos quedaban en la escala inferior. También el hecho de tener la piel negra u oscura, o las facciones indígenas demasiado marcadas, influía en que la persona fuese relegada a un lugar secundario de la escala social. Pero no siempre esta circunstancia marcaba la pauta ni sucedía de un modo absoluto en todas las regiones. Había algunos lugares en donde no importaba ese factor y otros en donde sí. Las comunidades más endogámicas tendían a no soportar el mestizaje racial o a verlo como algo inferior, mientras que las comunidades exogámicas, especialmente en la costa norte, no lo consideraban un problema; igualmente, aquellas comunidades que habían tenido mezclas importantes con indígenas y negros no valoraban el aspecto racial como un valor de estatus perentorio y definitivo.

En la excelente compilación de ensayos que hicieron Carlos Patiño Roselli y Jaime Bernal León Gómez, titulada *El lenguaje en Colombia* —publicado por el Instituto Caro y Cuervo y la Academia de la Lengua en 2012—, hay varios aspectos que necesitan ser explicitados a la luz de esta teoría y aclarados de un modo suficiente. Para empezar, había varios españoles, o sea varias versiones del castellano en la propia Castilla y además formas del latín vulgar parecidas al castellano y compatibles en el sur de la Península, por lo que es muy probable, si atribuimos el origen de la nación colombiana al sur de la Península, que no fueran esas formas de castellano clásicas o explícitas provenientes del norte de la península ibérica, sino las del sur las que migrasen con estos cristianos nuevos, y especialmente con las mujeres cristiano-nuevas que llegaron desde finales del siglo XVI o durante todo el siglo XVII.

¿Cuál fue, entonces, el modelo o modelos de mozárabe que llegaron a América? Básicamente, los que se hablaban en la región de Ronda y en el sur de Andalucía, en Lucena, y en regiones fuertemente judaizantes, aparte del que se hablaba en Córdoba y en Granada en los tiempos del Reino Nazarí; pero especialmente, según las investigaciones de algunos lingüistas, esas formas suavizadas del lenguaje que teniendo su origen en Extremadura migraron a las islas Canarias. En esas islas no se usa el cecec del castellano, se prefiere una economía lingüística mayor y además se usa el lenguaje con corrección, en un tono medio bajo, de un modo que sea perceptible susurrando o sin necesidad de abrir demasiado la boca, casi sin que se note que se está hablando, pudiendo explicarle a una persona un asunto sin que los demás apenas oigan más que un murmullo imperceptible.

El lenguaje en Colombia tiene que ver, además, con ocultarse detrás de él, es decir,

con producir una impresión pública y, por otro lado, tener una jerga y un habla privadas que pudieran ser objeto de expresión mucho más sincera y descarnada de la propia personalidad. El lenguaje en Colombia proviene de esta forma de hablar español que no tuvo que ser aprendida por nadie, puesto que ya se había desarrollado suficientemente siglos antes, cuando los migrantes estuvieron en los barcos y llegaron a las Antillas holandesas en el siglo XVI, o a las bocas del Magdalena a comienzos del siglo XVII, cuando los pobladores, especialmente las mujeres pobladoras, se establecieron en sus casas y fundaciones en América, muchas de ellas provisionales. Para ese entonces, ya hablaban de un modo muy fluido la lengua que está explícita, por ejemplo, en *La marquesa de Yolombó*, de Tomás Carrasquilla, o la lengua tan cuidada y pertinaz con la que se habla en *La María*, de Jorge Isaac.

A pesar de las muchas complicaciones que supuso el desarrollo de una lengua masiva, unívoca y más o menos estándar en Colombia por el aislamiento, la presencia de arcaísmos se ha ido puliendo progresivamente y la lengua ha alcanzado a través de los siglos un nivel de fluidez que la hace compatible con el español estándar, e incluso muy musical y muy bien entonada y admirable para otros hablantes de la lengua española, acostumbrados a jergas más pronunciadas o a giros lingüísticos más abruptos.

El hecho de que presumamos de que hablamos el mejor español del mundo es una exageración, el de no tener acento también, pero personajes y personalidades como el director de la Academia de la Lengua Española o del Instituto Cervantes dicen que los hablantes del español de Colombia sirven como profesores de primera lengua para extranjeros, de modo mucho más fehaciente y confiable que los hablantes provenientes de otras lenguas, y no solo por el acento que tiende a ser más neutro, sino por el habla que tiende a ser más estándar y por la disposición a tolerar términos extranjeros o palabras distintas de las propias. El habla de los campesinos en Colombia estaba marcada por las actividades que ellos realizaban, pero se hablaba con corrección y con mucho cuidado de no cometer alguna indiscreción, especialmente de no tratar de un modo ofensivo, desafiante o agresivo a los desconocidos.

El director de la Academia de la Lengua Española insiste en que los profesores colombianos tienen un nivel de tolerancia y de dicción que constituye una marca fundamental de la lengua española para su investigación y puesta en conocimiento a nivel internacional, es decir, en el marco de muchas otras lenguas, el dialecto andino y costeño son la base del desarrollo de las formas de hablar características de Colombia. El costeño, por supuesto, está emparentado con esta forma caribeña de aspirar la S,

mientras que en el andino esto no sucede; fonéticamente, se le considera una forma particular, respetuosa y sobria de hablar. Ahí es donde está el secreto de su éxito y de su expansión a través del tiempo, de manera que ha llegado al presente una forma de habla que era considerada respetuosa y digna en el siglo XIV, y que a pesar de pequeñas mutaciones ha conservado ese tono y esa significación hasta el presente, abriendo puertas a través de la lengua y alcanzando una universalidad que no sospechaba que tenía cuando llegaron aquí sus primeros habitantes.

# La importancia del decoro y la higiene corporal

Un aspecto crucial que ha marcado una frontera entre los grupos sociales colombianos es la higiene. El carácter decisivo de la limpieza y del aseo personal se remonta al hecho de que estas comunidades de conversos, por largo tiempo y antes de la migración a América, habían sido sospechosas porque en las pestes moría mucha menos gente que entre los cristianos viejos, situación que se deriva, al menos en parte, del hecho de que tenían costumbres mucho más limpias, usaban agua potable, había mucho rigor en el uso del agua, se bañaban con mucha frecuencia, combatían las enfermedades infectocontagiosas con tratamientos a largo plazo o con cambios en la alimentación. Muchos de esos procedimientos eran exitosos.

Por tanto, la higiene corporal se trajo a América como un prurito de la cultura, como un valor central, puesto que determinaba no solo el origen sino la persistencia misma de la sociedad y de la familia. Además, venía por vía femenina, es decir, si la mujer era minuciosa, limpia, recelosa consigo misma y con sus hijos, casi que la continuidad de la familia estaba asegurada; si por el contrario no lo era, la sospecha que caía sobre ella y sobre su familia era inmediata. Por consiguiente, tener hijos sucios, en condiciones muy precarias, mal vestidos y mal alimentados, era objeto de la más severa represión social y de un rechazo radical. En otras palabras, las clases limpias rechazaban a las clases sucias o a las que llevaban su vida cotidiana de manera inadecuada.

Esa discriminación se ve hasta el presente, está muy marcada en las sociedades endogámicas de Colombia, Antioquia, Santander, Valle del Cauca y Cauca profundo, hasta Popayán. Incluso se ve con mucho rigor en comunidades indígenas como la del gran Nariño, en Boyacá y el altiplano Cundiboyacense, donde se tomó el prurito de discriminar a los que no estaban limpios, a los que usaban siempre las mismas prendas o a los que cubrían la misma ropa de ayer o de antier con una ruana o elemento que ocultara su suciedad, sobre todo el mal olor corporal. El olor de sudor siempre ha sido una barrera social prácticamente infranqueable en las sociedades colombianas, hecho que en otras regiones latinoamericanas es mucho menos fuerte.

Estos aspectos han marcado la idiosincrasia colombiana con un hierro candente y han representado algunas de las características más destacadas de la colombianidad desde entonces. Efectivamente, la higiene corporal se considera la condición *sine qua*

*non* de la vida social. Hoy la sociedad experimenta cierto rechazo incluso con las poblaciones de indigentes, con la mendicidad, con la falta de crianza y con la falta de personas responsables a cargo de una determinada familia, pero sobre todo con el abandono de los niños. La orfandad, en general, fue desde el comienzo una responsabilidad de las comunidades religiosas para que esos niños a pesar de estar huérfanos se mantuvieran limpios y bien alimentados, para que eventualmente sus padres pudiesen rescatarlos o por lo menos tuviesen un destino cuando crecieran y fueran admitidos en las comunidades a las que se integraran.

Todas esas fronteras que se han venido marcando con base en el decoro y la higiene corporal son muy rigurosas y han sido una base bastante importante del desarrollo de la sociedad. Hay muchas formas de comprobar estas afirmaciones aparentemente gratuitas. Sin embargo, una lista de esas pruebas merecería un estudio más profundo, como por ejemplo el que hace Virginia Gutiérrez, aunque dicho propósito no corresponde a la naturaleza de este libro.

# Viejas y nuevas pautas de crianza

Las pautas de crianza se derivan de los valores que las madres tienen en mente cuando empiezan a tener hijos. Por supuesto no solo a través de ellas, sino también con los padres, los abuelos y los miembros de la familia, pero dichas pautas solo se transmiten de modo directo, como lo demuestra Rubén Ardila y otros que han estudiado este problema, a través de las relaciones entre la madre y el hijo o el padre y la hija. Las pautas de crianza se definen en toda antropología y en toda sociedad como los valores en los que se insiste como condición *sine qua non*, o sea como necesarios e imprescindibles para configurar a un individuo e integrarlo en una cultura determinada.

Por tanto, las viejas pautas de crianza se derivaron de lo que recordaban las abuelas y las madres, y en general del imaginario popular de lo que era necesario para criar a un niño o una niña: de un lado, de una diferenciación muy explícita del rol sexual, con valores y comportamientos propios de la cultura para cada uno de estos roles; de otro lado, se derivaron de las ideas de corrección, de pertenencia, de cohesión y de una cierta racionalidad de orden lingüístico, es decir, con todo individuo se podía sostener una conversación así sea básica, y ese individuo podía ser razonable y respetuoso de lo que sus mayores le estaban pregonando o pidiendo que hiciera. Además, debían reaccionar de un modo pacífico, y no violento, cuando los acontecimientos les eran desfavorables y no podían cumplir sus deseos. Por tanto, una relativa tolerancia y conciencia de que la frustración del alcance de los deseos es algo probable, está en las viejas pautas de crianza de la nación colombiana. Tener un cierto espíritu de fracaso o de fracaso relativo, abrigar la idea de que todo es provisional e incierto pues no se puede alcanzar sino solo una parte de lo que uno aspira, y sentirse satisfecho con esa pequeña parte de lo que se logra, era un síntoma de corrección y buena crianza.

Por el contrario, la rebeldía, una manifestación demasiado brutal de los deseos o un comportamiento muy egoísta o explícitamente egoísta, ambicioso y codicioso, no era algo bien visto. Aunque la envidia es la virtud y el defecto nacional, la envidia en el sentido de no permitir de buen grado que unos individuos se distingan demasiado del resto del grupo. Todos esos rasgos han representado un cierto patrón democratizador desde el comienzo mismo. La envidia democratiza porque hace que los individuos que tienen alguna ventaja, virtud o dote especial, la escondan o la dejen ver solo a medias para protegerse de la envidia de los demás.

Esas pautas de crianza fueron mutando lentamente y empezaron a surgir esquemas nuevos, que son propios ya de los conversos y colonos indios en América, los cuales se derivaron de la ocasión de alardear y proclamar, aunque sea de manera indirecta, los éxitos personales y familiares. En otras palabras, hay una aparente contradicción, o al menos una paradoja, entre una cultura discreta que es de una pauta de crianza de las madres y de las abuelas, y las propiamente masculinas que solían alardear de lo que podían lograr, especialmente lo que podemos llamar la cultura de los arrieros, de los guaqueros, de los mineros, que podían conseguir recompensas o beneficios diferentes y productos de su actividad, unos exitosos y otros fracasados.

Por tanto, las pautas de crianza, lo que llamamos la aviesa o la astucia, vienen de fuentes muy oscuras y profundas de la sociedad colombiana. Yo creo que tienen un origen esencialmente semítico, es decir, se es astuto y se procura no caer en la trampa de lo que los demás están diciendo u ofreciendo, pero al mismo tiempo se busca también la manera de engañar a los demás o timarlos con palabras, exagerando, sobre todo en una cultura hiperbólica como la nuestra, las virtudes de lo propio y minimizando las de los demás. Estas pautas de comportamiento son relativamente universales, muchas sociedades las expresan de una u otra manera. Así, el pretender que los colombianos son los más vivos del mundo es una tontería y en muchos aspectos se es tan ingenuo como muchas otras comunidades, pero el preciarse de no serlo sí es algo muy marcado entre nosotros. El presumir de no ser tonto, de no dejarse meter gato por liebre, de sabérselas u olérselas todas, o tener una intuición muy fina, una perspicacia muy marcada, son valores que se han transmitido de generación en generación con gran avidez e intensidad.

Esas pautas de crianza, entonces, conscientes e inconscientes, se transmiten por los comportamientos de la madre, del padre, de la familia extensa y por el reconocimiento que tiene el individuo en determinada comunidad y en determinado momento. Todos esos valores combinados, más el hecho de tener un cierto éxito material explícito en sus actividades, por ejemplo, llegar a viejo rodeado de los afectos de sus familiares y seres allegados, y tener muchos amigos o al menos personas que puedan hablar o encomiar a un determinado individuo, son aspectos que marcan el éxito, mientras que su ausencia evidencia el fracaso.

El ser un individuo gris, relativamente insignificante, es lo que le ha tocado a una proporción mayoritaria de la población —en lo cual se parece a cualquier otra sociedad—, que aunque no es rechazada tampoco se distingue por nada especial. En esa masa de individuos es en donde se cuaja el espíritu nacional, mucho más que en la de

los exitosos, que son siempre excepcionales y pocos en número. Esos aspectos representan en su totalidad una especie de síndrome, que es uno de los factores constitutivos de la colombianidad contemporánea que se deriva de tener éxito pero no demasiado, de ir en dirección correcta pero aparentar ir por otros rumbos. En otras palabras, conlleva una presunta versatilidad que la mayoría de personas no sabe tener, pero que hay que fingir y exponer ante los otros para no arriesgarse a una visibilidad excesiva que pudiera hacerlos objeto de críticas muy explícitas.

Efectivamente, el pueblo colombiano no es muy bueno para asimilar las críticas, presume de ello pero a la hora de la más pequeña diferencia o comentario desfavorable surgen problemas y querellas infinitas, y una tozudez de la mayoría de los individuos junto a una feroz terquedad para admitir sus propias fallas. Reconocerlas en público es ponerse en evidencia y presumir en alguna medida, por dar por sentado que la crianza de la que uno ha sido objeto fue un fracaso o algo fallido. Por eso no se acepta fácilmente una crítica ni se pide perdón de un modo abierto o explícito. El perdón que se pide es un poco formal, y por eso cuando se ofrece está el famoso “me da mucha pena”, que no es en verdad una forma de pedir perdón.

Por su parte, el abuso, la conchudez y una cierta condición parasitaria hacen que una parte de la sociedad tenga que soportar a la otra y sobrellevar sin exaltarse demasiado sus vicios o astucias, muchas de las cuales conoce perfectamente o son toleradas hasta cierto grado. Esa condescendencia pública es, a mi juicio, una de las nuevas pautas de crianza.

# La crucial importancia de la medida: trescientos años de relativa paz, bajo la tutela de buenos reyes

El problema de la mentalidad colectiva ha sido investigado por otras ramas de la historia, especialmente de la historiografía francesa, pero en Colombia nunca ha sido abordado. Cómo podría caracterizarse esa mentalidad, esa psique colectiva, es algo que todavía necesita ser estudiado y con mucha frecuencia debatido, para llegar a algunas conclusiones. No obstante, considero fundamental incluir dicho aspecto en este ensayo, porque la medida que ha caracterizado al pueblo colombiano, aunque algunos lo acusan de ser justo lo contrario, es algo que requiere ser comprendido a través de los comportamientos históricos.

Podría decirse que ya desde España, siglos antes de la migración, el pueblo fue obligado a la medida debido al bajo protagonismo que había tenido a partir del siglo XIII. Las derrotas propias de la Reconquista hicieron que en toda España del sur se tendiese a tener un comportamiento más moderado que en el norte, moderado en el sentido de no expansivo, dado a resistir, a postergar la caída, e incluso a acostumbrarse a las consecuencias de las derrotas sucesivas. La expulsión, la conversión forzada, todos esos procesos tan largos y tan duros de asimilar psicológicamente son los responsables de esa transformación de la mentalidad que desde los tiempos de la orgullosa España musulmana del al-Ándalus del siglo IX, pasaron a ser tiempos de humillación, de desplazamiento, de migración forzada, de abandono y de pérdida.

Ese fue el pueblo que a la postre migró y se estableció en Colombia, por eso es tan importante estudiarlo desde lo que podemos llamar la arqueología de su transformación psíquica, la cual tenía como imperativo fundamental la medida o una forma de callada aceptación, que tenía sin embargo espacios de vida para manifestarse, pues no era una sociedad completamente resignada y negada, independientemente de que tuviera que asumir, en especial frente a la autoridad, un rol pasivo y adaptativo, condición esta que marcó la pauta de su posterior desarrollo histórico, e incluso el de las colonias que habrían de conformar en América.

Si bien estos pequeños grupos sabían que su destino era buscarse una nueva patria y un nuevo horizonte, y veían con alegría y tranquilidad que esa patria se hacía realidad lentamente, nunca estuvieron seguros de que una situación tan crítica como la que

habían experimentado anteriormente no regresase de un modo repentino; esa desgracia súbita, ese advenimiento de la fatalidad como un destino ineludible, los llevó a vivir en paz durante largo tiempo. No estaban buscando un destino muy ambicioso ni grandes desafíos, sino simplemente un refugio. Una vez lograron hallar donde establecerse y aprendieron a vivir en ese entorno, las condiciones de la nueva vida les exigieron discreción y distancia. Eso explica en gran medida el que los pueblos fueran tan remotos y tan difíciles de acceder. Es decir, para buscarlos y encontrarlos había que hacer un gran esfuerzo. Si bien se habían establecido en lugares que no eran imposibles de hallar, de todos modos eran muy distantes, y ese cultivo de la lejanía como algo deliberado no podía desde luego atravesar por un presente demasiado estridente, de guerras y conflictos incesantes.

La mentalidad del pueblo colombiano, a pesar de las muchas dificultades y violencias que ha tenido que vivir en los últimos 150 años, sigue siendo resignada y pasiva. Esa psicología del audaz que enfrenta todo y desafía cualquier obstáculo, de aquel que se siente justificado en su acción y justifica a su grupo de manera automática, representa un fenómeno que no ha existido o apenas está naciendo en la mentalidad de la que somos parte.

Por eso es tan importante hablar de la tradición de paz, que se ha vuelto en la actualidad un verdadero imperativo. Parece que no pudiéramos vivir tranquilamente en el presente, lo cual es una paradoja porque estudiando la historia de la sociedad, por lo poco que se sabe de una sociedad en paz, bien podría evocarse esa conocida frase de Tolstói, de que las familias que viven en paz son todas iguales y no tienen historia, mientras que las familias que son desgraciadas son siempre distintas y son las que mueven la historia. Entonces no tuvimos historia, o apenas una historia muy discreta durante los siglos en que fuimos una insulsa provincia, en función de la psicología del pueblo que no quería entrar en conflictos ni desarrollar ninguna contradicción, ni contra el rey, ni contra las autoridades políticas y religiosas, ni contra las formas de vida, que si bien habían sido aceptadas les habían sido impuestas tras su cambio de religión, de nombre, de vestuario e incluso de hábitos de vida. Así, esa medida que hay que tener, o que fue necesario tener durante tanto tiempo, quedó aposada en el imaginario colectivo; por eso también junto a la medida se teje ese hilo, de alguna forma siniestro, de vidas insignificantes. En efecto, muchos de nuestros antepasados se sentían tranquilos de que sus vidas no tuviesen que narrar nada especial, simplemente sobrevivir, llevar adelante un trabajo modesto, con profesión o sin ella, obtener algunos logros y sentirse satisfechos de ellos.

Esa fue la vida provinciana y aldeana que, porque parecía no tener ninguna gracia especial, ha sido escamoteada por los historiadores. Pero a pesar de esa condición era una población grande y diversa, de un origen hispánico muy explícito, que hablaba con corrección, bastante interesada por las cosas externas del mundo y para quien el aislamiento era un destino imposible de eludir y debía, por tanto, aceptarlo sin ningún tipo de rebeldía.

Mientras otros pueblos intentaron empresas económicas de gran altura y tenían proyectos muy delineados para sí mismos, el nuestro era acatar la ley y pasar desapercibidos. Una expresión colombiana muy característica es el “pasar de agache”, es decir, que no se vea lo que estamos haciendo, lo que somos, que nadie se interese en nuestras vidas ni hablen de nosotros, que podamos vivir un poco al margen, como si estuviéramos realizando una estrategia de sigilo, para que no se conociese en realidad nuestro pasado o nuestra condición, y luego nosotros nos olvidáramos de ella también. Uno de los aspectos más importantes de la medida es que uno se olvida de sí mismo o intenta minimizarse. Y la pasión igualadora de la envidia así como la aspiración relativamente democrática de que todos tengan y hagan más o menos lo mismo, ha marcado la pauta de esa mentalidad nacional. A pesar de que se distingan algunas figuras, como es normal en toda sociedad, de todos modos la colombianidad está sesgada por esta huella psicológica y creo que en nuestra manera de hablar, en nuestro acento, en nuestros hechos, en lo que podemos llamar historia de vida de millones de individuos, se identifican esas marcas de ese decoro, medida, contención e insignificancia que han marcado nuestro destino colectivo hasta bien entrado el siglo XX.

# Una Independencia mal digerida

Los Borbones fueron los primeros que le dieron un tono particular al orden administrativo y político de la Nueva Granada, que por 300 años no lo tuvo; antes era simplemente la tierra firme, un pedazo de tierra firme, el pedazo norte perteneciente al Virreinato de Nueva España, y el del sur a Nueva Castilla. Sometido a las medidas y los mandatos del Virreinato de México o al de Lima, no parecía tener un destino y eso al mismo tiempo daba la impresión de gustarle o parecerles muy bien a los habitantes de estos rincones del Virreinato, de esa periferia que en realidad no contaba mucho a la hora de las decisiones del imperio. A partir de 1738 los Borbones, y después Carlos III a partir de 1762, le dan un tono de fiel súbdito del Imperio español; el pueblo cree y confía en su rey siempre y cuando lo deje en relativa paz. Al final del siglo XVIII, el pueblo empieza a despertar de su letargo de siglos y a entender que podía hacer algo nuevo o que podría conformar una nación, asunto que en verdad no le había preocupado, en un sentido estricto, durante tanto tiempo.

Por eso la Independencia estuvo mal digerida. La mayor parte de los habitantes eran realistas y las ideas de Independencia que provenían de Venezuela y de otros lugares del continente las encontraban altisonantes y exageradas. La revuelta de los Comuneros fue claramente una llamada de atención sobre esa condición de súbditos del rey que no desean cambiar el orden de cosas, que quieren preservar el *statu quo*; por eso ingenuamente algunos la consideran el fermento de la Independencia, cuando en realidad era justamente una especie de Perestroika, una suerte de llamada de atención sobre una región que necesitaba quizá un protagonismo mayor por parte de las autoridades españolas, pero que no quería abandonar su lecho, pues allí se sentía razonablemente cómoda.

Por lo menos el 60 por ciento del territorio actual de Colombia, si no más, estaba habitado por personas que nunca habían oído hablar de independencia o que la miraban con profunda sospecha. Así se explica la actitud en Nariño y Cauca hacia Bolívar y Nariño, y hacia otros individuos promotores de la Independencia, como Camilo Torres y Jorge Tadeo Lozano. Porque ya en los albores del siglo XIX se imponía en las ciudades la lectura y el encomio de las ideas liberales, pero aunque algunos las veían como puntas de lanza de una avanzadilla de formas de pensar muy desarrolladas y muy dignas de tenerse en cuenta, la inmensa mayoría de la población las sentía como algo

peligroso, como una amenaza y un desafío, que desde luego la población no podía tener ni manifestar de un modo abierto.

Por eso, la idea de la Independencia, creo yo, le vino a desgano a la nación colombiana y la asimiló muy mal. Y es que nunca comprendió, por lo menos tempranamente, para qué era la Independencia, qué ventajas efectivas le otorgaba, cómo cambiaba estructuralmente las cosas. Contar con unas leyes diseñadas por nosotros mismos, tener unos individuos criollos al comando, inexpertos en la mayoría de asuntos, sobre todo administrativos, suponía un desarreglo que la sociedad asimilaba mal. De otro lado, no tener el referente del rey era rasgar el velo, un velo insensato de esperanza de que algún día estos individuos que vivían aquí fueran incluidos de nuevo y pudieran regresar a España. La Independencia suponía un divorcio para el que la inmensa mayoría de la población no estaba preparada.

Eso explica el hecho de que fuera dirigida por un extranjero, pues al fin y al cabo Bolívar era un extranjero, alguien con ideas y un pensamiento ajenos a la substancia de la nación, quien se hizo al desmedro de las autoridades eclesiásticas y de la vida religiosa que durante varios siglos había sido el vector fundamental para regirse, esas autoridades religiosas que durante cuatro siglos suplantaron a las civiles, y eran ellas las que proporcionaban educación implantando su visión conservadora.

En virtud de esa tradición conservadora, la Independencia se veía como algo incierto, inútil, doloroso, y como un cierre para una larga espera que algún día pudiera dar una sorpresa agradable. Parece que particularmente lo que podemos llamar el no declarado retorno o la no declarada voluntad o esperanza de retorno, era uno de los motores por los cuales la fidelidad al rey en muchos casos supuso un esfuerzo continuado, preservado durante el siglo XIX. Por ejemplo, en *La carrosa de Bolívar*, de Evelio Rosero, se expresa que la voluntad de las poblaciones del sur del país estaba en contra del proyecto de Independencia, incluso trataron de boicotarlo y ponerle trabas.

La aventura del cacique Agualongo, las dificultades por las que tuvo que pasar el Ejército Libertador, incluso después de haber vencido en la batalla de Boyacá y otros escenarios del norte para llegar al sur y llevar sus propósitos hacia Ecuador o Perú, e incluso después a Chile, representaba un proceso que era visto como algo entre pecaminoso y errado, al menos entre la población común y corriente, a quien hubo que explicarle muchas veces que la Independencia ya se había conseguido y que además los españoles, en ruina en la Península —invadidos y humillados por el régimen francés, con el rey en exilio y en unas condiciones vergonzante con respecto a su gloria anterior—, ya no eran sujetos ni interlocutores con las cuales pudiera establecerse una relación

permanente o reconstruirse el vínculo existente.

Aunque es un poco aventurado decir que a los neogranadinos les simpatizaba la relación que tenían con los españoles, es claro que sí les agradaba la sobria distancia que había entre unos y otros, y la sensación de buenos términos mantenidos por largo tiempo. En cambio, con las autoridades jóvenes de las repúblicas americanas no los unía sino la hostilidad, el rechazo, la desconfianza y desde 1819 hasta 1849 se empeñaron en mostrar de mil maneras la inconveniencia de ese paso que se había dado. Cuando la Independencia se hizo irreversible, más o menos en la mitad del siglo XIX, y la nación necesitaba continuar, estallaron guerras intestinas que han marcado la pauta de la vida nacional hasta el presente. No eran propiamente guerras regionales, sino intrarregionales, entre las élites y los grupos campesinos, entre una mayoría conservadora y una minoría liberal que pretendía, al menos en el papel, a punta de leyes, crear una nación nueva y un régimen distinto al que estaban acostumbrados. Por ende, en las guerras del siglo XIX —hasta 1886— no hubo una conciencia efectiva de que la Independencia era irreversible, ni tampoco una conciencia de unidad nacional, que se encontró quizá por accidente después de tanto luchar en guerras federales, después de la experiencia fallida de los Estados Unidos de Colombia, después de la Confederación Neogranadina y de la formación de los partidos Liberal y Conservador, en la que los liberales parecían tener todas las razones consigo y los conservadores viejas formas de vida consideradas arcaicas y dignas de sucumbir.

Ese discurso que marcó la pauta durante el siglo XIX demuestra que esa independencia fue mal digerida durante mucho tiempo y que los ecos de esa mala digestión continuaron incluso hasta después de Núñez y la Constitución de 1886, hasta finales del siglo XIX con la guerra de los Mil Días, que es la única verdadera gran guerra civil que Colombia vivió, con Uribe Uribe y con una serie de protagonistas liberales que defendían ideas y maneras de pensar que contrastaban con las que la nación tenía de sí misma. Por eso las conmociones propias de la guerra de los Mil Días no llevaron a una república liberal, y las ideas liberales solamente pueden enarbolarse cuando en 1930 gana la presidencia Enrique Olaya Herrera y después Alfonso López Pumarejo con la Revolución en Marcha, que no es más que la apuesta por la urbanización, una apuesta radical, con todas las virtudes y ventajas que ellos prometieron —porque verdaderamente las tenía—, pero con los defectos propios de abandonar las formas de vida y los valores que habían caracterizado a la nación durante quizá más de 300 años. Esa es, a mi juicio, una interpretación que contrasta con la que tradicionalmente se ha hecho del significado de la Independencia en la nación

colombiana y cómo ella estaba en contra de lo que dicha nación había sido en sus 300 años anteriores.

Es curioso que algunos tratadistas, me refiero por ejemplo Alvaro Tirado Mejía, suponen que la única verdadera esencia se adquirió con las ideas liberales y la Independencia, lo cual es falso y supone una negación de los siglos precedentes y de la idiosincrasia anterior. Por más validez que pueda considerársele a dichas ideas, por más importancia que tengan en la asimilación de una nación moderna y en la configuración de lo que hoy llamamos una nación integrada al mundo, estas iban en contravía de todo lo esencial que esa misma sociedad había defendido durante tanto tiempo. Por tanto, la vida de Colombia empezó siglos antes de la Independencia, y precisamente esa vida, que había dado sus primeros pasos de manera relativamente discreta y exitosa —y que era una forma de reconstrucción de una vida perdida en España—, esa marca reflejada en la lengua, en la religión, en las costumbres, en las prácticas de la vida cotidiana, en la idiosincrasia de la familia extensa, en la manera de entender los caminos, de alimentarse, de vestirse y prácticamente de todos los demás aspectos de la vida, fueron violentados por las ideas de la Independencia. Así, acusar al pueblo colombiano de ser arcaico y de mantener un espíritu conservador, es ignorar cuál ha sido la verdadera forja de la nación. Somos liberales a pesar de una tradición conservadora muy honda, que todavía hoy palpita en una buena parte del país.

## De la aldea a la ciudad, una transición problemática

Efectivamente, el pueblo colombiano no vivía sino en aldeas, ni siquiera eran villas en el sentido español del término, solo aldeas de 5.000 habitantes. Tenían esa estructura tradicional que algunas han conservado hasta el presente: una plaza donde está la alcaldía y la iglesia, la casa del cura y algunas casas importantes o de personajes distinguidos, que dentro de su pueblo podían tener alguna figuración, pero no en pueblos vecinos. En la periferia del pueblo vivían las familias intermedias o los representantes de los campesinos. Tenían casas muy amplias y cómodas en la mayoría de los casos, y algunos pobres tenían casas más pequeñas, unas cuantas cuerdas más allá de la iglesia.

Las aldeas colombianas no sufrieron hambrunas, pero sí plagas, inundaciones, terremotos y otras desgracias, que eran interpretadas como signos de lo alto, inherentes a la relación que tenían con Dios, su religión y su mundo, pero también propias de los destinos de las acciones, de la inequidad. Por tanto, la vida aldeana era relativamente tranquila y cómoda. Si bien estaba matizada por crisis, los periodos no solían ser muy largos y salir de ellas era de alguna manera sencillo.

No obstante, para la mitad del siglo XIX el modelo de aldea empezó a resultar inconveniente. Así, por ejemplo, el peso de las leyes se hizo más oneroso, pues aparecieron más leyes que había que cumplir, y la vida empezó a tener una complejidad que antes no conocía. Entonces las poblaciones perdieron la antigua simplicidad aldeana y la reemplazaron por un complicado aparato en donde solo unos cuantos eran expertos. Eso explica la transformación del Chocó, una sociedad puramente aldeana, que empezó a tener comunicación con el centro y a forjar una casta de abogados. Y así, al conocerse las leyes, la vida de las aldeas comenzó a adquirir cierta complejidad. En Antioquia, el paradigma de ciudad surgió como un prurito de modernidad, con la idea de que Colombia debía tener un destino industrial, asimilar la ingeniería y los paradigmas de industrialización que regían en Norteamérica, ser un país —o al menos una región— que tuviese ferrocarriles, fábricas, que se integrase a los mares y océanos, tanto al Atlántico como al Pacífico. En este contexto, la profesión de la ingeniería adquirió gran importancia. Y a partir de 1870 surgió la necesidad de diseñar un sistema eléctrico y aprovechar la energía hidroeléctrica. Las potencias que se veían en la ciudad del futuro marcaron una aspiración legítima por su puesto, pero problemática

para el resto, pues ante estas nuevas formas de vida el paradigma aldeano quedaría relegado como símbolo del pasado. Entre los adultos y los ancianos de aquel tiempo esas ideas no eran muy promisorias, aunque sí entre los jóvenes. Podría decirse que hasta cierto punto, y hasta 1870, una huella poderosa de transformación social empezó a verter un líquido venenoso sobre el resto de la sociedad, y era la idea de burlarse de la mentalidad religiosa, de las autoridades eclesiásticas y de todos los que pretendían conservar el orden anterior.

Al principio los eclesiásticos reaccionaron con energía, pero después empezaron a ver que sus ideas no podían suplantar la expectativa que se había creado en los jóvenes por un mundo mejor, un paradigma de progreso, una plena occidentalización y una integración de Colombia al resto del concierto internacional; y estos fenómenos empezaron a dañar y desgastar de modo irreversible la vida aldeana. Como resultado de ello, tuvieron lugar las guerras civiles y regionales que terminaron de un modo apocalíptico en la guerra de los Mil Días, que es tal vez el sacrificio en vidas humanas más importante que ha hecho Colombia en toda su historia, además de coincidir con el comienzo de una sociedad nueva en donde maldecir o minimizar el pasado se había convertido en una obligación, en una idea incluso no revisada.

Durante todo el siglo XX, e incluso en pleno siglo XXI, se ve a algunos en esa labor ideológica de ridiculizar el pasado, mostrando que debemos tener vergüenza de cómo hemos sido y de no haber adoptado con rapidez y decisión los imperativos propios del modelo liberal. Esa actitud, a mi juicio, intransigente y ciega, parte del mismo principio que aquí se ha querido demostrar: que todo lo anterior fue fallido, que la nación esperó en vano un destino que nunca le llegó y que tampoco decidió si adoptar un modelo agresivo de transformación liberal que la hubiera podido integrar con fuerza y con decisión en el mundo industrial de Occidente.

Esa transición problemática describe también muchos avatares de la vida contemporánea que han sido objeto de, por lo menos, una débil interpretación histórica, y describe la resistencia a las ideas liberales y a los pruritos que el mundo liberal imponía, así como el hecho de que las transformaciones de la sociedad colombiana no han sido seguidas de un modo racional, es decir, se han dado sin tener consciencia del cambio y bajo la consideración de que se está destinado a mutar y a transformarse, pero sin saberse exactamente hacia dónde.

El problema de las ideas liberales es que subliman el cambio pero menosprecian los procesos de transformación, conciben todas las ideas anteriores como fallidas y equivocadas y por tanto dignas de ser olvidadas; pero además no dicen cómo hay que

cambiar y hacia dónde, no tienen una idea clara de las herramientas y de las etapas. Por eso el mundo colombiano de hoy no tiene aún un proyecto nacional forjado ni un horizonte bien definido; imitamos a otras naciones y pretendemos que vamos mejor o peor que algunas de ellas, pero de ninguna manera tenemos claro cuál es el objetivo final, cuál es el costo y cómo puede lograrse causando el menor daño posible a la sociedad. Acá no solo se trata del cambio de un modelo político, según creen algunos, sino de cómo respetar la sociedad colombiana tal y como se ha ido forjando y existiendo, y cómo lograr que alcance mejores formas de vida, que no necesariamente los liberales hayan diseñado.

El pueblo colombiano no es perezoso, concibe su trabajo como un destino irreversible, tiene una idea de progreso y de avance centrada solamente en la educación clásica, pero está mal preparado para la especialización, para trabajar en conjunto y crear consensos rápidamente. Por todos estos aspectos que se han ido añadiendo a su idiosincrasia, pretender que la sociedad colombiana se comporte conforme a las nuevas ideas, mágicamente, sin ningún aliciente o transición gradual, ha sido un error de las élites y de los grupos que se suponen voceros de esos cambios. En este contexto, puede decirse que tenía hábitos democráticos desde hacía mucho tiempo, y se sabe que no había gente inmensamente rica, ni que dominase con arbitrariedad las aldeas. Sin embargo, se ha creído que se trató de un estado de gamonales y de opresores, a pesar de no tener una tradición autoritaria, y que debe extirparse ese cáncer. Así, por no conocer ese pasado y minimizar la manera en que la sociedad se adaptó hasta el presente, se ha creado una serie de mitos que nosotros mismos nos encargamos de creer y no de discutir. No obstante, a mi juicio, ha llegado la hora de empezar a revisar esos principios y cimientos sobre los cuales Colombia nació, para ver qué puede o está en trance de lograrse y qué puede resultar mal. En principio, habría que ver el problema de las aspiraciones, que aunque parecen intangibles de todos modos son los motores secretos del cambio social.

# Una población analfabeta pero dada a las habladurías

Igual que en su España nativa, una proporción grande de la población morisca sabía leer y escribir, en razón de los oficios contables y de la experiencia comercial a la que esa población estuvo abocada durante siglos. Sin embargo, como una de las huellas o marcas de su conversión, muchas familias moriscas no les enseñaron a leer y a escribir a sus hijos para no comprometerlos, porque precisamente como analfabetas tenían menos riesgos de leer cosas equivocadas o de meterse en problemas; y considerando que ya en el siglo xv fue inventada la imprenta, muchas de las familias que llegaron corrían el riesgo de leer libros prohibidos, libros del Índice. Por esas razones, al llegar a América los hijos, nietos o bisnietos de antiguos letrados llegaron siendo analfabetas, y esa condición los afincaba más en la fe católica y los ponía menos en riesgo.

No obstante y como huella de la cultura oral de la que eran herederos, eran individuos dados a la buena memoria y a las habladurías, a estar muy pendientes y ser muy observadores de las reacciones y de los comportamientos de sus semejantes, fueran ellos superiores o inferiores. De manera particular, por supuesto, estaban muy pendientes de lo que podía ofender a sus superiores, del uso de apodos, de ironías, y de una serie de expresiones quizá soeces, como la expresión *carajo*, por ejemplo, que se acuñó y adquirió una importancia enorme entre la población colombiana, y que como se sabe, originariamente correspondería a una denominación del pene, pero en medio de la jerga de los recién venidos y de los indianos perdió esa significación, que se convirtió en una simple expresión de interés o de molestia.

Como lo muestran Patiño Roselli y Jaime Bernal en la obra a la que me he referido antes, las condiciones particulares de la vida oral fueron muy ricas en la Colonia a pesar del carácter analfabeta de la mayor parte de la población. Por supuesto, los clérigos sabían leer y escribir, pero ellos estaban curados en salud en cuanto que no solían leer libros prohibidos y hacían un acercamiento discreto a cualquier saber que fuera considerado problemático. Los indianos, en cambio, eran muy dados a las historias, a la fantasía y a muchas supersticiones. Precisamente en las noches, durante el tiempo de descanso o en los domingos, los contadores de historias eran no solo frecuentes, sino el centro de las actividades públicas, de ahí que muchos adquirieran renombre aprendiendo estas historias y narrándolas de un pueblo en otro. Además, servían mucho para los arrieros y la gente que tenía una vida migrante, de negocios y de

movimientos en muchos lugares, para poder producir ese encantamiento, ese hechizo, quizá esa buena recepción que estaban buscando.

Es así como la mentalidad de los indianos establecidos en lo que iba a ser el territorio colombiano estaba muy llena de fantasmagoría, de historias, de habladurías, de chismes, de recuerdos. Se cree que entre nosotros el chisme solo tiene un carácter denigratorio, pero muchas veces no es así. El chisme es una forma de dar cuenta de la vida de los otros o de tenerlos en cuenta; no necesariamente es algo perverso, si bien a veces puede llegar a serlo por supuesto, pero en la mayoría de los casos se trata solo del registro minucioso que hace la población de movimientos y de particularidades de otras personas, de ahí que acompañen con tanto vigor y tanta gracia la vida de los habitantes, y mucho más en unas aldeas en donde casi no sucedía nada nuevo. Estas anécdotas, historias y recuerdos, así como el culto de la exageración, están muy ligados a la vida de estos analfabetos, que comprendieron el 95 por ciento de la población hasta finales del siglo XIX.

# El problema de la visibilidad del individuo y de su estirpe

En esta sociedad que estoy describiendo y que se desarrolló de un modo tan paradójal, lo importante era el conjunto, la colectividad como tal, pero los individuos no tenían una significación muy importante. La razón de esto es muy sencilla y es que lo que quería hacerse perdurar, establecerse, como sucede en general con cualquier sociedad conservadora, era el conjunto social y no el individuo.

Las marcas de la individualidad por supuesto existen, aunque no dejan una huella muy profunda en los primeros 300 años de la vida colombiana. Es así como las condiciones políticas, sociales y económicas que caracterizaban la forja de los individuos eran muy similares entre sí; no había muchas profesiones, nadie podía distinguirse de modo muy especial, más que dentro de su círculo familiar o allegados. Los únicos individuos importantes habían sido nombrados por las autoridades imperiales españolas, y eran ellos los que merecían recordación, con todos sus nombres y sus apellidos, con sus vestidos especiales, con su comportamiento quizá prosopopéyico. Todos esos individuos vivían en el contexto de una individualidad muy marcada y particular, eran varones ilustres, como los definía el Colegio Mayor del Rosario en los primeros siglos.

El resto de la población no era ilustre y su individualidad era un poco impostada, parcial, artificial, no porque no tuviera valor en sí misma o no fuera incluso digna de ser reconocida, sino porque ese valor estaba recluido al círculo familiar. Esa débil individualidad marca, entonces, un espíritu colectivo que —como ya lo he mencionado en otro capítulo— conlleva con mucha frecuencia la insignificancia de los particulares. Solo era distinguido tal o cual sujeto como hijo de aquella señora muy prominente, o de aquel abogado muy importante, o como nieto de algún prócer o personaje que ha realizado un acto de hidalguía.

Debido a los problemas morales y religiosos que enfrenta la sociedad en su conjunto, y a la vigilancia a la que esta es sometida especialmente por parte de las autoridades religiosas, la humildad, la tendencia a ser tratado toda la vida como un joven o como un adolescente, la idea de que puede y suele fallar, y de que debe pedir perdón o arrepentirse por sus pecados e inequidades, son ideas que calan profundamente en las sociedades colombianas. Esto es así sobre todo en la región Andina, donde hay un comportamiento distinto que merece ser estudiado en el marco

del mundo Caribe y es que en la costa norte colombiana —de manera similar también en Cuba, Puerto Rico y Venezuela— los individuos son mucho más ricos, fuertes y definidos, y están bastante caracterizados, al menos lingüísticamente; son muy dueños de sí, de su habla, de su manera de entonar y de nombrar, de establecer su propio sello en las sociedades.

Efectivamente, hay una nación del interior propia de los habitantes establecidos en la zona Andina, en donde la discreción y el temor suelen producir comportamientos cercanos a la insignificancia, o por lo menos una individualidad. En el marco del Caribe, en cambio, esta es un poco más fuerte y destacable, rasgo que se ha manifestado de diversas maneras incluyendo el escenario de la literatura desde el siglo XVI hasta nuestros días. Pero estos individuos tan particulares del mundo caribeño probablemente sean producto de una sociedad exogámica —las caribeñas suelen ser casi poligámicas y exogámicas—, que es la diferencia principal con respecto a las sociedades del interior, que son endogámicas. Este hecho tiene consecuencias muy importantes.

El mestizaje racial con los negros resulta mucho más intenso, e incluso con los indígenas en la costa Caribe, debido a que los que llegaron a habitar estos lugares a partir del siglo XVII fueron descendientes de moriscos, personas que venían de la costa sur de Andalucía, huyendo de la persecución y en condiciones parecidas a las que predominaban, por lo menos un siglo antes, cuando habían migrado desde España; pero con una confianza en sí mismos mucho mayor, con una cultura más dueña de sí, más desparpajada y con la certidumbre de que la persecución iba a ser menor, cosa que sus antecesores no tenían.

Por eso estas dos oleadas, la primera que pobló en su mayoría la región Andina, y la segunda que pobló la costa Caribe, tan diferenciadas hoy que parecen dos naciones distintas, se han terminado uniendo en virtud de una serie de pruritos contemporáneos y de problemas característicos de las sociedades actuales; pero durante siglos estuvieron separadas, no solo por el entorno y sus costumbres sino también por sus valores, por los ejes mismos en los que la cultura se sitúa.

La visibilidad del individuo y su estirpe es distinta según la zona o región que se considere. En la zona andina, es discreta y su estirpe procura seguir la misma tendencia: si su padre era carpintero él será carpintero, las hijas tendrán comportamientos similares a los de la madre, cuyos valores y pautas de crianza serán inculcados desde la temprana infancia con un rigor que se ve muy claramente reflejado en las novelas de Tomás Carrasquilla, José Gutiérrez, Tomás Rueda Vargas y otros autores que retratan cuadros familiares muy conservadores, de sociedades cerradas, en

donde los hijos imitan a los padres de un modo riguroso o al menos los respetan con un temor reverencial.

No es el caso de las sociedades caribeñas, en donde la exogamia y la ausencia del padre en muchos casos, la condición de medio hermanos con sus familiares o el tener una familia muy extensa y dispersa, originaban más bien un espíritu aventurero, vagabundo y a veces desarraigado en los jóvenes caribeños, que buscaban destino no solo en tierras colombianas, sino en todo el Caribe; incluso algunos de ellos fueron los primeros en hacer descubrimientos de otras tierras, de otros mundos y otras lenguas. Entonces, la visibilidad de estos individuos resultaba extraordinaria y su estirpe muy polifacética. Así se fue tejiendo, de manera aparentemente inconsciente y silenciosa, una nacionalidad contradictoria, y cuando ya nos encontramos con las realidades definidas nadie sabía cómo habían llegado hasta ahí, cómo se habían configurado. Y parecía superfluo averiguar semejante cosa. Todavía hoy algunas personas consideraran que este libro, en virtud de su temática, es también superfluo.

# Logran más los que mejor hablan

Efectivamente, las habilidades retóricas son la clave del desarrollo de esta sociedad. Incluso antes de migrar de España, hablar bien quiere decir, hablar sin mayores errores, sin tener que avergonzarse de lo dicho, pero sobre todo hablar con moderación, escogiendo las palabras, pensando en las implicaciones que una determinada manera de dirigirse, de actuar o de hablar pueda tener en la vida social. Todo eso hace a los individuos muy prevenidos. Todavía hoy algunos extranjeros se refieren a los colombianos como personas muy prevenidas, y si bien para algunos de ellos es un defecto, para otros es una virtud. Prevenidas quiere decir, sofisticadas, dadas a entender y adaptarse a varias situaciones; en un sentido, hipócritas, en otro, simplemente adaptables. Aún se muestra cierta mezquindad en la manera de actuar de los bogotanos de estirpe respecto a la gente provinciana y al espíritu rural, a quienes se juzga en ocasiones con gran fiereza, sobre todo por su manera de expresarse. Este rechazo social se percibe además en la costumbre de tildar de montañeros, arcaicos o como personas de baja estofa a quienes hablan de un modo desparpajado e incorrecto.

Decir que el habla marca las clases sociales quizá sea un poco exagerado, aunque la verdad es que algunas personas con poco dinero o que tienen un origen humilde, pero que hablan de un modo destacable, reciben reconocimiento; en cambio otras, a pesar de que puedan tener dinero, si hablan de manera desfachatada son objeto de sanción social. Aunque esa manera de proceder ha ido disminuyendo en los últimos 10 o 15 años, hasta los años 80 del siglo xx las clases sociales estaban marcadas en Colombia por la forma de hablar. Se trata de un rasgo que no es exclusivo de la idiosincrasia colombiana, pues se presenta en muchas sociedades. En Inglaterra, por ejemplo, se da de manera muy intensa. Por su parte, en Francia los habitantes de la capital que han pertenecido a universidades, que han estado relacionados con otras lenguas, con una cultura amplia y cosmopolita, suelen adoptar jergas y hablas que les son propias, y discriminar a los que no las usan o lo hacen mal. Algo similar sucedió en la Santafé del siglo xvii, donde muchos santafereños sabían *latines* —como se decía en ese tiempo—, es decir, etimologías, algunas palabras o expresiones latinas, y donde incluso algunos sabían algo de griego de viejos libros y habían leído una cosa u otra. Allí, sumado esto al hecho de que la mayoría de la población era analfabeta, el uso de esas retóricas era intimidatorio, pues producía una sensación de vergüenza y de exclusión en quienes no

conocían estas variantes y expresiones.

La vigilancia lingüística estaba muy vinculada a ser alguien en la vida, y ese ser alguien implicaba lograr más. Los que mejor hablaban obtenían más rápido o de manera más contundente los reconocimientos. Los títulos, por ejemplo, incluso la forma de apropiarse de una tierra que no es de alguien, es algo que puede hacerse por vía lingüística, especialmente a través de las habilidades legales y conocimientos jurídicos. No en vano la profesión de abogado tuvo desde el comienzo de la nación una importancia central; primero porque los abogados eran capaces de leer los códigos, los tratados, las cédulas y las leyes, segundo porque se contagiaban de ese lenguaje y de esa prosopopeya, tercero porque con ese conocimiento intimidaban a los demás cuando era preciso, y cuarto porque eran capaces de redactar y llevar a efecto documentos de orden legal, que los demás no sabían o no podían redactar y en los que una persona sin la debida instrucción resultaba claramente desfavorecida.

En todo caso, la habilidad retórica siempre fue un distintivo de la nación colombiana, debido a la débil individualidad de la que hablaba hace un momento, pues los que podían expresarse y los que lo hacían de manera destacada o reconocible obtenían méritos y reconocimientos, ya sea de un modo lícito o ilícito, y se apropiaban de tierras, de beneficios, de conocimientos y de posibilidades que los demás no sabían o no podían hacer suyos.

El prestigio de viajar fue muy importante desde el comienzo, pero hay que tener en cuenta que los viajes eran muy difíciles de realizar y que la salud e integridad estaban en juego incluso con pequeños viajes de cien o doscientos kilómetros. Entonces, era muy recurrente que algunos, a través de su retórica y de su habla, alardearan de haber realizado viajes y proezas que en verdad no habían hecho, pero debido a la forma en que lo hacían saber a los demás, les creían a pie juntillas. Por todas esas razones, el prestigio de hablar bien se conservó hasta el siglo xx y fue la marca de la forja de las élites colombianas, que al comienzo apenas tenían sus tierras —que no valían mucho— y que empezaron a adquirir o a atesorar grandes riquezas, especialmente mercancías costosas traídas del exterior o títulos, magistraturas, privilegios y cargos o encargos de gran valía y de alto reconocimiento. Este hecho se traducía en tener una buena casa o una buena hacienda, en hacerla o pulirla de manera que fuese espaciosa y cómoda, y de vez en cuando nutrida de algunas pequeñas joyas o mercancías estimables, como vajillas costosas, cubiertos de plata, trajes y telas traídas de lugares distantes; en fin, todo lo que el río pudiera proveer.

Antes de que las transacciones fueran en metálico y antes de que se generalizase el

uso de la moneda en la población colombiana, el trueque, junto con la habilidad lingüística y la fuerza retórica, permitían hacer buenos o malos negocios. En consecuencia, los que sabían hablar podían hacer más negocios y obtener más beneficios, propios de su astucia. En cambio, los crédulos e inexpertos eran esquilados fácilmente o timados por sus contrapartes.

Por tanto, los delitos de extorsión y de estafa fueron muy corrientes desde el comienzo. Además, el mundo secreto y mal visto por los clérigos, pero muy activo, de las apuestas también estaba mediado por esta condición retórica. Así, puede decirse que las élites colombianas son hijas de los que mejor hablaron, de los que como en la España musulmana, poseían *al-Adab*, que quiere decir “elocuencia”, y esa condición les permitía llegar a todas partes, moverse con habilidad y salir de aprietos y de complicaciones en poco tiempo.

# Hay que vestir bien

Además del hecho de hablar bien, como dije antes, se tenía que estar limpio, bien dispuesto y vestir de modo adecuado. En la sociedad colombiana nunca hubo una cultura de lujo muy explícita, excepto hasta tiempos muy recientes. En general, hasta los más ricos vestían con telas de tratamientos muy modestos. De todas maneras, el uso de parafernalia o de trajes especiales, la tendencia sobre todo en las zonas andinas del uso del negro, con cuellos blancos, con contrastes fuertes, con un vestuario y unos accesorios, eran vistas como algo muy importante. A mi juicio, en la mayor parte de los casos muchas conversaciones, citas y reuniones públicas se hacían solo para que los distantes vecinos, o los relacionados, observasen que el marido o la esposa tenían un buen traje, estaban muy limpios y bien arreglados, que habían llegado a misa, a una reunión o a una celebración importante con sus galas mayores.

A pesar de ser una sociedad campesina y aldeana, y precisamente por eso, era muy importante cómo estaba vestido cada uno. Todavía hoy, Colombia es uno de los pocos países del mundo en donde la gente tiene más ropa, aunque no la use o no sea de buena calidad; la obsesión por comprarse una prenda y otra es incluso maniaca en algunos casos, y obsesiva hasta en las gentes más pobres. Efectivamente, se trataba de gentes, no de ciudadanos de calidad; pero si estaban bien vestidos y limpios entonces sí se podía ver recato y decoro en su manera de actuar. Así, si se habían caído del caballo se limpiaban rápidamente, o si habían mojado su ropa por un aguacero eran capaces de componerse en corto tiempo y no se les veían en público en esa condición de ridículo, ya que esos individuos estaban a salvo de los comentarios y de las malas lenguas, cosa que no pasaba con casi nadie.

Pero hay, por otro lado, una consideración fundamental y es que además del vestido y de los accesorios, que resultaban importantes, hasta el siglo XIX había otros aditamentos con los cuales se mostraba dignidad o riqueza. Aunque la ostentación de la riqueza era mal vista, de todos modos mostrar algo que se posee de vez en cuando, cuidarlo con celo e incluso esconderlo en la casa era algo muy corriente. Las mujeres sobre todo conocían de escondrijos, de pequeñas cajas fuertes y de sitios secretos en las casas, en donde no solo se guardaban las joyas sino elementos valiosos de los cuales podía incluso depender la vida de los habitantes; esconder después monedas o riquezas de otro tipo, joyas mayores, cubiertos finos, entre otros objetos, fue algo que

se volvió corriente a partir del siglo XVIII, cuando empezaron a llegar a América objetos considerados de gran valor.

Pero el vestido, la tradición semítica de vestir bien, viene de muchos siglos antes, se conecta con el pasado morisco y judaico, pueblos ambos muy dados a la ostentación, especialmente los días de fiesta, en los ratos desvinculados del trabajo y en el ocio, donde aprovechaban para hacer pública exhibición de sus pequeñas fortunas. En muchas ocasiones, hasta los curas, sacerdotes, obispos y autoridades eclesiásticas, que solían ser muy vigilantes y a veces muy severos con quienes mostraban su riqueza, sobre todo por el riesgo que corrían de que otros intentasen quitársela, rompían el protocolo y lucían su boato con desparpajo y desfachatez.

# Los tonos de la piel y el lavado de la sangre

Aunque sobre este asunto resulte muy problemático hablar, y algunos incluso pretendan que semejante variable no puede medirse, todas las sociedades americanas han experimentado algún tipo de blanqueamiento, proceso que no es solo físico y material, sino que tiene que ver con los valores y los comportamientos propios de los habitantes de la Península. Eso se ha manifestado con gran intensidad en la sociedad norteamericana, por ejemplo, entre los WASP (White Anglo-Saxon Protestan), y también tuvo su importante apego y acervo en las sociedades hispánicas, en todas las poblaciones que se derivaban del imperio y de sus administraciones, y aun dentro de la misma España.

El blanqueamiento se puede definir como un proceso en el cual generaciones futuras intentan un acercamiento con la fisionomía, los valores y los comportamientos de sus ancestros más ilustres y con mayor reconocimiento. Ha sido un problema que ha tenido un valor inconsciente en la sociedad colombiana. Por blanqueamiento quiero decir, de cercanía a bien nacido blanco, de sangre limpia, que no tenga nada que ocultar o de lo cual avergonzarse. Por lo menos el 98 por ciento de la población no corresponde con ese modelo. Entonces, desde el comienzo mismo del establecimiento de estos colonos en América, se han practicado esas formas de aproximaciones conscientes o inconscientes hacia ese modelo de vida. Es obvio que la mezcla de sangre se ve como algo negativo, pero también como una realidad inevitable, de ahí que el blanqueamiento sea una especie de tendencia cultural por la cual se aproximan a esos valores, si bien solo de un modo ficticio o parcial y nunca se obtiene un blanqueamiento pleno o absoluto.

Los tonos de la piel, la forma del pelo y de la cara, ser velludo, ser barbado en los hombres, tener una piel de porcelana en las mujeres, tener rasgos que recuerden ese origen más germánico o más visigótico, tener los ojos claros, el pelo rubio, entre otros aspectos, es solo una parte del problema que quiero plantear. Efectivamente, en la sociedad colombiana hay una adoración por la piel blanca, el pelo rubio y los ojos claros, o por lo menos a acercarse o tener contacto con individuos de esta condición — a veces solamente hablar o estar de ellos—, que se convierten como en imanes de la sociedad y reúnen mucha gente a su alrededor exaltando su belleza y su condición.

Pero no me refiero solo al problema de la piel blanca y los ojos claros; el tono de la

piel tiene que ver con la dosis inconsciente de contaminación como producto del mestizaje de la sangre, y eventualmente de retroceso cultural. Ese proceso suele ser más importante, porque efectivamente en la sociedad colombiana el pelo claro y la piel blanca son escasos; el lavado de la sangre sería, entonces, la búsqueda de lo que antaño se llamaba un buen casamiento, un buen partido, alguien que pudiese garantizar a las mujeres una vida cómoda, pero al mismo tiempo una descendencia de la cual sentirse orgullosa y con la cual presumir, o por lo menos en el apellido, en la estirpe, motivos de orgullo.

Varias cosas marcan la pauta de este blanqueamiento: tener una elevada estatura, un cierto talante, un tono muy cercano a los de las viejas estampas, personajes ilustres de la Colonia o de la Conquista; parecerse a individuos muy hispánicos, muy blancos, muy europeos; actuar, hablar, comportarse conforme a esos valores sin usar incluso los aditamentos; poseer los recursos, méritos y blasones que esas familias solían tener. Para una sociedad como la colombiana, estos aspectos representan una quimera y prácticamente nadie o muy pocos han podido vincularse con semejantes prosapias ilustres. Satisfacciones vicarias y menores en el lavado de sangre, siempre fueron una marca de la sociedad. En virtud de la rígida endogamia, los blancos se casaban con blancos o con personas que recordasen a su estirpe, ya sea por sus maneras, por su forma de hablar o porque tuviesen algo que ver que se reflejara genética y espiritualmente. Por otro lado, el lavado de sangre tiene que ver con el atractivo sexual y personal, especialmente de mujeres jóvenes. En la mujer esto se ve, por ejemplo, en la medida en que a partir de finales del siglo XVII empieza a escoger a sus pretendientes o a elegir de entre ellos al que le parece más adecuado, incluso hasta para aventuras eróticas subrepticias fuera del matrimonio o de la conveniencia familiar.

Todos esos elementos constituyen el imaginario social del romance y de la historia de amor de epopeya de los amantes, en virtud del hecho de presumir que están destinados el uno para el otro. Esa manera de proceder, aunque no era muy corriente en la Colombia de los tiempos coloniales, empezó a llegar a finales del siglo XVII y a hacerse más corriente en el siglo XVIII. Ya para el siglo XIX, aunque existía todavía la vigilancia de las familias, la idea de que un hombre y una mujer debían escoger libremente a su pareja, y especialmente el que habría de ser el padre o la madre de sus hijos, se volvió un mandato, algo imposible de solventar. Todavía algunas familias ultraconservadoras y algunas personas dóciles dentro de ellas aceptaban una imposición, hasta mediados del siglo XX, de un marido o de una esposa, pero no era la tónica corriente de los matrimonios. Por el contrario, había una complicada y sutil

herramienta de oferta de lavado de sangre por la cual, como he dicho, la mayor estatura era preferible a la menor, los rasgos europeos a los rasgos indios o negroides, aunque nunca se logró hacer un tratamiento sistemático ni completo de semejantes variables.

También estaba el caso, como lo he comentado ya en este estudio, de personas con rasgos no muy favorecedores, pero con una retórica y comportamiento sofisticados que les permitía obtener privilegios, como matrimonios ventajosos o herencias que lavaban su condición. La mayoría de los criollos se consideraban bien nacidos y procuraban para sus hijos que sus matrimonios fueran con personas de ese círculo, pero no siempre se podía lograr dicho deseo. El tratamiento de los hijos espurios, de la barraganería, de las relaciones extramatrimoniales, de la prostitución, etc., ha tenido una gran influencia en la vida colombiana a través de los siglos, solo que hasta antes de la urbanización ese proceso era de muy baja escala y más o menos conocido por las autoridades eclesiásticas. Sin embargo, con la urbanización se volvió algo anónimo, imposible de determinar, y las sanciones sociales que podía acarrear disminuyeron, si bien no han desaparecido del todo; pero semejante imaginario no existe y no obstante modeló en alguna forma la sociedad colombiana hasta hace poco tiempo. Por eso lo menciono aquí, porque sigue existiendo una propensión bastante marcada al lavado de sangre en tiempos recientes, que se ha manifestado a través de los matrimonios de extranjeros con colombianos y especialmente de hombres extranjeros con mujeres colombianas; son matrimonios muy frecuentes y que suelen funcionar muy bien en virtud de la mutua buena disposición y de los extranjeros, quienes encuentran a las mujeres colombianas muy cariñosas y atractivas, mientras que las mujeres colombianas consideran que el matrimonio con un extranjero eleva su estatus o las pone en una condición privilegiada.

Aunque no se habla mucho del tema y algunas personas con las que yo he conversado de este asunto lo han desestimado diciendo que eso no tiene importancia alguna, lo cierto es que por lo que uno puede ver, no es así y que sí es muy importante y tiene consecuencias trascendentales en la vida de la nación. Por ejemplo, tener un apellido extranjero, más o menos europeo o germánico, ayuda a moverse en muchos círculos sociales de primer nivel; tener estatura y facciones cercanas a las de los extranjeros, ayuda a los hijos o a los jóvenes a superar muchas dificultades personales, como conseguir un buen trabajo; tener amigos extranjeros, hablar lenguas extranjeras con fluidez, moverse en círculos donde más o menos la educación y los valores internacionales están muy presentes, son condiciones que ponen a los individuos casi en las élites. Igualmente, estudiar en universidades extranjeras, en donde de alguna forma también se lavase la sangre, siempre ha sido bien recibido y a pesar de que el

reconocimiento era muy grande hasta hace unos años, es claro que ha disminuido un poco.

En general, el conjunto de cosas que son bien vistas expresa las aspiraciones de la sociedad; y la sociedad colombiana aspira a lavar la sangre en todos los órdenes. Por eso el hablar solo español, frente a los que hablan inglés, francés y eventualmente otros idiomas, es una forma de estar lisiado socialmente; el defender solo los arquetipos de lo hispánico y no diversificarlos se ve como una forma de ser arcaico, ultraconservador, mojigato. Por el contrario, el hecho suscribir ideas que están en las vanguardias internacionales, de música extranjera, o de libros que se publican y tienen éxito en el mundo entero, ha sido siempre objeto de un fuerte reconocimiento por parte de la sociedad colombiana; así solo sea pura presunción y fanfarronería, tiene un efecto visible en la sociedad y cala en toda la pirámide social hasta los puntos más destacados. El hablar de estos temas y hacerlo de modo tan explícito se ve como algo vergonzante y ofensivo para algunas personas que están muy interesadas en que se reconozcan estos valores, pero que no se noten demasiado o que se aprecie una deliberación muy alta sobre sí mismos.

Finalmente, y como lo he dicho desde el comienzo, se trata de un tema objeto de muchas polémicas. El lavado de sangre tiene que ver, en últimas, con lo que podemos llamar la aspiración fundamental de reconstitución de la nación. Por consiguiente, si se trata de una nación espuria y producto de un mestizaje mal llevado, o por lo menos mal asimilado, y su estirpe no tiene nada de especial o particular, el incremento de la visibilidad del individuo a través del lavado de sangre y los tonos de piel es una forma de ascenso totalmente lícita, y que complementa los esfuerzos de vestir bien, de ser limpio, de hablar correctamente, de ser visible y reconocible como individuo, y de otros muchos temas que ya han sido abordados acá.

# ¿Usted no sabe quién soy yo? ¿Quiénes son importantes en Colombia?

He abordado el tema de la individualidad y reconocido la problemática que resulta su forja en Colombia. Vale la pena hacer ahora un pequeño análisis de cómo se moldea en nuestro país la condición de importante o de reconocible, no solo de los individuos sino de las familias o de los grupos sociales. La vieja tradición hacía que fueran importantes, desde luego, los funcionarios del imperio y los clérigos, como autoridades civiles y eclesiásticas, obviamente más importantes en la medida en que tenían cargos más respetables y protagónicos, pero este no era el único criterio; la importancia se construía también a través del vestuario, de las maneras y del reconocimiento que otros otorgaban a un individuo, como en cualquier sociedad. Sin embargo, el problema de la provisionalidad colombiana, del que ya he hablado, supone que esa importancia no es para siempre; así que hay que estar renovando constantemente los factores que hacen a un individuo, y uno de los más importantes es la novedad, es decir, que lo que él hace o representa sea nuevo para la sociedad, atractivo, interesante, y abra algún cierto campo en el que semejante trascendencia sea reconocible.

En ese sentido, son cada vez más importantes los individuos que representan tendencias internacionales, que representan grandes valores, comportamientos o virtudes que son encomiadas en el mundo entero. Ese síndrome provinciano que caracteriza a la sociedad colombiana supone que uno no es importante por sí mismo, sino por qué es, qué ha logrado ser y qué tiene o qué representa. Para usar la analogía de Arthur Schopenhauer, uno aquí es distinguido no por lo que es, sino por lo que tiene y por lo que representa, lo cual si bien es característico de Colombia, también se da en muchas otras sociedades que tienden a mostrar un comportamiento similar.

La agudeza y la firmeza con que ese tipo de valores se presentan y descrestan —asombran— produciendo un efecto de hechizo, de satisfacción y de interés sobre unos individuos, se derivan, por ejemplo, de hablar fluidamente una lengua extranjera, de usar una ropa de vanguardia que normalmente no es la que se usa en un país como este, de tener comportamientos relativamente desafiantes sin darse mucha cuenta de ello, de usar peinados o accesorios muy atractivos o muy destacados en otros lugares, de portarse como élites de otras regiones o como personajes muy distinguidos; aunque sea

obvio, también es importante en Colombia aquel que por su discreción y su moderación parece ser objeto de una veneración pública, veneración que muchas veces es fingida, pero igual es objeto de cierto culto.

Por consiguiente, hay varios criterios que simultáneamente confluyen en la constitución de lo importante. La sociedad de talante conservador es reticente a algo demasiado vistoso o atrevido, pero al mismo tiempo admira en otros, en individuos distintos, semejantes virtudes. Es así como esa marea de vientos y de fuerzas contradictorias marca la pauta de una profunda evolución, en general, en una sociedad provinciana cerrada en sí misma, el “Tíbet suramericano”, como la llamaba Alvaro Gómez Hurtado, pues era muy dada a asombrarse por todo y por casi cualquier cosa. El tener capacidad para citar a muchos autores, estar siempre pendiente de los últimos acontecimientos y poder hablar de ellos con corrección, dar lecciones constantemente de innovación o de capacidad adaptativa, tener amigos y contactos que brinden una información muy fluida, son aspectos que confieren una trascendencia enorme en los individuos; y aunque esa trascendencia no va a durar mucho y necesita ser renovada, les da una respetabilidad muy alta.

Durante mucho tiempo, el título de Doctor, aunque no fuera otorgado por una universidad, fue una de las claves del reconocimiento en Colombia. Sin embargo, cuando muchos fueron llamados Doctores, semejante epíteto perdió importancia. Igual sucedió con los antiguos Bachilleres, cuando por algún pequeño mérito o solo por estar reunidos con personas de mayores virtudes, empezaron a ser llamados de otra manera. Pero eso no quiere decir que haya desaparecido como forma de reconocimiento. Durante los años de la Independencia mal digerida, como digo en otro capítulo, fueron importantes en Colombia aquellos que tenían pensamientos liberales, que habían leído libros que promulgaban ideas como la igualdad, la equidad, el derecho, el respeto, las instituciones democráticas, la idea de bienestar. Todos esos nuevos elementos fueron objeto de respetabilidad, pero al irse desgastando y poniendo en las manos del pueblo llano empezaron a perder relevancia.

Hoy en día, a comienzos del siglo XXI, son considerados importantes los individuos que realizan prácticas o incorporan en su vida costumbres propias de los extranjeros. Esta es la razón por la que, sobre todo en las grandes ciudades y más aún en Bogotá, la élite se dedica a fingir un tono o a darse aires extranjerizantes. Pero no solo eso, sino también a hablar mal de los viejos valores. Uno de los factores que constituye a las élites colombianas es que con los nuevos rasgos y hábitos idiosincrásicos se empiezan a derrumbar los viejos valores, hecho que no se ha dado con plenitud y eficacia, de ahí

que aún persistan. A mi juicio, el prurito de ser importante, de no pasar desapercibido y dejar alguna huella ha sido un elemento característico del pueblo colombiano, presente ya desde los colonos que vinieron con Rodrigo de Bastidas a fundar Santa Marta en 1525, y con Pedrarias Dávila a fundar Santa María la Antigua del Darién en 1510, hasta nuestros días más recientes.

# La religión y la religiosidad del pueblo

La distinción entre religión y religiosidad es muy importante, puesto que la religión remite a la asimilación interna que cada individuo hace de sus valores religiosos y de los comportamientos que de esa asimilación se derivan. La religiosidad, en cambio, se refiere a signos exteriores, es decir, lo que puede ser estudiado por la etnografía. En este sentido, es muy interesante hacer un análisis detallado de la arqueología de los primeros tres siglos, como ya lo he hecho en otro capítulo, para mostrar que la religiosidad que llegó a Colombia se ha ido modificando, desde los viejos valores de la Contrarreforma, hasta sus manifestaciones contemporáneas.

La religión, lo que podemos llamar lo inconsciente de la ética social y colectiva, por el contrario, sigue estando muy afincada en viejos valores de materia semítica, es decir, provenientes del modo en que los judíos de España o moriscos entendían su relación con Dios o la divinidad. Las religiones son definitivas en toda sociedad, tienen que ver con la concepción de la muerte, de la vida y con el sentido que esta representa, con la idea de pecado, de castigo o de recompensa que está implícita o explícita en la cultura. En otras palabras, ninguna sociedad le apuesta a no tener trascendencia alguna, y la nuestra ha tomado su forma de trascendencia de arcaicas concepciones monoteístas provenientes del judaísmo y del islam. En ese sentido, nuestra religión se cristianizó, aunque de manera indirecta e incompleta, y durante mucho tiempo su relación con la divinidad fue una relación abstracta donde Dios, omnisciente y omnipotente, vigilaba y conocía a todos los individuos y ellos no podían ocultarse ante sus ojos; él sabía cómo y por qué actuaban y si el reconocimiento que tenían del mundo exterior era bien o mal merecido.

Ahí está la base del comportamiento y de la eticidad del pueblo colombiano: la idea de que los demás piensen que somos buenas personas, aunque no lo somos del todo, y debamos temer que en algún momento quede al descubierto esa duplicidad de la que hemos sido objeto durante tanto tiempo. Por eso postulo que el pueblo colombiano se ha ido volviendo católico al cabo de los siglos y se ha ido percatando de que sus miserias, sus pequeñas metas no logradas, su tendencia a mentir y engañar, a obtener reconocimientos ilícitos, todo eso quedará de alguna manera como vestigio de un pasado vergonzante, y lo degrada o lo envilece, aunque en la religiosidad popular y en las manifestaciones exteriores del pueblo parezca perfectamente subsanado.

La sociedad colombiana es religiosa no solo en el sentido de la religiosidad exterior, en la que quizá otros pueblos sean más insistentes o grandilocuentes. No tiene grandes festividades religiosas, ni procesiones inmensas, es muy modesto con el culto al Sagrado Corazón de Jesús, las advocaciones de la Virgen aunque son muchas son objeto de adoración en algunos días del año, y aunque la Semana Santa de Popayán tiene reconocimiento internacional, la verdad es que solo es una parte de lo que se hace en Andalucía con la Virgen del Rocío. Es decir, la religiosidad no es el vínculo fundamental con Dios, ni con la religión para el pueblo colombiano, que solía cumplir con los preceptos de modo muy ferviente y ordenado, pero sin caer en la exageración.

En la ética social, en cambio, sí hay huellas bastante marcadas de la catolicidad, como resultado de los problemas que yo llamo ético-religiosos. Esa ética social planteó desde su origen el monoteísmo radical y la idea de que venimos de ideas y de familias equivocadas, dado que sus ritos no correspondían al origen hispánico occidental. Se trata de una religión cristiano-católica que no obstante conoció durante siglos el judaísmo y el islam.

# Leer, escribir y dejar impresa una huella: el prurito de una educación basada en adquirir prestigio

La historia de la educación en Colombia se deriva fundamentalmente de la imitación de los valores que en el pasado fueron considerados respetables, y donde dejar una huella en la sociedad era una de las cosas más importantes, como se ha tratado en otros capítulos. El prestigio se adquiría en la medida en que se podía responder frente a los jueces de una determinada actividad, con solvencia y lujo de detalles, ya sea oralmente o por escrito, frente a los desafíos que suponía no solo saber, sino actuar en los momentos decisivos. A este respecto, el pueblo colombiano no podía conformarse con el saber teórico o con la pura reflexión de naturaleza epistemológica sobre lo que sabía, sino que tenía que manifestarlo de modo explícito: así, por ejemplo, si era buen abogado debía hablar bien de las leyes y conocerlas con rigor, pero ganar los litigios; si era buen médico debía hablar con solvencia de lo que sabía, pero sus pacientes debían ser muchos y hablar bien de él o haberse recuperado de sus males gracias a sus consejos. Nuestra idiosincrasia, pues, exige que hay que probar constantemente quién es uno, y la sociedad es exigente a la hora de mostrar eso, de manera que un solo fracaso, sobre todo un fracaso público, puede sumir a un individuo en el ostracismo o en el aislamiento.

En ese sentido, la sociedad es mezquina y no concede prestigio más que a unos pocos individuos, porque la ética de la sociedad que es una ética igualadora, supone que cualquier persona promedio puede lograr ciertas cosas, o por lo menos alardea de lo que puede alcanzar; y otro que sea realmente destacable y especial, tiene que ir mucho más allá de lo que es capaz.

En muchos pueblos sucede, y el pueblo colombiano no es la excepción, que para poder destacarse hay que tener reconocimiento de fuentes exteriores y lejanas, de lo contrario la posibilidad de dejar una huella de larga duración se vuelve remota. Este rasgo se debe a que desconfiamos de nuestros propios criterios, al punto que esta actitud se ha convertido en uno de los baluartes del pueblo colombiano; pero además nos enorgullecemos de ser así, aunque ya se ha demostrado en otros casos que somos cándidos en no pocas materias.

Por tanto, la palabra escrita tiene gran prestigio, así como el ser un buen lector, pero

tienen que quedar huellas bien establecidas y tiene que haber reconocimiento por parte de autoridades para que a un individuo se le reconozca semejante mérito. Por eso las *Elegías de varones ilustres de Indias* que escribió Juan de Castellanos no le interesaban a nadie, porque era una obra que mostraba a la corona española con lujo de detalles, de hecho es el mayor poema de la lengua española, con más de ciento once mil versos, con los logros, muchos de ellos discretos o inventados, de los conquistadores en pleno siglo XVI. Juan de Castellanos debió vivir en un ambiente muy tedioso para escribir semejante libro. Y como ha demostrado William Ospina en *Las auroras de sangre*, las fuentes de validez de esas proezas son todas espurias, o por lo menos problemáticas; además, mezcla el dominio de lo puramente real —o de lo realista— con lo fantástico, dando por hechas cosas que apenas había conocido de oídas. Juan de Castellanos se parece mucho a los colombianos de nuestros días, a una persona que puede hablar durante horas, días y quizá años, sobre temas muy variados, pero a quien le resulta muy difícil y problemático presentar pruebas sobre lo que ha hecho y dicho. Alguien en quien se puede ver una huella muy cabal de esta manera de pensar y de actuar es el gran historiador y erudito Germán Arciniegas, que vivió con el siglo XX, es decir, nació en 1900 y murió en 1999. Escribió una gran cantidad de libros rehuyendo el aparato crítico y el acervo científico; pero libros llenos de anécdotas interesantes y de franco interés, como si la conversación oral o la cátedra de Germán Arciniegas hubiese sido transcrita por sus alumnos. En eso consiste este prurito, en una educación basada en cultivar dicho prestigio. Obviamente, la mayor parte de los colombianos no son como Germán Arciniegas, pero sí es el modelo de lo que se respetó durante por lo menos 400 años.

# Descrestar a como dé lugar

La expresión “descrestar” es parte del argot colombiano. Quiere decir deslumbrar, pero también quiere decir engañar. Es decir, el que descresta sabe que no posee las cualidades que dice tener. Así, el hecho de mostrar la propia astucia lleva al individuo a alturas mayores de las que él mismo cree merecer y hace que una buena parte de las relaciones sociales se planteen sobre un territorio fingido. Pero quien obra de esa manera sabe que es mentira, sabe que es una invención y una postura. Por su parte, los demás dados también a no creer en esa impostura, si bien saben que es falso no tienen idea hasta dónde.

Descrestar a como dé lugar se ha convertido, tal vez hasta la misma fundación de la nación, en especial en el siglo XVII, en uno de los principales postulados de la colombianidad. Ese esfuerzo inveterado y constante por poner en la mente de otros una cierta exageración de lo propio, una dimensión inflada de lo que cada uno de nosotros es, hace y puede hacer, constituye una presunción colectiva que nos lleva más allá de nuestros auténticos límites y hace que una medición precisa sea siempre algo indeseado y sospechoso. Tener claro exactamente qué somos y cuánto sabemos parece no interesarle a nadie. Y así, al vivir en medio de esa exageración que nos permitimos unos a otros, creamos una sociedad en cierta medida ficticia.

Con mucha frecuencia los extranjeros, muy rigurosos y muy realistas, especialmente aquellos que hacen viajes y comparan las naciones, se dan cuenta de que tanto en los aspectos favorables como desfavorables, o positivos y negativos, inflamamos los datos y las cifras o las usamos de un modo adaptativo: para decir lo que queremos decir, incluso con el fin de forzar ciertas variables para validar nuestras hipótesis, incluyendo las que este libro defiende.

# La suerte y la fatalidad

Como además de una historia lo que importa en realidad es una antropología y una psicología de la nación colombiana, juegan un papel muy importante el azar, la fatalidad y la suerte. La idea de suerte que tiene el pueblo colombiano se refiere esencialmente a lo inmerecido, es decir, tanto al bien como al mal que circunstancias inefables e intratables hacen sobrevenir en el individuo. El azar y la fatalidad han sido de gran valor en todos los pueblos y en todas las épocas de la humanidad. Para el pueblo colombiano, constituye uno de los ejes explicativos de su naturaleza constreñida y restringida; esto quiere decir que lo que pudo ser un determinado individuo no se dio completamente, sino de manera parcial, en virtud de fuerzas que lo contuvieron o lo desviaron de su rumbo. Según este esquema, no se llega a ser o a lo que se ha querido ser, de manera plena, sino a un puerto menor. Se trata de una estructura discente que aparece de manera repentina y reemplaza nuestras auténticas aspiraciones.

La sociedad colombiana es un pueblo de medios logros, de aspiraciones interrumpidas, de objetivos apenas realizados, un pueblo que habla de grandes logros y sin embargo solo alcanza una parte de ellos, incluso una parte ridículamente ínfima. No estoy diciendo que no haya podido resolver sus problemas esenciales. De hecho, en muchos aspectos el pueblo colombiano es uno de los que mejor se ha amoldado a su territorio en América; en términos de la supervivencia efectiva, ha logrado solucionar esos problemas con decoro y con suficiencia durante siglos, pero al ir más allá de la pura supervivencia, de la humilde casa, de la simple calle, del pequeño pueblo, de la aspiración local y particular, parece que no tuviera la fuerza ni la determinación suficientes para hacerlo y que no pudiera responder, ni como individuo ni como colectividad, al cumplimiento de altas metas.

Deja inconclusa la mayoría de sus iniciativas y las fases de un proyecto complejo hacen que se pierda en banalidades o que magnifique los obstáculos. Este rasgo corresponde en gran medida a la condición leguleya y al conocimiento de las leyes, porque siempre avista los obstáculos, las contradicciones y las cortapisas, las cuales sobredimensiona y con base en eso se justifica para no seguir adelante, para desistir, a veces de un modo muy fácil y artero, y en otras ocasiones en virtud de auténticas contradicciones que surgen en su camino. Pero ningún pueblo en la historia humana ha podido llegar a alguna meta sin dificultades.

Lo que sucede con el pueblo colombiano es que el dejar inconclusos los proyectos, el postergar los tiempos de realización de las metas y el procrastinar con respecto al ritmo con el cual se debería llevar adelante una determinada tarea y completarla, son aspectos que surgen como factores permanentes de desmotivación que hacen que los individuos que cumplen con sus metas sean vistos como seres extraños e intratables y sean dejados solos, y ese rigor extremo con el que se empeñan en sus propósitos es concebido como una forma de estupidez o de tozudez inaceptables. Por el contrario, retrasarse, procrastinar, no tomarse las leyes en serio, ser muy permisibles y complacientes con los demás y con uno mismo y caer en la condescendencia con respecto a cualquier tarea en la vida se ha convertido en un valor destacable y digno de encomio, hasta el punto de que la mayor parte de esas proezas de la pereza se ven como objetos de orgullo y suscitan risa y alegría entre los miembros de la comunidad colombiana.

Por supuesto que hay algunos pocos individuos que no tienen ese espíritu, pero andan solos o son más parecidos a algunos extranjeros que despiertan admiración, siempre y cuando se mantengan lejos; pero acá son personas indeseables, agresivas, ansiosas, es decir, se ven los aspectos negativos de su determinación y no los aspectos positivos.

Este aspecto me lleva a la conclusión más importante de este capítulo y es que el azar, la suerte y la necesidad están atados en las idiosincrasias colombianas a la realización parcial de las metas propuestas, y no a su realización completa; entonces, es la mala suerte o la magnificación del obstáculo lo que impidió llevar a cabo un determinado propósito, y no el individuo el que parecía carecer de la tenacidad y de la convicción necesarias para llevarlo completamente a cabo.

# Para una anatomía del concepto de riqueza en Colombia

En los diversos estudios sobre historia económica se ha visto que individuos y familias han sido los actores fundamentales de la construcción de la riqueza. La vocación inicial de la nación fue la minera, como lo fue en general en el Imperio español, porque las minas representaban una especie de milagro material y fuentes de riqueza efectiva, transportable y visible, que constituían su eje desde los comienzos mismos de las naciones hispánicas. Esta vocación que se había manifestado ya de manera cabal al forjarse el Imperio español, se evidenció también en América, donde regiones como Nueva Castilla y Nueva España, es decir, Perú y México, poseían grandes potosíes y minas de plata prácticamente inagotables. Las demás tierras, en cambio, quedaron relegadas y solo podían vivir de sus escasos recursos, y aunque la tierra firme en la que se había de constituir el Nuevo Reino de Granada y después el Virreinato de Granada prometió mucho al comienzo, todo resultó en frustración y desilusión.

Creo que la gente que habitó este territorio, es decir, nosotros mismos, somos el fruto de esa gran decepción, de un Dorado que no existía, de unas minas que solo daban el oro de los tontos, el oro en polvo del mazamorreo, de Marmato, de las minas de Santafé de Antioquia u otros pequeños lugares en donde era mucho el esfuerzo y poco el premio. Además de esa ilusión inicial también frustrada, teníamos solo un suelo que aunque era potencialmente rico, nunca fue explotado ni utilizado con el orden ni la sistematicidad necesarios para que se convirtiese en una fuente auténtica y permanente de riqueza, como sí lo es hoy el campo en Argentina y Brasil, como lo es el manejo de los viñedos en Chile y como lo fue la caña de azúcar en Centroamérica y las Antillas. Es cierto que Colombia ha tenido algo de esa riqueza, aunque muy poco; no ha explotado verdaderamente el café, ni la caña de azúcar, ni los productos que se han cultivado en agricultura extensiva, ni la palma africana y otros productos similares, porque estos son solo experimentos de alguna región en particular y no vocaciones nacionales.

Lo cierto es que el concepto de riqueza está fuertemente ligado a lo que se puede tener en las manos, cargar en unas mulas y llevar a otro lugar. La tierra en sí misma, aunque tenga valor, siempre es un valor secundario y relativo; a pesar de ser a veces muy generosa en los frutos que produce, no es el eje fundamental de la riqueza, ni en la construcción del concepto de riqueza en Colombia. La riqueza se deriva del lujo, muy

al estilo semítico. La posibilidad del derroche se da en gran medida de no tener que trabajar, de poder pasar largas temporadas libres de cualquier presión económica. La riqueza, entonces, está entre nosotros más por el lado de gastar que de producir, y en general la mayor parte del pueblo colombiano no tiene un espíritu de ahorro y de reinversión eficiente; además, con la gran desconfianza que siente hacia sus semejantes, no la arriesga con otros o en empresas colectivas, porque teme que ahí será esquilado. Por esas muchas razones no ha habido grandes corporaciones y la acumulación de la riqueza ha sido inevitable, en manos de unos pocos que tuvieron la audacia de actuar y de decidir en el momento preciso para hacerse a ellas. Sin embargo, esas riquezas siempre están escondidas y amenazadas, ya que suelen ser objeto no solo de envidia, sino de un odio inveterado por parte de aquellos que no la tuvieron ni fueron capaces de crearla, pero que fue tan necesaria y pertinente como, por ejemplo, en los Estados Unidos y en otros lugares, en donde ese modelo derivó en grandes fortunas y en un espíritu de autonomía muy eficaz, mientras que entre nosotros resultó apenas en experiencias frustrantes de supervivencia.

La empresa familiar está empezando a desaparecer, porque empiezan a desaparecer las familias, y esa fue la única forma de empresa más o menos pertinente que se ha tenido, aunque esta solo puede dar origen a mediana o pequeña empresa cuando más. Por su parte, el espíritu de riesgo y la actitud del Estado con respecto a servir de marco para que todas esas iniciativas privadas se realizasen simultáneamente con eficacia, ha sido algo muy pobre y contradictorio en la historia de Colombia, no solo como nación independiente sino desde antes, cuando era una colonia razonablemente próspera, pero sin la proyección internacional.

Finalmente, habría que decir que la anatomía del concepto de riqueza tiene que ver fundamentalmente con la posibilidad de conectar con asuntos de alto impacto y grandes negocios que se manejen fuera de las fronteras, puesto que la riqueza solo la vemos y la concebimos con los auténticos ricos, auténticos magnates del mundo, que son esencialmente los pueblos que derivaron de experiencias coloniales muy ambiciosas y exitosas, y que pudieron acompañar esas experiencias con el desarrollo de la ciencia y de la técnica. La riqueza, entonces, no está directamente relacionada con el conocimiento, y por tanto para nosotros todavía no es rico sino un individuo que es capaz de salir solo de los desafíos iniciales y convertirse en un gran magnate con independencia de sus semejantes, que solo sienten por él una mezcla de rencor y de recelo, y que se impone sobre ellos debido al carácter extraordinario de su audacia y al éxito inapelable de sus métodos y de sus propuestas.

Por ejemplo, la figura mítica del rico en Colombia no es Luis Carlos Sarmiento ni Julio Mario Santo domingo, sino Pablo Escobar y los magnates de las Farc, individuos que hicieron su fortuna inmensa, a pesar de la ley y de los controles que el resto de la sociedad ejercía, desafiando cualquier norma establecida e incluso cometiendo crímenes para alcanzar y consolidar su riqueza. Esta concepción se explica en parte no en el hecho de que sea imposible obtener riqueza de un modo honorable, sino porque cualquier riqueza lograda de esta manera está manchada y condenada a ser expropiada por los demás. En general, el pueblo colombiano no cree en la honradez a toda prueba, la considera sinónimo de miseria, de falta de imposición y determinación, y de relativa torpeza.

# Un hombre de bien

Para explicar algo tan complicado y aparentemente irascible como la colombianidad, es necesario recurrir de manera inevitable, como dice el psicólogo Rubén Ardila, a los roles sexuales y a la explicación de la forja del hombre y de la mujer colombianos, lo cual intentaré hacer según mi entender, por supuesto, como he hecho en el resto del libro. A este respecto, me parece muy útil insistir en el modelo de masculinidad y feminidad colombiano que hemos heredado de esa hispanidad morisca de cristianos nuevos.

Por un lado, el paradigma del eje masculino es el hombre de bien, que es un hombre que puede salir a la calle todos los días y ejercer sus actividades, y esas actividades han de ser siempre productivas; no perjudica ni se mete en los asuntos de los demás, pero cuida bastante de sus propios asuntos y es capaz de separarlos de los intereses colectivos, especialmente de aquellos que puedan comprometer su honra y honestidad. Se trata de una paradoja, pues he dicho que muchas de las cosas se logran por fuera de la ley; y entre nosotros la ley es un vigilante externo, heterónomo, como dicen los filósofos, un patrón que rige para algunos que no se atreven a pasar por encima suyo, o para otros quienes en principio sí lo harían pero no tienen la habilidad suficiente de violentarlo o burlarlo, al menos parcialmente. Por otro lado, la apariencia del hombre de bien debe ser la de alguien que no solo trabaja de manera honesta, se levanta temprano en la mañana y es pertinaz en sus propósitos, sino que además figura ante la sociedad como alguien respetable, digno de estima y de confianza.

Mantener esa duplicidad ha resultado muy problemático a través de la no muy larga historia de la nación colombiana, pero se ha podido hacer, asumiendo una condición de doble personalidad: así, por una parte, el hombre de bien es pulcro al hablar, es cortés, no grita, no se impone de un modo agresivo, pero por otra parte, cuando se trata de sus asuntos y de sus intereses más íntimos y profundos procede con extraordinaria decisión y con gran recelo, actúa para lograr lo que se ha propuesto y al mismo tiempo para producir en los demás la impresión de descrestar, de suscitar su admiración, de hacer algo nuevo o raro, de hacer lo que todos acostumbran hacer pero de una manera particular o propia y de ganarse unos cuantos puntos en virtud de su peculiar manera de realizar su trabajo. Todo eso es un hombre de bien. En otras palabras, no es un hombre bien solamente frente a otros hombres, sino frente a su mujer e hijos, quienes tienen que

tener la impresión de que esa manera de actuar es lícita, o que por lo menos debe ser tolerada, puesto que no hay manera de detenerla o subvertirla.

Ese hombre de bien es objeto de una particular tolerancia, porque a pesar de sí mismo obtiene un cierto éxito o reconocimiento; lo que quiero decir es que todo hombre de bien tiene una mácula, una mancha, algo sospechoso sobre sí, pero ese proceso no se abre públicamente hasta tanto no afecte de modo directo o se enfrente a otros hombres más poderosos. En este sentido, mantener la inocencia ha sido siempre una preocupación fundamental del hombre colombiano, y lograr un reconocimiento que no comprometa su nombre ni el de su familia, que lo lleve a ser un honrado cumplidor de su deber o alguien de quien no se puede demostrar de modo explícito que haya violentado más leyes de las que regularmente violentan los demás.

Por eso hay muchos códigos de moral, y el que más importancia tiene es aquel por el cual no se pasan de manera deliberada ni solitaria las fronteras, sino justo hasta cuando otros vayan más allá, e igualmente que no se violen las leyes, sino solo hasta cuando otros lo hagan. Según este código, se tiene además la posibilidad de excusarse siempre. Efectivamente, un hombre de bien es hábil para justificarse, para salir bien librado de cualquier embrollo, y si llega a salir mal librado lo hace con otros y esa culpabilidad compartida lo excusa o disminuye el peso de su responsabilidad personal.

Esa es una de las razones por las que los hombres de bien se mezclan con individuos que suelen ser de dudosa raigambre o de comportamiento semivenal, porque parece que no hubiera alternativas; en cambio, los que no son hombres de bien, los que han sido objeto de persecución abierta por parte de la sociedad, quedan totalmente aislados, disminuidos, y sin embargo actuando en la sombra: en los fondos de la sociedad parece que se regenerasen u obtuviesen al menos el prestigio de tener cierta riqueza mal habida.

En la Colombia contemporánea parece que el narcotráfico y las actividades ilegales que le son concomitantes fueran una novedad absoluta. Sin embargo, en la historia de la nación el contrabando, el abigeato y otros delitos menores siempre han existido, aunque estaban confinados a la periferia social de ciertos individuos sin nombre, o con un nombre provisional, que eran capaces de pasar de lugar en lugar sin ser descubiertos o perseguidos. La indiferencia colectiva, sumada a cierto temor por represalias, así como el pertenecer a esos bajos fondos sociales, por lo general se han tolerado, siempre y cuando las consecuencias sociales no se vean como funestas. En conclusión, lo que quiero decir es que el hombre de bien no practica el bien en sí sino el bien visible, el bien que conviene a su condición personal de reconocimiento, a su puesto en la

sociedad y al bienestar relativo que de esa manera de actuar pueda derivarse.

# Una mujer de su casa

A pesar de que hay una cantidad infinita de debates sobre el problema del machismo en Colombia, y no es hora de entrar a teorizar sobre la materia, lo que es particular es que aunque el machismo existe en muchos sentidos, se hace en medio de una sociedad matriarcal, con un poderoso rol femenino que adscribe a las mujeres jóvenes y en especial a las madres una legitimidad superior a la que rige en el resto de la sociedad. Y cuando hablaba en el capítulo anterior del hombre de bien, quien juzga si un hombre es de bien o no, es esencialmente su esposa, su madre, sus hermanas o las mujeres que están alrededor de él, y si ellas consideran que esa actividad es razonable, el sujeto se siente perfectamente situado y legitimado en su posición.

Una mujer de su casa es la que es capaz de separar el dominio privado de lo público, pero que hace el mayor y mejor uso posible del dominio privado, es decir, la que tiene influencia sobre los hombres y por tanto en el ámbito público, pero de manera indirecta. Habría que hacer un gran tratado de la condición matriarcal y aunque Colombia no es una sociedad matriarcal perfecta de todos modos la madre es la figura central de la vida social, es la que cría niños y niñas, pero además es la que con su hablar, con su actuar, con sus valores, influye más directamente en la forja de la sociedad misma. Como hemos dicho que esta sociedad se ha constituido de puertas para dentro, es decir, en donde lo íntimo, lo personal y lo emocional han sido más importantes que la racionalidad ejercida en público, puede señalarse que su acervo matriarcal se ha conservado hasta el presente, a pesar de los muchos cambios que en la actualidad ha tenido el rol público de la mujer, y por ente también sus actuaciones como madre y esposa, incluso como madre, hija y esposa, que serían las tres esferas en las que influye de manera más intensa.

¿Por qué es una sociedad matriarcal? Porque las decisiones más cruciales de la vida de todos los individuos, hombres o mujeres, se derivan fundamentalmente de los criterios femeninos, de sus valores, de la manera en que ellas habitualmente hacen las cosas. Por ejemplo, el hecho de que prime lo que es limpio, lo que está bien cuidado y bien ordenado sobre lo que está sucio o mal cuidado es una expresión claramente matriarcal. Igualmente, el hecho de que se establezcan valores centrados en una tradición conservadora y digna de aprecio es también una forma de preservar los valores y la riqueza existentes para que no se esfumen fácilmente. El hecho de que la

institución central de la vida colombiana sea el matrimonio monogámico, de que los hijos legítimos hereden de manera incontestable, de que la ley proteja a la mujer —a pesar de lo que algunos grupos feministas radicales han proclamado—, son elementos que considerados conjuntamente muestran una clara vocación matriarcal en las sociedades llamadas del interior, de la zona Andina; también existe un matriarcado caribeño, distinto un poco al del interior, pero que igualmente favorece una consideración matriarcal de la sociedad. En general, toda sociedad que es seminómada, en donde los hombres suelen ser nómadas o seminómadas, se defiende y preserva a través de una estructura matriarcal, esencialmente criando a niños y niñas con valores femeninos, o sea con valores que tienen que ver con la vida cotidiana y con su defensa como garantía mínima de supervivencia, como expresión de algo logrado, obtenido y plenamente defendible, mediante lo cual los eventos del futuro tendrán su escenario de manifestación.

Si la sociedad fuera patriarcal, como sucede en países como Ecuador, Perú o México, el ámbito de lo privado sería mínimo y magro, y el ámbito de lo público estaría maximizado, es decir, son mucho más importantes los monumentos, las avenidas, las grandes obras y los palacios, que las casas donde habitan las personas. En una sociedad matriarcal es al revés: el ámbito interno es el tesoro guardado y preservado, y los ámbitos públicos son de segunda importancia y están sometidos al desmaño y al abandono. Es claramente visible en la sociedad colombiana que lo privado prima sobre lo público, y los bienes y valores privados se preservan con un celo y con un rigor mucho mayor que los bienes públicos; por eso los acuerdos fundamentales, los grandes pactos y la solemnidad de la nación son para todos nosotros un canto a la bandera, algo sin valor y sin sentido; por eso el nacionalismo colombiano es tan frágil y contradictorio, mientras que en cambio la crianza, la vida interna, la vida psicológica, la constitución de un mundo interior y la vida emocional son tan arrebatadas y tan apasionadas.

La mujer de su casa es básicamente una persona que no da lugar a sospechas exteriores. Durante mucho tiempo era normal que su vida sexual no fuese pública, que tuviese ante sus vecinas un comportamiento intachable o al menos digno de respeto, y si no lo tenía que por lo menos lo fingiese de un modo respetable, es decir, que estuviese dentro de las reglas de lo respetable. Por eso la exhibición del propio cuerpo y la provocación sexual más o menos explícita han sido por mucho tiempo vistos como algo reprochable, no tanto por los hombres sino sobre todo por otras mujeres, en las que está muy claro que una manera desfachatada de actuar supone una especie de fin o de

claudicación de la sociedad. Eso podría explicar, al menos en parte, en la sociedad colombiana el hecho de que las playas nudistas, el *topless* y otras prácticas que son muy corrientes en las sociedades europeas o en Brasil, no se hayan presentado nunca entre nosotros. El pudor femenino no se refiere únicamente al cuerpo desnudo, sino en general a la posibilidad de desnudar o poner en público esa feminidad seductora que entre las poblaciones semitas se resguarda solo para el espacio íntimo. Una cosa es lo que la mujer es y hace de puertas para fuera, y otra perfectamente distinta lo que hace de puertas para dentro; una cosa es el ambiente donde se siente confiada y no vigilada y otra ese entorno en el cual se siente constreñida a actuar según normas explícitas de comportamiento.

Por todos esos aspectos, una mujer de su casa es alguien razonable, sensato, que no es dado a los despropósitos o a los excesos, al menos no en público, y que además sabe mantener la distancia con respecto a otras mujeres, que no intervienen en sus propios asuntos, sobre todo en asuntos personales que tienen que ver con su esposo, sus hijos y sus padres. Una mujer de su casa es, además, alguien con autonomía suficiente para construir un proyecto de largo plazo, y aunque este no se realice completamente se espera que pueda al menos cumplirlo de modo parcial, de lo contrario se sentiría profundamente fracasada. En este sentido, los hombres que giran alrededor de ella deben cooperar en la realización de esa meta, o ser el motor mismo, puesto que un hombre inútil, que no se proyecta en ninguna dirección explícita, inmediatamente es rechazado y dejado de lado.

La razón por la cual la mayoría de los matrimonios duraron toda la vida o mucho tiempo, hasta los años 50 o 60 del siglo XX, se debió a que esos hombres estaban tan firmemente comprometidos con los proyectos de las mujeres que los realizaban, o ayudaban a cumplirlos al menos parcialmente, los cuales estaban expresados no solo en el futuro y la proyección de los hijos, sino en la posibilidad de preservar unos bienes básicos que hicieran la vida confortable para las mujeres. Como lo señala Esther Vilar en sus muy polémicos libros, la mayor parte de las sociedades colombianas han usado el impulso y los roles masculinos como motor de preservación de los proyectos de las madres y de las abuelas. Esta condición explica también la pervivencia de la limpieza de sangre y del blanqueamiento del que he hablado en otros capítulos, que son proyectos y objetivos del rol femenino de la sociedad, porque tienen que ver con el futuro de la nación, con la forma que esta habrá de tomar cuando se hayan realizado la mayor parte de estos firmes propósitos.

# Los cafres y los crápulas

Desde el mismo comienzo y en virtud de la caracterización que he hecho de los hombres de bien, había un cierto grupo de personas, especialmente hombres, que se suponían al margen de la sociedad de modo deliberado. Es muy particular que se use el termino árabe *Kāfir*, que en español es “cafre”, para designarlos; se trata de personas que fingen cumplir de modo muy superficial la ley o por lo menos las buenas maneras, pero en determinado momento se desvían de manera intencionada y desafiante, y esa actitud es la que más molesta al conjunto de la sociedad.

Los cafres y los crápulas son aquellos que caen sistemáticamente en violaciones, que la sociedad tolera por un cierto tiempo, pero que cuando tiene los medios de vengarse de ellos o rechazarlos lo hace con una energía y una brutalidad abrumadoras: un cafre, un crápula, puede violar la ley una, dos veces, puede pasar por encima de los derechos de los demás sorprendiéndolos en la primera oportunidad o a veces en la segunda, pero en la tercera le espera una retaliación muy violenta. Un crápula es básicamente un sujeto que se ha dedicado, quizá de modo recurrente y sistemático, a abusar de alguien o a infringir una ley de manera abierta; aunque acusarlo explícitamente es mal visto, porque el individuo que lo hace está echado de *sapo*, y el sapo es visto como alguien peligroso y traidor. Cuando ya es muy evidente su culpa, se dispone sobre él casi una estrategia de linchamiento.

Estos sujetos desvergonzados, entonces, si obran de modo sistemático son aniquilados por la sociedad, no solo muertos físicamente sino que incluso es borrado su nombre, sus propios familiares reniegan de ellos y pronto se les pone al margen como sometidos a un feroz ostracismo. De manera que siempre ha habido individuos venales en la sociedad colombiana; están bajo la máscara, bien llevada, de un hombre de bien, de lo contrario, como he dicho, son borrados de la sociedad con una feroz tenacidad.

Seguramente esta condena se daba con más energía en las sociedades de los siglos XVI a XVIII, es decir, en los primeros 300 años de la nacionalidad. Los cafres y crápulas representaban una proporción muy pequeña y residual de la sociedad, y muy pronto daban pie para que se actuase sobre ellos con la severidad debida y seguramente eran conducidos o entregados a las autoridades, donde eran juzgados y condenados con todo el peso de la ley. A medida que se han hecho más corrientes, han venido a conformar una parte de la sociedad, que no solo recibe el repudio público y la sanción social

requerida, sino que estos individuos buscan en ella como último recurso alguna excusa o razón que justifique su inaceptable comportamiento.

Todas las sociedades tienen formas de castigo, pero lo curioso es que en Colombia este es solo para quienes infringen la ley más allá de los límites en que por lo general lo hacen los demás, independientemente de que lo hagan de manera inconsciente, deliberada o repetitiva. Cuando semejante comportamiento se ve en una mujer es todavía más reprobable y el castigo resulta más severo, por lo menos tan severo como en los hombres, pero con el agravante de que si es madre, si esa mujer es cabeza de una familia, cae sobre sus hijos la lástima, como si se tratase de una peste, de una cosa terrible que pudiera sobrevenir de modo fatal. Por eso los casos de mujeres cafres o mujeres crápulas son todavía más escasos.

# ¿Quiénes deben irse y quiénes pueden quedarse?

Como he dicho varias veces, la esencia fundamental de la sociedad colombiana es conservadora, porque nunca ha tenido grandes riquezas, ni propósitos, ni proyectos, y quienes los han abrigado no los han podido realizar. Por tanto, preservar lo que existe y mantenerlo en el mejor orden o condición posibles, han sido valores muy fundamentales y bien defendidos; es la lógica de establecimiento de la sociedad colombiana.

¿Quiénes deben irse? Aquellos que no comprenden que esta sociedad necesita preservarse a largo plazo, es decir, los que sienten que aquí no se les ofrece nada más de lo que tradicionalmente se les ha prometido. Puede parecer mezquino y muy poca cosa, pero los que no están satisfechos con eso están invitados a que se larguen; deben irse, además, todos esos cafres y crápulas que cometen abusos de modo sistemático; deben irse aquellos que no aceptan las leyes fundamentales de supervivencia y de convivencia que caracteriza a la sociedad colombiana, por ejemplo, individuos muy sucios, bruscos o toscos; deben irse las personas que tienden a tener una mentalidad rígida, intransigente, incapaz de tolerar la venalidad relativa, o por lo menos esta idiosincrasia intemperante y procrastinadora de la que he hablado aquí; deben irse los sujetos cuya naturaleza está muy ligada a la inocencia o a la honestidad a toda prueba, porque se les ve como víctimas, como seres indefensos que hay que proteger de manera constante, o como tontos que simplemente no conocen ni pueden adaptarse a las reglas de la sociedad.

Pueden quedarse, por el contrario, todos aquellos que más o menos manejan el código colectivo que caracteriza a las sociedades colombianas, es decir, un código en el que se hace la ostentación más grande posible y una práctica de mediocridad bien institucionalizada, donde lo exigido y ordenado se obedece cuando es necesario y se cumple con los requerimientos fundamentales de una sociedad que exige la supervivencia, pero no se está dispuesto a ir mucho más allá. Pueden quedarse, además, quienes transigen con los demás y esperan también una razonable transigencia de parte de ese mundo.

Este vivir con el menor esfuerzo posible, esta forma de acomodarse y arrellanarse unos a otros, era característica de las sociedades del sur de España en la Edad Media. El clima cálido dominante, la suavidad del aire, el hecho de que el invierno no fuera riguroso, que no tuviesen que prevenir de un modo muy determinado las cosechas ni las

siembras, que con un pequeño esfuerzo se lograra una estrategia de vida a largo plazo, que construir una casa se pudiese hacer entre pocas personas y en un tiempo corto, y que mantener un hogar no supusiera un esfuerzo imposible de sobrellevar, fueron factores que caracterizaron a los moriscos durante varios siglos, y que se trasladaron a América y se constituyeron como la ética civil más importante, incluso como ética religiosa, con la que estos pueblos se establecieron en América. Pueden quedarse todos aquellos que respeten esta forma de vida, la valoren, la reciclen y la adapten a nuevas condiciones.

Es curioso que el proceso de urbanización en Colombia refleje también esa misma estrategia de hagamos lo que es necesario, pero no mucho más, planeemos lo que nos resuelva nuestras necesidades a corto plazo, pero todavía no lo del largo plazo. Respetemos a los que están en el “curubito” —en la cumbre— en este momento, aunque veamos en ellos algunos defectos; quizá los criticamos con cierta timidez y moderación, en la superficie, pero no procuramos cambiarlos de modo abrupto ni perseguirlos, porque ellos pueden vengarse haciéndonos pública nuestra propia fragilidad y venalidad. Se trata del famoso “hagámonos pasito”, que tan elocuentemente explica parte de la mentalidad moral y del quiebre ético que caracteriza a la sociedad colombiana desde su mismo origen y de modo muy recurrente en los presentes años.

# Los visionarios y los revolucionarios

La sociedad colombiana dice valorar mucho a visionarios y revolucionarios: visionarios en cuanto se adelantan en el tiempo con cosas que son muy pertinentes, como proyectos que pudieran ser deseables, y revolucionarios en cuanto se supone que tienen el valor civil para proferir grandes cambios, para postularlos como algo deseable, digno de ser perseguido. No obstante, este tipo de individuos se diluyen progresivamente en la sociedad. Primero los visionarios, porque cuando ese proyecto requiere un esfuerzo de largo plazo con mucha frecuencia se frustra, no encuentra la voluntad ni las herramientas o medios de su realización. Los propósitos de largo plazo, las visiones de sociedad aunque sean muy encomiables, no reciben toda la legitimidad ni todo el impulso que necesitarían y que suelen recibir en otras sociedades mucho más dadas a la paciencia y al rigor que suponen los grandes propósitos. Aquí siempre se ha pensado, y quizá se pensará así por muy largo tiempo, que las cosas se van resolviendo por el camino, que tendremos y encontraremos la energía necesaria para solucionarlas cuando se presenten, y que sufrir por anticipado enormes privaciones como resultado de lo que podrá ser dentro de 30 o 50 años no vale la pena. Lo mismo sucede con la revolución, a pesar de su uso político recurrente y de que se ha vuelto un lugar común y una metáfora para lo que sería una suerte de paraíso en la tierra, un reino feliz de los tiempos finales, un sitio de concordia, comprensión, prosperidad y riqueza, en otras palabras, para usar la expresión de Manuel García Pelayo, un “paraíso de paz”. Todo eso se ve como esencialmente inalcanzable y que tiene que venir con algo peligroso o negativo adscrito. Por eso los revolucionarios son individuos que pasan por dementes, ingenuos e incautos, por seres que no se dan cuenta de la totalidad del escenario que tienen en frente y que postulan solo algunos de sus recursos más visibles o deseables, pero que pasan por alto las innumerables dificultades que supone el proceso de su realización.

Como somos muy dados a magnificar las dificultades, una persona que se considera sensata y realista ve a un revolucionario como un individuo fuera de sí, que no sabe dar cuenta de los obstáculos que habrán de formarse en ese proceso. Así ha sucedido incluso en el siglo XX, en donde individuos marxistas postularon una revolución, por ejemplo, en los años 30 o 40; pero la mayoría de esos proyectos eran irrealizables en Colombia, imagen de la revolución que corresponde además con la que tuvo el famoso

Estanislao Zuleta. Desde el comienzo mismo, se hicieron una serie de reparos que no pudieron ser resueltos por los presuntos revolucionarios; y no solo en la revolución política, sino en algo mucho más fundamental, que es la posibilidad —a mi juicio, una especie de panacea y de utopía— de tener lo mismo que tenemos, o más, sin trabajar. En realidad, no hay una aspiración más secreta, más inveterada y no declarada, pero de todas maneras postulable para toda la hispanidad, que la de vivir sin trabajar. En la España de nuestros días se refleja muy patéticamente el movimiento Podemos, que aspira a que el país sea rico y que todos los individuos sean recompensados sin trabajar o haciendo el menor esfuerzo posible; por supuesto, esa pretensión postula algo absurdo, una contradicción en los términos, y sin embargo estos individuos siguen repitiendo esa retórica frenéticamente sin saber ni querer creer que eso es irrealizable.

En Colombia, por supuesto, este paradigma nunca ha triunfado; se mantiene en medio de ciertos círculos, sobre todo muy masculinos, en donde las pretensiones de realismo y de materialidad de esos proyectos no son reclamadas como algo urgente, sino como un postulado teórico de realización. Por tanto, una revolución política e incluso material que tuviese tan dramáticas consecuencias, como por ejemplo la Revolución francesa, la Guerra Civil Española o la Revolución rusa, de ese tenor o de esa altura, nunca podrá realizarse en Colombia. De manera muy reciente, tenemos ejemplos cercanos que ilustran esa situación, como la pretensión de Fidel Castro por un lado y de Hugo Chávez por otro, quienes han intentado encarnar revoluciones, pero han producido los fracasos respectivos, que si bien no son tratados abiertamente por la población, son reconocidos como fracasos colectivos de pueblos enteros, y por tanto el pueblo colombiano prefiere la mediocridad en lugar de fracasar de un modo altisonante.

# ¿Hacia dónde puede ir una nación así?

Como cierre para este libro, he decidido destinar un capítulo sobre la prospectiva de una nación como la nuestra. Para entrar en materia, empezaré por hacer referencia a la rápida evolución natural de la sociedad colombiana, especialmente en la segunda mitad del siglo XX y comienzos del siglo XXI, la cual tiende hacia una sociedad urbanizada, o casi totalmente urbanizada de clase media, con la casi desaparición de los grupos campesinos. El que las pequeñas aldeas se hayan ido despoblando y los pueblos empezaran a envejecer a gran velocidad, se debe a que la migración hacia las ciudades implica el esfuerzo de casi toda la juventud que está en los pueblos, y eso ha hecho mutar a gran velocidad los comportamientos, los valores y las aspiraciones de los jóvenes desde hace por lo menos dos generaciones. Las dos generaciones precedentes y su comportamiento continúan siendo esencialmente conservadoras, es decir, no quieren cambiar las cosas de manera radical o no encuentran en sí mismas ni la energía ni los conocimientos necesarios para cambios abruptos.

Esta sociedad, con sus muchas implicaciones, tiene como uno de sus rasgos fundamentales el no saber de dónde proviene, y a veces ignorar de modo deliberado la investigación cabal del pasado y el reconocimiento de sus orígenes. Se habla con mucha frecuencia en nuestro tiempo de mestizaje y de culturas mezcladas, de multiculturalidad y diversidad racial, pero no hay diversidad cultural; las culturas y las lenguas indígenas, las religiones y los valores concomitantes están casi muriendo o atravesando un estado de amenaza implacable, de destino ineluctable de desaparición. Lo único que sobrevive es una hispanidad colombianizada y adaptada a los valores e ideales del presente, que no son otros que la integración con las grandes corrientes del mundo.

En esa perspectiva, la sociedad colombiana de naturaleza migrante seguirá migrando durante las próximas décadas y quizá durante todo el siglo XXI, continuará recibiendo influencia cosmopolita, valorando significativamente el blanqueamiento y la adquisición de otras lenguas, así como la hiperespecialización, el reconocimiento por parte de otras sociedades, especialmente las occidentales, del llamado primer mundo. Seguirá, pues, en esa ruta de mezcla y de hibridación de valores. Aunque muy lentamente con respecto a los cambios que en otras sociedades han tenido lugar, aspira a ser una sociedad de clase media universal, que sea el eje de la igualdad o de la

equidad para el futuro. Pero lo hace sin comprometerse de un modo muy serio con la competitividad y los valores de la productividad contemporánea. A diferencia de las culturas asiáticas, las sociedades latinoamericanas piensan más en la distribución que en la generación de riqueza; pero al proceder de esta manera se van a encontrar con grandes problemas en el camino, incluyendo por supuesto la sociedad colombiana, para obtener la prosperidad a la que aspiran.

Eso supondrá entonces, a mi juicio, una sociedad llena de conflictos y de contradicciones, que ya posee y que tiene dificultades para resolver, porque sus aspiraciones contrastan con lo que puede lograr en un mundo tan agresivo e intransigente como el que se ha perfilado desde finales del siglo XX, donde además el hecho de ser colombiano no va a figurar dentro de los baluartes o prioridades de las sociedades futuras.

En Colombia hay una fuerte regionalidad y es muy probable que esta continúe y se proyecte a diferentes regiones. Ocupar todo el territorio, hacer uso cabal de la Orinoquía, integrar las zonas selváticas de manera plena a la nacionalidad, desplazar las zonas productivas hacia lugares cercanos al mar o hacia sus salidas y tener un planteamiento estratégico de largo plazo y una cultura de ahorro y productividad, son cambios que tomarán mucho tiempo y esfuerzo; algunos individuos, que dicen llamarse líderes de la sociedad, siempre considerarán esta transformación como un objetivo mezquino. No obstante y a pesar de que ese objetivo plantee un futuro, la población colombiana procurará conservarse en su estado actual. Sin duda mejorará, pero lo hará lentamente y continuará adaptando su infraestructura a las condiciones del mundo, aunque con retraso al igual que con sus instituciones, que si bien seguirán siendo imperfectas por largo tiempo, irán puliéndose poco a poco hasta rendir de la manera que se espera.

En conclusión, puede decirse que el futuro de la sociedad colombiana es solo medianamente promisorio, pero no es catastrófico, no está abocado a una negación absoluta ni a una revolución, aunque sí a una reforma constante que irá de la mano de lo que los tiempos obliguen a hacer, y que sin duda a mitad del siglo XXI urgirán a las sociedades a moverse más rápidamente y a reaccionar de un modo más uniforme, de acuerdo con las grandes fuerzas que ya se perfilan en el presente. La migración no se detendrá, pero alcanzará sus límites y es muy probable que haya un proceso de retorno por el endurecimiento de otras sociedades.

A pesar de las dificultades, Colombia es un lugar cómodo para la mayoría de la población, en donde puede obtener no solo su supervivencia, sino algún progreso o

reconocimiento más rápido y contundente, que el que se puede alcanzar en el exterior en la mayoría de los casos. De todas maneras, seguirán siendo muy estimados aquellos que migren y logren algún éxito o por lo menos no fracasen de modo estrepitoso. Aunque el problema de la migración depende de muchas otras variables: una de ellas es el prestigio y el reconocimiento que sigue teniendo en nuestro medio aquel que se marcha y logra coronar, como suele decirse, o sea establecerse en otra sociedad. La sensación de inferioridad se irá atenuando con los años y se irá construyendo un nacionalismo sobre bases más sólidas, pero ese proceso va a tomar tiempo todavía. Incluso dentro del marco latinoamericano hay otras sociedades que pueden alcanzar ese logro más rápido que nosotros, como la chilena, la uruguaya o la argentina.

# Conclusión

En el ensayo que he titulado *¿Por qué fracasa Colombia?* pretendo problematizar esencialmente la naturaleza de la nación, ponerla en relación de un modo realista con su pasado y con las características que han marcado su idiosincrasia desde entonces, ver las etapas por las que ha pasado y tratar de explicar algunos de los cambios más importantes que ha sufrido.

Aunque hoy los ensayos son tachados de generalizaciones inaceptables y poco científicas, tengo la pretensión de que el lector promedio, que no tiene muchos elementos para formarse una opinión con respecto a sí mismo como colombiano, y también los extranjeros que quieran hacerse una idea del conjunto de esta nación, de sus características y su naturaleza, encuentren alguna utilidad en este esfuerzo, que por demás, a pesar de polémico y por supuesto de reflejar solo la opinión del autor, quiere entrar en los velos profundos y en los bajos fondos de una nación que, por lo menos en primera instancia, no se deja ver fácilmente. Esa opacidad elemental que transfigura la imagen que se puede ver a simple vista de muchos colombianos, va cambiando a medida que se obtienen más datos y se tiene más conocimiento.

La primera conclusión que puede sacarse es que el componente fundamental de la etnia colombiana, es decir, de la cultura del pueblo que provino de España, no tuvo que aprender la lengua en América como resultado de una imposición, como algunos dicen, puesto que una lengua no se puede imponer si hay otras más fuertes que le hacen contrapeso. Colombia es una nación de migrantes o por lo menos fue constituida por la cultura de los migrantes que traía la lengua, la religión cristiano-católica mal asimilada, o incorporada de un modo reciente y forzado, imperfecto, y que tuvo que sufrir cambios y maduraciones en la propia América.

En segundo lugar, habría que decir que la cultura colombiana, lo esencial de sus costumbres, de su cultura, de su culinaria, los roles sexuales, la estructura de la propiedad, del poder, la relación con la ley, con la moral y la ética, y los elementos de naturaleza estética que han marcado su evolución como nación, a pesar de ser difíciles de tratar e imprecisos, van dando algunas pautas de lo que hemos sido a través del tiempo. Hay que insistir en este ensayo que la historia de Colombia no empezó con la Independencia, que no hay que confundir la historia del Estado colombiano con la historia de la nación, que es mucho más antigua. En ese orden de ideas, la historia de

nuestra nación empezó desde muchos siglos antes de llegar a América: las costumbres y los valores que la caracterizaron estuvieron en la mezcla del mundo árabe y del mundo hispánico del sur especialmente, incluso con los visigodos, con algunos de los componentes ibéricos propiamente dichos que quedaban y sobre todo con los hispanorromanos que quedaron en la mitad sur de la Península. Al empezar hace tantos siglos, estuvo madurada por la presencia de los árabes con mucha fuerza, por la Reconquista con sus largos siglos de esfuerzos y de contradicciones, con la mezcla de culturas, religiones y valores, con la derrota y progresiva humillación de judíos y de moros como resultado de la empresa de Reconquista, con la unificación de España, con el descubrimiento de América, con la unificación religiosa de la que fue objeto en el siglo XV y de modo más radical en el siglo XVI con la expulsión de los cristianos nuevos y de los moriscos que ya habían de marcar en el siglo XVII la transformación del mundo español.

El problema de la limpieza de sangre fue el reflejo de la huida ineludible, puesto que esa sangre sucia o manchada fue la primera marca a través de la cual los indios se reconocieron, quienes tuvieron que hacer un viaje que a la postre no resultó tan terrible y que por supuesto estuvo marcado por la angustia, la desazón, la inquietud; pero había un puerto donde llegar, desconocido, no añorado. Era solamente un refugio, pero ese refugio sirvió para colonizar y hacer una nueva vida, donde podían vivir tranquilos, sin ser perseguidos, y podían desarrollar una idiosincrasia y una mentalidad a la sombra del Imperio español, pero bastante alejados de las autoridades políticas del imperio e incluso, en el caso particular de Colombia, notablemente alejado de su influencia económica, puesto que no se trataba de una provincia principal o de un potosí que pudiera representar un baluarte estratégico para el imperio.

Esta provincia secundaria situada en el centro mismo, pero un centro ignorado, eludido y escamoteado, a pesar de su salida al mar Caribe y al océano Pacífico, a pesar de tener un clima moderado y una serie de ventajas para la vida, no fue el centro del imperio ni la preferida de la Corona. Tuvo más importancia en el desarrollo de la nación el papel de la Iglesia, porque esta fue clave en su forja. En virtud del origen sospechoso que tenía la mayor parte de los cristianos nuevos y de la tentativa de judaizar de nuevo o de regresar a prácticas relacionadas con el rígido monoteísmo del islam, la religión fue enseñada y proclamada incluso a la luz de la Contrarreforma pero también con una cierta flexibilidad y adaptabilidad, puesto que los que vigilaban religiosamente a los hijos de los conversos eran a su vez hijos de conversos, es decir, clérigos hijos de cristianos nuevos. La Iglesia se hizo y se controló a sí misma, fue

autónoma y pobló un territorio muy basto, la mayor parte del cual quedó sin ocupar. Esa grandeza o gigantismo del territorio hizo que no pudiera conformar una personalidad compacta, sino que fuese un conjunto de comunidades dispersas que fundaban pequeños municipios casi todos de modo provisional en zonas de montaña, porque su clima y su tierra eran favorables a la supervivencia, a la pequeña escala en la que querían vivir y al carácter relativamente remoto de su organización social que quería en todo punto ocultarse o permanecer discretamente a salvo de la persecución de la que habían sido objeto en el pasado.

A través de la interpretación que hicieron de la tierra que estaba tan ordenada, por decirlo así, con un río en el centro —el río Magdalena—, se dispersaron una serie de fundaciones en los siglos XVI y XVII que reconstruían la vida aldeana de Andalucía o de Extremadura, la arquitectura, la organización social, la forma de vida, la gastronomía, todo reproducía parcialmente esa vida y así se sentían tranquilos y gracias a ello pudieron vivir ordenadamente y en paz durante los primeros 300 años. Esa etapa aldeana no tenía agricultura extensiva ni intensiva, solo de pan coger, no tenía otra preocupación que la de vivir calmadamente y a pesar de que hubo algunas escaramuzas de insatisfacción o de roces con las autoridades imperiales, el Nuevo Reino de Granada fue muy soso, pacífico, incluso pasó desapercibido dentro del funcionamiento del Imperio español hasta la mitad del siglo XVIII.

Cuando las ideas liberales y los Borbones cambiaron la estructura de la vida en el imperio, cuando recibió la condición de Virreinato, empezó a cambiar la visión de mundo que tenían los neogranadinos, quienes comenzaron a verse como un grupo, y aunque no se integraron de manera inmediata tuvieron la conciencia de nación que antes no tenían; eran simplemente gentes que poblaban un área protegida y a salvo de la persecución, sana y próspera dentro de sus modestas circunstancias.

La revuelta de los Comuneros a finales del siglo XVIII fue un levantamiento legitimista y monárquico que no pretendía la Independencia. Las ideas de Independencia le llegaron de fuera, de Miranda, de Bolívar, de San Martín y otros individuos, que fueron contagiando a algunos criollos neogranadinos pero no eran mayoritarios y no representaban el conjunto de la nación, que se tardó más tiempo en asimilar ese pensamiento, incluso en deshacerse de la idea del rey y de la idea de imperio, y por tanto postuló que esa independencia mal digerida explica la Patria Boba, las muchas contradicciones iniciales, los ensayos de organización política fallidos, incluso las guerras civiles que tuvieron lugar en el siglo XIX. Al menos desde esa perspectiva se puede abordar y completar su interpretación.

La vida económica y la vida política fueron despertando lentamente en el siglo XIX a la urbanización, a la necesidad de integración, a la modernización, a la industrialización. La mayor parte de estos cambios se dieron como iniciativas de extranjeros, desde personajes tan famosos e interesantes como Von Lengerke, los Éder o los Isaacs, entre otros personajes que construyeron la industria azucarera en el Valle, o los primeros antioqueños que tuvieron el horizonte y la perspectiva de construir ferrocarriles y de integrar las regiones de antiguos caminos de mula a través de modernas formas de comunicación. El uso del río hasta mediados del siglo XX como la principal arteria de la vida colombiana, el desarrollo de la costa especialmente a finales del siglo XIX, de la presunta modernizadora ciudad de Barranquilla, entre otros aspectos, son el producto de una historia ya conocida y que seguramente el lector ya comprende de suyo, pero aquí se pretende completar el cuadro de lo que no se veía o de lo sutil.

La actitud de los indígenas en Colombia fue particular: no había imperios ni naciones indígenas integradas. Los chibchas se encontraban dispersos en cacicazgos que eran rivales unos de otros, y además eran seminómadas o a veces nómadas, por tanto no podían conformar aldeas, ni malocas, ni culturas compactas. Tampoco los indígenas arawak, a los que pertenecen los tayronas y los wayuús, conformaban naciones sólidas e independientes. Ocupaban áreas de costumbre en donde los colonos hispánicos apenas llegaron, o lo hicieron sin una intención hostil. A este respecto, cabe decir que Colombia no fue el país, a pesar de lo que se ha planteado, donde se hiciese una masacre de indígenas, porque no había necesidad, porque los indígenas se integraron en buen grado o se dispersaron y procuraron no estorbarse unos grupos con otros, en virtud de esa naturaleza sigilosa de la nación en su conjunto.

Ya en la mitad del siglo XVIII, la integración de los chibchas o de los muiscas era casi completa, y otros pequeños grupos que vivieron separados hasta el siglo XX tuvieron un papel muy discreto en la conformación de la nación. En este proceso, fue más importante el papel de las comunidades negras, de esclavos o descendientes de esclavos, que sin embargo no tuvieron mucho tiempo para formar una cultura esclavista o de plantación, como sí existió en otras regiones de América, y muy pronto quedaron libertos, cimarrones o esclavos separados cuyos amos no podían mantenerlos; por razones de orden económico y también por modelos de organización social, hicieron que los negros llegados a los puertos del norte de Colombia, Santa Marta y Cartagena se dispersasen rápidamente y se estableciesen en la costa occidental, es decir, en la zona selvática del Chocó, del Cauca y de Nariño. Por eso vivieron allí 300 años

separados del resto de la nación, solamente estaban unidos a ella por vía eclesiástica, o sea a través del bautismo y de la asistencia a misa, que los hacía más o menos católicos. Había algunas pequeñas resonancias de su pasado africano, pero a diferencia de Brasil, Cuba u otras naciones donde esa presencia fue muy fuerte, aquí solo fue muy discreta; esto, según las conclusiones a las que llegaron Peter Wade y los investigadores que sobre esa materia han hecho estudios profundos.

En todo punto, el tono de la vida en Colombia durante esos primeros 300 años, y durante las transformaciones que supuso la urbanización, era un tono sosegado, sigiloso, desconfiado, basado en la construcción de individuos y de familias muy cerradas, las cuales eran en su mayoría monogámicas y endogámicas, como lo ha explicado Virginia Gutiérrez de Pineda. Lo único fundamental que cambió a la nación fue la transición a la vida urbana, el abandono progresivo de la aldea y la construcción desordenada de ciudades. A pesar de ello, Colombia resultó un país de muchas ciudades, la mayor parte de ellas ubicadas en la región Andina, ciudades pequeñas que sin embargo se poblaron rápidamente en el siglo XX y fueron constituyendo el núcleo de la transición de la vida rural a la vida urbana; porque era más destacada, habían más oportunidades, estaba más integrada con el mundo, llenaba de alguna forma el vacío de una larga aspiración de salir hacia el mundo, de conocer y tener una experiencia cosmopolita más desarrollada.

La transición problemática a la vida urbana supuso violencias, que no han terminado por supuesto. De ninguna manera pretendo menospreciar en este trabajo la gravedad de ese fenómeno, por el cual Colombia es conocido mundialmente. No obstante, se trata de una realidad reciente y no ha sido particularmente más aguda ni más brutal que la de otras naciones que se urbanizaron de un modo también abrupto y desordenado. Comparada con algunos países africanos y de Asia, la transición de Colombia a pesar de ser violenta no ha sido la peor.

La organización social y de la economía dependió solo levemente de la tierra, aunque esta haya sido vital en su concepción y desarrollo. Efectivamente, la tierra era el comienzo de todos, es decir, cada quien tenía su tierra o la podía conseguir sin mayor esfuerzo; por eso no fue el centro de la vida social durante 300 años. Después, sin embargo, las buenas tierras adquirieron una mayor importancia, sobre todo desde el siglo XIX, para el desarrollo de actividades de agricultura intensiva o ganadería. La ganadería es más versátil y permite la utilización de tierras más amplias, de zonas planas o de ladera. El ganado vacuno empezó a abundar y así otros ganados. Incluso es muy interesante el uso que se ha hecho a través de los siglos XIX y XX de las aves de corral; con ellas se transformó también la estructura alimentaria del pueblo colombiano.

La carne y los huevos del pollo adquirieron una gran trascendencia a finales del siglo XIX, ya que eran relativamente escasos.

Los productos que caracterizarían a Colombia después, como el café y el tabaco, un poco menos el cacao, el algodón, la caña de azúcar, llegaron en el siglo XIX y fueron el producto de iniciativas de unos pocos pioneros, casi todos extranjeros, que vislumbraron la ventaja que suponía la adaptación de la tierra y la viabilidad de este cultivo entre los aparceros y campesinos como herramienta de internacionalización de la nación.

El caso del café fue particular, pues era un cultivo de ladera, propio de climas medios. Al principio era café arábigo, después aparecieron otras variedades propias, e incluso ya en tiempos recientes se dieron mezclas e injertos que resultaron exitosos y de una alta calidad. Sin embargo, a pesar de ser conocido en el mundo como pueblo cafetero, el pueblo colombiano sabía poco de cafés —aún sabe poco—, de variedades y comercializaciones. El cultivo era relativamente reciente y la importancia del café residía sobre todo en la gran cantidad de mano de obra que se necesita para su recolección; esta condición sí cambió la estructura de la propiedad de la tierra y transformó el minifundio en propiedades medias e incluso latifundios.

Esa especialización de la agricultura es también algo reciente, igual que la construcción de ferrocarriles que serían abandonados por la nación y de carreteras que son la forma actual de comunicación, pero lo más importante era cumplir el objetivo de poblar grandes ciudades, en este caso marcadas por el cuadrante Bogotá, Cali, Medellín y Barranquilla, que ha resultado ser el eje del desarrollo urbano de Colombia. A la sombra de estas ciudades grandes, otras menores han ido adquiriendo tamaño e importancia, habiendo hoy casi 25 ciudades que cumplen con los requerimientos básicos de lo que en el mundo actual se llama una ciudad.

En lo respectivo a las formas, se dio un trato más o menos cordial con los habitantes —en medio de la desconfianza—, el respeto a la religión y una educación sobre todo provista por comunidades religiosas durante al menos los primeros 250 años; me refiero no solo a una educación religiosa, sino centrada en la teología, el derecho y la medicina, que habían sido las tres profesiones fundamentales, que les permitía obtener respetabilidad y ganarse la vida de un modo razonable. Aunque la ambición, la codicia y todos los defectos que caracterizan a otras muchas sociedades son aquí tan vivos y tan fuertes, estos solo se han manifestado de un modo abierto en tiempos recientes, es decir, de manera tardía. Puede decirse que hasta 1950 la nación colombiana era un sitio aislado, muy poblado, sorprendente por su pequeña sofisticación provinciana, pero

alejado del mundo y de las tendencias que pudieran marcar el destino de una nación moderna; era una sociedad todavía muy religiosa, centrada en la familia nuclear, medio campesina, como dice Gonzalo España, un escritor santandereano, “con tierra en las orejas”. Esa es la nación que en los últimos 65 años, desde 1950 hasta 2015, ha producido tantas y tan dramáticas mutaciones.

Ahora se trata de una nación predominantemente urbana, con una clase media en formación, muy trepidante pero muy desordenada, sin asimilar una economía de mercado eficiente, no especializada por ejemplo en el área del petróleo, como Venezuela o México, pero capaz de combinar la exportación de hidrocarburos con otros minerales y con otros productos agrícolas, como las frutas y las flores, que en tiempos recientes se perfilan como rubros muy importantes. No es tampoco una sociedad mal educada, pero su educación es desigual y reciente, y su calidad no está a la altura de los grandes proyectos educativos que hoy tienen en el mundo legitimidad y reconocimiento. Posee riquezas pero sin explotar, o explotadas de un modo parcial, o riquezas que a la postre derivan en conflictos internos como ha pasado en el caso de las esmeraldas, o más recientemente con las drogas ilegales y con otros productos que podrían ser objeto de una explotación mucho más consecuente.

La comprensión que tenemos de este conjunto de características de nuestra idiosincrasia no es hasta el momento suficiente como para enseñarle a un niño qué hemos sido y proyectarlo hacia el futuro de un modo razonable y realista. Hay muchos mitos sobre nosotros mismos, mitos que creemos porque es más cómodo creer, ya sea porque los extranjeros los hayan traído con su interpretación parcial de lo que somos o porque nosotros mismos los hayamos construido en virtud de una idiosincrasia hiperbólica, es decir, muy presta a la exageración: en la mayoría de los casos hemos exagerado nuestros males, bienes, virtudes y defectos.

La sociedad es principalmente conservadora y por tanto en ella las labores visionarias y revolucionarias han sido discretas; pero la nación sí se ha urbanizado y ha cambiado en los roles sexuales, y también ha existido una revolución sexual y una revolución femenina, aunque sin apenas tener conciencia, sin que ello vaya acompañado de grandes fenómenos de transformación. Si bien hemos hecho casi todos los cambios que se han dado en las sociedades contemporáneas, no ha habido mayor conciencia del cambio que estábamos realizando. Esa inconsciencia de los procesos es una de las claves que puede ayudar a explicar la situación actual y las proyecciones de la nación colombiana, sus muchas incongruencias, sus falencias, pero también las potencialidades que pueda tener hacia el futuro.

Igual que ya se ha diagnosticado en otras ocasiones, con este análisis se puede apreciar que este grupo de 47 millones de habitantes, compuesto por muchos individuos desconfiados, tiene grandes dificultades a la hora de construir consensos y un proyecto colectivo de nación que la pudiera perfilar de una manera creíble y coherente en el futuro. A diferencia de otras naciones que han construido ese proyecto a pesar de las dificultades, en nuestro país dicha tarea todavía está por hacerse. ¿Qué es lo que haremos los 47, 50 o 60 millones de personas en el futuro? Como resultado de la urbanización, el crecimiento demográfico se ha ido deteniendo, las familias son más pequeñas e incluso actualmente hay muchas mujeres que no quieren tener hijos o que desean tener solo un hijo y de manera tardía.

Finalmente, puede decirse que la nación colombiana a pesar de ser joven puede envejecer rápidamente, es decir, en las próximas tres décadas, y portarse en unos pocos años como lo están haciendo hoy Chile, Argentina y Uruguay, o sea como naciones que eran grandes promesas para el mundo y resultaron tempranamente envejecidas en nombre del desarrollo y de la estabilización que quieren disfrutar. Es muy probable que esa estabilización se produzca, y no solo como resultado del fin del conflicto armado —el conflicto armado con las guerrillas marxistas—, que a pesar de ser grave no define a la nación colombiana.

A pesar este posible envejecimiento a futuro de la nación colombiana, nuestra tradición democrática y otros aspectos importantes se conservarán hacia delante, de hecho es muy poco probable que el país caiga en un desmaño o en un desajuste político radical. Esto se ve, entre otras cosas, en el hecho de que durante generaciones ha rechazado esa tentación, mientras que otros países han realizado cambios más audaces y agresivos en materia política y económica.

Colombia sigue siendo un poco esa nación aldeana que se demora mucho en tomar grandes decisiones o dar saltos muy abruptos. Seguramente algún día tendrá otra vez ferrocarriles, podrá usar de nuevo el río Magdalena como arteria moderna y adaptada a las necesidades actuales e irá desplazando sus fuerzas productivas a los puertos, de manera que la producción y el transporte sean más fáciles, pero al interior seguirá teniendo esa estructura triangular que entre la costa norte, Nariño y los llanos orientales ha marcado el poblamiento central del país. No sabemos cuándo se poblará la Orinoquía, ni cómo se hará compatible con el resto del territorio; no sabemos cuándo integrará de manera plena la selva occidental con sus zonas malsanas y difíciles de poblar, y así también en tantos otros lugares.

Por consiguiente, ese triángulo, o ese trapecio que es Colombia, seguirá dando

todavía muchas sorpresas, a pesar de los propios colombianos, porque hay en la nación misma tanto de impredecible, que resulta difícil prever su futuro, ya que pareciera tener en las manos muchos recursos para llevar adelante empresas promisorias y ajustarse a un muy merecido buen futuro, pero también vacilar y variar la ruta hacia metas más inciertas y oscuras.

[\[\\*\]](#) Profesor titular de las facultades de Ciencia política y Gobierno y de Relaciones Internacionales e investigador principal de la Unidad de Patrimonio Cultural e Histórico de la Universidad del Rosario, de la cual es egresado.

[\[1\]](#) Constaín, Juan Esteban, *Librorum*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2003.

[\[2\]](#) Martínez, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires: Losada S.A., 1942.

**España**

Av. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona (España)  
Tel. (34) 93 492 80 00  
Fax (34) 93 492 85 65  
Mail: [info@planetaint.com](mailto:info@planetaint.com)  
[www.planeta.es](http://www.planeta.es)

Paseo Recoletos, 4, 3.ª planta  
28001 Madrid (España)  
Tel. (34) 91 423 03 00  
Fax (34) 91 423 03 25  
Mail: [info@planetaint.com](mailto:info@planetaint.com)  
[www.planeta.es](http://www.planeta.es)

**Argentina**

Av. Independencia, 1668  
C1100 Buenos Aires  
(Argentina)  
Tel. (5411) 4124 91 00  
Fax (5411) 4124 91 90  
Mail: [info@eplaneta.com.ar](mailto:info@eplaneta.com.ar)  
[www.editoria.planeta.com.ar](http://www.editoria.planeta.com.ar)

**Brasil**

Av. Francisco Matarazzo,  
1500, 3.º andar, Conj. 32  
Edificio New York  
05001-100 São Paulo (Brasil)  
Tel. (5511) 3087 88 88  
Fax (5511) 3087 88 90  
Mail: [ventas@editoraplaneta.com.br](mailto:ventas@editoraplaneta.com.br)  
[www.editoria.planeta.com.br](http://www.editoria.planeta.com.br)

**Chile**

Av. 11 de Septiembre, 2353, piso 16  
Torre San Ramón, Providencia  
Santiago (Chile)  
Tel. Gerencia (562) 652 29 43  
Fax (562) 652 29 12  
[www.planeta.cl](http://www.planeta.cl)

**Colombia**

Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11  
Bogotá, D.C. (Colombia)  
Tel. (571) 607 99 97  
Fax (571) 607 99 76  
Mail: [info@planeta.com.co](mailto:info@planeta.com.co)  
[www.editoria.planeta.com.co](http://www.editoria.planeta.com.co)

**Ecuador**

Whymper, N27-166,  
y Francisco de Orellana  
Quito (Ecuador)  
Tel. (5932) 290 89 99  
Fax (5932) 250 72 34  
Mail: [planeta@access.net.ec](mailto:planeta@access.net.ec)

**México**

Masaryk 111, piso 2.º  
Colonia Chapultepec Morales  
Delegación Miguel Hidalgo 11560  
México, D.F. (México)  
Tel. (52) 55 3000 62 00  
Fax (52) 55 5002 91 54  
Mail: [info@planeta.com.mx](mailto:info@planeta.com.mx)  
[www.editoria.planeta.com.mx](http://www.editoria.planeta.com.mx)  
[www.planeta.com.mx](http://www.planeta.com.mx)

**Perú**

Av. Santa Cruz, 244  
San Isidro, Lima (Perú)  
Tel. (511) 440 98 98  
Fax (511) 422 46 50  
Mail: [rrosales@eplaneta.com.pe](mailto:rrosales@eplaneta.com.pe)

**Portugal**

Planeta Manuscrito  
Rua do Loreto, 16-1.º Frte.  
1200-242 Lisboa (Portugal)  
Tel. (351) 21 370 43061  
Fax (351) 21 370 43061

**Uruguay**

Cuareim, 1647  
11100 Montevideo (Uruguay)  
Tel. (5982) 901 40 26  
Fax (5982) 902 25 50  
Mail: [info@planeta.com.uy](mailto:info@planeta.com.uy)  
[www.editoria.planeta.com.uy](http://www.editoria.planeta.com.uy)

**Venezuela**

Final Av. Libertador con calle Alameda,  
Edificio Exa, piso 3.º, of. 301  
El Rosal Chacao, Caracas (Venezuela)  
Tel. (58212) 952 35 33  
Fax (58212) 953 05 29  
Mail: [info@planeta.com.ve](mailto:info@planeta.com.ve)  
[www.editoria.planeta.com.ve](http://www.editoria.planeta.com.ve)